

Selección RNR

ÁNGELA DREI

*Un lugar  
junto al mar*



*8ª finalista del VI certamen Vergara - RNR*



Romance Actual

*Angela Drei*



1.ª edición: febrero, 2016

© 2016 by Ángela Drei

© Ediciones B, S. A., 2016

Consell de Cent, 425-427 - 08009 Barcelona (España)

[www.edicionesb.com](http://www.edicionesb.com)

ISBN DIGITAL: 978-84-9069-361-2

Maquetación ebook: Caurina.com

Todos los derechos reservados. Bajo las sanciones establecidas en el ordenamiento jurídico, queda rigurosamente prohibida, sin autorización escrita de los titulares del *copyright*, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, comprendidos la reprografía y el tratamiento informático, así como la distribución de ejemplares mediante alquiler o préstamo públicos.

*Para todos los que alguna vez se han perdido.*

*Meraki: hacer algo con amor y creatividad, poniendo el alma en ello.*

*Y se dio cuenta de que nadie jamás está solo en el mar*

El viejo y el mar. Hemingway.

[Portadilla](#)  
[Créditos](#)  
[Dedicatoria](#)  
[Cita](#)

[Capítulo 1](#)  
[Capítulo 2](#)  
[Capítulo 3](#)  
[Capítulo 4](#)  
[Capítulo 5](#)  
[Capítulo 6](#)  
[Capítulo 7](#)  
[Capítulo 8](#)  
[Capítulo 9](#)  
[Capítulo 10](#)  
[Capítulo 11](#)  
[Capítulo 12](#)  
[Capítulo 13](#)  
[Capítulo 14](#)  
[Capítulo 15](#)  
[Capítulo 16](#)  
[Capítulo 17](#)  
[Capítulo 18](#)  
[Capítulo 19](#)  
[Capítulo 20](#)  
[Capítulo 21](#)  
[Capítulo 22](#)

## Capítulo 1

—¿Has podido hablar con Michael? —El Sr. Warren preguntaba a su hijo pequeño una vez más, estaba comenzando a preocuparse.

—No, no contesta el teléfono ni tampoco los mensajes —repitió Daniel, y era cierto, había intentado ponerse en contacto con Michael más de una docena de veces.

—¿Has ido a su casa? —insistió.

Daniel peleaba por contener lo que verdaderamente quería contestar a su padre: si tanto te interesa, ve tú mismo.

Estaba bastante cansado de ser la sombra de Michael, parecía que su ocupación en el mundo fuera ser su secretaria, vigilante, guardaespaldas, telefonista, y todo eso con una sonrisa.

—Estará descansando, papá. Es domingo —contestó, intentando una explicación lógica, aunque tratándose de su familia sabía que no serviría de nada.

—Sí, es domingo. Día de partida de golf. Debería estar aquí con nosotros. Si anoche salió de juerga es su problema. Sabía que esta partida era importante. —El Sr. Warren hablaba entre dientes, los labios tensos, pero manteniendo una apariencia calmada, las habladurías no eran buenas para el negocio—. ¿Crees que alguien va a esperar para que él descanse? No señor, no es el sagrado Dios para dormir un domingo. Así que ve a su casa y tráelo aquí antes del almuerzo.

—Papá, no creo... —pero no llegó a terminar la frase, su padre le interrumpió al momento con un movimiento seco de su mano.

—Hazlo. Os quiero aquí a los dos en menos de una hora. El almuerzo con los Whitman es importante, estamos hablando de millones, Daniel —ordenó.

—De acuerdo papá, intentaré traerlo —el menor de los hermanos Warren cedió y se dio la vuelta agachando la cabeza, pero sólo para que no viera sus ojos enfadados.

—No vuelvas sin él —añadió el padre, en un tono que dejaba traslucir todo su enfado. No era una amenaza vana, aunque sus hijos ya eran mayores él los dirigía con mano de hierro, con la misma dureza que cuando habían sido niños. Era la única forma de mantener el negocio familiar.

Daniel no se detuvo a contestar. Cogió su coche y condujo hasta el apartamento de su hermano en el centro de Boston, una pieza a la altura del lugar que representaba Michael en la familia en uno de los mejores edificios de la ciudad.

Cuando Michael decidió independizarse su padre no lo había aprobado. Si el motivo hubiera sido que su hijo iba a formar su propia familia habría sido diferente, pero el Sr. Warren temía que si Michael vivía solo se dedicara a perder su tiempo en la vida nocturna y con mujeres. No era precisamente la clase de comportamiento que aprobaba; él, que siempre se jactaba de haber tenido una vida recta, de haber trabajado duro, se había mantenido durante toda su vida alejado de ese tipo de diversiones que pueden arruinar la carrera de un hombre honrado.

Pero su hermano mayor no hizo nada de eso, o al menos lo ocultó muy bien. No se retrasó ni un minuto un día en la oficina, no faltó a ningún almuerzo, desayuno o cena, bien fuera de trabajo o familiar. Tampoco descuidó ni un ápice su aspecto.

El hijo perfecto, ese era Michael.

Ahora simplemente no estaba y eso hacía que su padre estuviera muy nervioso aunque no lo quisiera demostrar. Porque era totalmente inusual que Michael no diese muestras de vida. Daniel sacudió la cabeza mandando esos raros pensamientos a la basura y pulsó el timbre de la puerta del apartamento esperando que le saludase al otro lado de la cámara de vídeo vigilancia.

Un minuto.

Dos minutos.

Volvió a pulsar.

Nada.

Solo silencio.

Sacó su teléfono móvil y llamó a su padre.

—No está en casa, papá. No me contesta.

—Entra, Daniel, tal vez esté dormido —instó con firmeza el Sr. Warren a su hijo pequeño, aunque ni él mismo se creía que esa fuera la razón de que Michael no contestara. Había otras posibilidades, pero ninguno de los dos quería nombrarlas en aquel momento—. ¿Estaba su coche en el garaje?

—No lo sé, papá, ahora preguntaré al portero.

Daniel bajó acompañado del vigilante del edificio hasta el garaje y como resultado supo que su BMW no estaba aparcado.

Un sudor frío recorrió su cuerpo. ¿Y si Michael había tenido un accidente cuando salió de la fiesta? Era una posibilidad remota, habrían sido avisados rápidamente, ya se sabe, las malas noticias corren veloces. Aun así la ansiedad que se había instalado en su cuerpo desde que su padre le había ordenado ir a buscar a Michael aumentó y ya no lo abandonó.

Volvió al apartamento e hizo uso de la llave que su madre le había proporcionado mientras pensaba en la forma de informar a su familia. Echó un vistazo dentro y constató que sus temores eran ciertos. Michael se había marchado, estaba seguro de ello.

Daniel se sentó en el amplio sofá de cuero negro que presidía el gran salón y miró por la ventana el cielo gris de la ciudad. No tenía ni idea de lo que pasaría de ahora en adelante, pero tenía la certeza de que su vida tal como había transcurrido hasta ahora iba a cambiar drásticamente, y desde luego él no estaba nada seguro de querer ese cambio. Sin el heredero principal, su padre iba a volcar toda su atención sobre él.

Daniel tuvo miedo por primera vez en muchos años.

Maldijo en voz alta a su hermano al ver el teléfono móvil sobre la mesa de cristal frente al sofá. Había desaparecido del todo, sin teléfono y sin dejar un triste mensaje avisando para tranquilizarlos.

Cuando escuchó un pitido se sobresaltó y contestó su propio teléfono móvil.

—Se ha ido, mamá —dijo en voz muy baja, como si alguien pudiera estar escuchando en la soledad del apartamento vacío.

—¿Estás seguro?

—Sí —afirmó, mientras masajeaba su frente con los dedos.

—Dios mío... ven a casa, Daniel. Cuando tu padre lo sepa quiero que estemos juntos. —La voz de su madre sonaba asustada, pero sobre todo preocupada. Ella siempre había cuidado de ellos, había servido de escudo frente a su padre, los había protegido y ayudado.

Cerró la puerta del apartamento y caminó pesadamente hacia su coche para volver al hogar de sus padres donde todavía vivía. Él no había tenido el valor de su hermano mayor; se decía una y otra vez que su vida así era más cómoda, pero en realidad no se había atrevido a dar el paso para conseguir algo de libertad.

Ahora sabía que sería imposible hacerlo. Sintió que la corbata apretaba demasiado su cuello y se aflojó el nudo en un intento inútil de respirar mejor, pero sus pulmones parecían haberse olvidado de permitir el paso al oxígeno.

Con la boca seca, las manos rígidas y la angustia apretando su pecho, entró en la casa de sus padres. Intentó caminar erguido, tranquilo y controlado, como el primogénito que su padre había perdido, pero sabía que nunca podría ocupar su lugar; por mucho que lo intentase, ni tan siquiera conseguiría ser la mitad de perfecto que su hermano Michael a ojos de él.

Lo único que podía hacer era intentar no ser una patética copia defectuosa.



## Capítulo 2

Michael paseaba por el jardín de sus padres observando las caras nuevas, las conocidas, las mujeres de edad avanzada intentando permanecer a la altura de los jóvenes que lucían su belleza sin vergüenza; hombres adultos sonriendo, manos que se estrechaban cerrando negocios, viejos de pelo blanco y mirada acuosa que observaban el gran teatro que se desplegaba bajo la noche tranquila de verano.

No tenía ninguna intención de sumarse esa noche a la función. Desde su rincón, apenas iluminado por las luces blancas que había en los árboles que rodeaban el jardín, tenía una buena vista de todos y ahora que había conseguido una bebida no pensaba moverse de allí.

Cerca se encontraba su hermano pequeño, Daniel, jugando ya a ser mayor con sus recién estrenados veinticinco años hacía una semana, escuchando a su padre con mirada respetuosa intentando imitar sus poses de dueño del mundo.

Su madre se encontraba entre un pequeño grupo de mujeres de mediana edad que conversaban animadas, con seguridad de temas bastante más importantes que los que trataban los hombres. Porque en el fondo ellos solo hablaban de dinero, mientras que ellas hablaban de aquella porción de tiempo en que eran libres para disfrutar de sus logros. De la vida, en definitiva.

Ella le descubrió y le dirigió una sonrisa suave y dulce. Sabía que estaba preocupada, las últimas semanas sólo había tensión entre ellos y las conversaciones terminaban sin remedio en agrias discusiones que los dejaban a ambos manteniendo durante días una actitud fría y distante. Aunque su madre intentaba suavizar esos momentos, cada día era más y más difícil que permaneciesen juntos en cualquier habitación sin que se escuchasen reproches por ambas partes.

Su padre, Paul J. Warren, ese gran hombre, ejemplo para toda la sociedad, al que todos admiraban y respetaban.

Tenía fama de hombre duro e implacable y era bien merecida. Había levantado su imperio a costa de mucho trabajo, lo había escuchado hasta la saciedad desde que era pequeño: «he trabajado de sol a sol para que podáis tenerlo todo».

Todo.

Curiosa palabra que para él se había convertido precisamente en el sinónimo de lo que no representaba: nada.

Porque en realidad su padre no le había dado nada, tampoco a su madre o a su hermano.

«Todo» tenía un alto precio en la familia Warren. Para un espectador ajeno podría parecer que vivían una vida fácil, sencilla y cómoda; con servicio, cocinero e incluso un jardinero. Pero si mirabas detenidamente, si te colabas en aquellas horas de la noche en que se relajaban los usos comunes y la necesidad de cortesía, y cotilleabas a hurtadillas por la ventana, entonces podías descubrir la realidad.

Su hermano y Michael habían dedicado su vida a seguir estrictamente los deseos de su padre y sobre todo a mantener una disciplina asfixiante durante los años de infancia.

A veces parecía que nunca hubieran sido jóvenes. Estaba seguro de que no lo había sido, de hecho. Una sola vez se había divertido y había vuelto a casa con alguna copa de más. La sonora bofetada que recibió hizo eco en los techos altos del vestíbulo y lo sacó por completo de su estado. Lo siguiente fue una amenaza: en su casa no tolerarían que nadie que perdiese el tiempo. Hasta que pudiera mantenerse por sí mismo, tendría que obedecer sus normas.

El castigo duró meses en los que Michael trabajó en el jardín, en la piscina, incluso ayudando a limpiar los coches de la familia. No pudo salir ni ver a sus amigos fuera del horario de las clases.

Por suerte sus impecables calificaciones hicieron que el Sr. Warren se ablandase y terminase con el encierro.

El apellido pesaba demasiado, era una gran losa anudada a su cuello desde la infancia, y el padre de Michael no permitiría nunca que lo olvidara. No hubo ningún escándalo o fiesta en la que pudieran decir que Michael estaba. Se convirtió en la discreción absoluta, moviéndose silencioso, cauto, para no volver a levantar su ira.

Tras años de esfuerzo y tesón por fin terminó sus estudios y se graduó en la universidad, entonces pudo decir con orgullo que era arquitecto.

Por desgracia su sueño de construir algo que de verdad saliese de su corazón duró exactamente cinco minutos, el tiempo en que tardó en sonar el teléfono móvil y recibir una felicitación de su padre, orgulloso de tener a un nuevo miembro en la empresa.

No tuvo oportunidad de negarse, Michael tenía el cerebro tan entumecido después de años de abuso que ni siquiera se sentía capaz de pensar por sí mismo.

—Papá quiere hablar contigo.

Su hermano pequeño lucía un semblante serio, con el traje en perfecto estado, el cabello cortado tan correctamente como su afeitado, las ondas rubias alineadas para evitar que ni siquiera algo minúsculo y sin importancia estropease su imagen perfecta con un golpe de viento. Daniel había heredado el color de pelo de su madre y sus ojos azules, también otros rasgos, como la discreción y la generosidad. Ambos eran muy distintos y todos lo sabían.

—No me apetece hoy. Creo que voy a marcharme.

—Es muy pronto, Michael, y los Whitman están aquí —su hermano insistía, como era su obligación, y lo miraba algo preocupado.

Parecía que últimamente todos estuviesen esperando que de un momento a otro entrase en combustión o cualquier cosa parecida por la forma en que mantenían la distancia al hablarle.

—Lo sé —dijo, con la mirada hacia la gente que se arremolinaba alrededor de los camareros que comenzaban a sacar una segunda ronda de canapés.

—Pues vamos a hablar con ellos. Es hora de hacer negocios. —Daniel lo animó poniendo su mano sobre su hombro. Su preocupación era sincera, Michael lo sabía bien, pero le molestaba esa actitud que había comenzado a tomar hacia él, condescendiente, vigilante, marcando los límites que no debía trasgredir.

—No, esta noche no. Dile a papá que no me encuentro bien —repitió, agachando la cabeza para dedicar un segundo a valorar el estado de las puntas de sus zapatos Bailey, siempre brillantes y bien lustrados. No quería enfrentarse a su hermano pequeño, él no merecía ser el objeto sobre el que descargara la ira contenida esos días.

—No se lo va a creer —repuso este con calma.

—Ese es su problema —añadió, zanjando así la conversación al tiempo que se volvía sin esperar respuesta. Sabía que si se quedaba demasiado tiempo al final terminaría cediendo y caminaría hacia la gente, obligado a participar, charlar, reír bromas absurdas y brindar con personas que no le interesaban en absoluto.

Así que se dirigió todo lo rápido que pudo hasta la salida, donde un mayordomo le entregó el abrigo. Su coche esperaba en primera línea de la casa y no tendría que caminar ni unos metros, ventajas de ser el hijo, claro, alguna tenía que tener. Sonrió para sí mismo ante la estupidez de su propio pensamiento mientras metía la llave en el contacto. En el instante en que escuchó el sonido suave del motor se sintió más tranquilo. Ese sonido iba a acompañarlo durante muchas horas. Si todo salía como tenía planeado, su coche iba a ser su mejor amigo, su único compañero de viaje.

En su apartamento no había demasiadas cosas que le importaran de verdad, así que recogió el portátil y miró la mesa que había justo bajo la ventana. Ese lugar, ese rincón de su apartamento, era el único que podía considerar de su propiedad. Porque sobre esa mesa se encontraban sus sueños, esos que siempre había escondido. Enrolló los dibujos y los colocó dentro de la bolsa de viaje dejando sitio para algo de ropa. Al abrir el armario supo que de allí no iba a necesitar demasiado: unos pantalones vaqueros, un par de camisetas y unas cuantas camisetitas. Cambió los zapatos negros por unas botas de montaña y el abrigo por una chaqueta de plumas que le serviría mucho mejor para el lugar al que tenía pensado dirigirse. No había nada más allí que le interesase: ni los trajes, ni las camisetas, ni los zapatos perfectamente alineados. Y desde luego las corbatas de seda podían perfectamente arder en una hoguera y él no movería un dedo para apagar el fuego.

Cerró la bolsa después de meter algunos enseres de aseo y echó un último vistazo al apartamento. El teléfono móvil estaba sobre la mesa, apagado, y allí se quedaría también.

No se había sentido nunca cómodo en esa casa. Demasiado grande, demasiado fría e impersonal. Un gran apartamento de lujo en uno de los mejores edificios de la ciudad. El lugar donde debía vivir el primogénito de la familia Warren.

Al cerrar la puerta sintió como si ese click resonase en el interior de su cabeza y con los nervios a flor de piel por lo que estaba a punto de hacer metió la bolsa en el maletero y comprobó que había suficiente gasolina para alejarse unas cuantas horas al norte antes de necesitar detenerse a llenar el depósito. Los días anteriores se había ocupado de disponer de suficiente cantidad en dinero metálico y una nueva tarjeta de crédito de su cuenta privada.

No había decidido cuál sería su destino final pero viajaría hacia el norte, y le pareció que frente a él se abría un nuevo mundo, una nueva vida.

Su vida.

Necesitó respirar profundamente antes de poner en marcha el coche y tomar la carretera que sabía que no tendría nunca un camino de vuelta. Pero era lo que tenía que hacer. Había llegado el momento de dejar la vida familiar atrás.

## Capítulo 3

Michael bajó la ventanilla del coche para dejar que el aire de la mañana lo despeinase. Normalmente hubiera llevado el coche cerrado celosamente para evitar el humo de la ciudad, los ruidos, el olor, pero nada de eso le importaba ahora.

La carretera discurría solitaria entre montañas y árboles, curvas sinuosas, y algún coche o camión se cruzaba de vez en cuando, pero poco más. El paisaje era cada vez más verde y más oscuro, como si se adentrara en una tierra nueva, y el asfalto brillaba con los primeros rayos del sol reflejados sobre su superficie gris.

Michael se relajó al volante, se ajustó las gafas de sol para evitar que la luz del amanecer lo deslumbrase y se dispuso a disfrutar del viaje.

Había dormido unas horas en un hotel de carretera de esos que salen en las películas y tenía que reconocer que cumplía todos los tópicos. El conserje era un señor mayor que fumaba un puro y que no hizo preguntas al ver los billetes en su mano, y a cambio le entregó la llave de una habitación cuyas ventanas caían directamente frente a la carretera, por lo que el ruido era incesante. La decoración era anticuada pero al menos conservaba la dignidad de la limpieza. Cuando fue a tomar algo de cenar no pudo evitar sonreír al encontrarse frente a la típica cafetería donde se mezclaban los camioneros y algunos conductores rezagados como él mismo. Olía a cerveza y los platos estaban llenos de comida rápida grasienta y poco saludable que se le antojó una delicia después de horas sin probar bocado.

Todo era absolutamente distinto a la vida que conocía. Cada átomo del aire, cada mota de luz, cada persona con la que se cruzaba.

Nunca le habían saludado tantas veces como aquella mañana cuando fue a por su desayuno, nunca tampoco le habían servido el café con una sonrisa. Desde luego nunca había desayunado con la música de fondo de Elvis a un volumen atronador.

Desde que había dejado Trenton y atravesado aquella carretera que comunicaba la isla con el continente, sentía que se había trasladado a otra época demasiado lejana. Todo era tal como se lo había contado el abuelo Jack. Los bosques se alzaban orgullosos y se mezclaba la brisa del océano con el fuerte olor a madera fresca, el aire parecía bañado por una luz que le arrancaba todo tipo de matices y reflejos.

Michael se sentía feliz, tranquilo y relajado. La gran losa que pesaba sobre su pecho había ido perdiendo rigidez y caminaba más tranquilo, como si poco a poco fuera volviendo a ser dueño de sus propios pasos.

De eso se trataba precisamente. Durante más de veinte años no recordaba haber sido dueño de mí mismo. De acuerdo, sus piernas eran sus piernas, pero solo caminaban en la dirección que otros querían. Incluso cuando tuvo una lesión jugando al fútbol el médico no le habló directamente, como si él fuera un mero espectador de lo que sucedía con su rodilla. El dolor, no obstante, lo había sufrido en su cuerpo. En silencio, como le habían enseñado, aguantó sin pronunciar una queja, conteniendo las ganas de gritar, la tensión que se acumulaba en sus nudillos, aguantó tanto que pensó que su cabeza terminaría estallando. Pero eso no sucedió.

Solo su madre le daba un beso en la mejilla por las noches y le preparaba un gran tazón de chocolate, como cuando era niño, como si supiera el gran dolor que sentía dentro y pensase que ese líquido caliente y dulce se lo llevaría.

Pero el dolor se instaló en el pecho de Michael. Quería llorar, gritar y maldecir. Quería dejar de ser el hijo perfecto.

Quería ser una persona.

Alrededor de Michael pareció crecer todo un bosque de sombras. De esa forma veía a los demás y de esa forma caminó durante años sin prestar demasiada atención a los que se encontraban a su alrededor.

Sacudió la cabeza tratando de borrar esos pensamientos. Había vuelto a hacerlo, se estaba compadeciendo de sí mismo de nuevo. ¿Por qué se había acordado justo en ese momento? Hacía mucho tiempo que había pasado y en realidad no le importaba demasiado, no podía recordar si le gustaba o no el deporte, pero su padre solía felicitarle por los partidos y eso era lo importante ¿verdad?

Una sonrisa se formó en su rostro al mirar el bosque a su alrededor, éste verdadero y lleno de colores intensos, no como el que hasta ese momento le había aislado del mundo. Estaba en el camino de ninguna parte y era una parte curiosamente viva, húmeda y fresca. El aire olía bien, a limpio, y tenía la sensación de que algo despertaba en su interior.

De niño había soñado mil veces con ese viaje, con dejar su casa atrás y recorrer la costa hasta llegar a uno de esos pequeños pueblos de los que solía hablar su abuelo. Dentro de la vida que había llevado aquello se le antojaba lo más parecido a la libertad.

Hacía tres meses que había muerto su abuelo Jack dejándole como herencia una suma de dinero considerable y una carta que por suerte escapó a la inspección de su padre gracias a un abogado orgulloso y fiel a la confidencialidad debida en su trabajo. La carta era corta, en realidad ni tan siquiera podía considerarse más que una nota. Su abuelo le ordenaba que dejase aquella ciudad y fuese a buscar el mar: «Busca el mar, Michael, sigue a la Estrella Polar. Es tu obligación. Más que con tu padre, más que con tu apellido o con tu familia, tienes una obligación contigo mismo. Ve a buscar el mar.»

Michael había repasado esas palabras muchas veces desde el primer día que las leyó. Desde hacía unos años la relación con su abuelo era prácticamente inexistente; aunque había asistido a su graduación en la universidad, a Michael le contrarió encontrarse su cara seria en lugar de una felicitación en la pequeña recepción que organizó su padre. Se marchó sin despedirse en el momento en que el Sr. Warren felicitó orgulloso a su hijo mayor anunciando de paso la entrada de este en el negocio familiar.

Pero su abuelo Jack había dejado el germen de la duda dentro de su cabeza. Había llenado la mente de un niño con historias sobre bosques de libertad y horas navegando bajo un cielo que pasaba con frecuencia de la tormenta a la claridad sin que uno pudiera nunca estar preparado para el clima con el que terminaría el día.

Esas historias sobre pescadores, sobre paseos por la noche para buscar algún tesoro indio escondido, le habían mantenido despierto imaginando ser un Tom Sawyer valiente y libre en un mundo agreste que le recibiría con los brazos abiertos.

Ahora había llegado el momento de saber si sería capaz de buscar el mar, su mar. Su destino.

Aparcó el coche frente a un pequeño edificio de madera pintado de azul oscuro con un cartel en el que se podía leer la palabra «Hotel». Parecía un buen lugar, seguro que el mar se podía ver desde las ventanas de los pisos superiores. Estiró las piernas y se cerró el cuello de la chaqueta para protegerse del aire frío cargado de sal que le golpeaba y se echó al hombro la bolsa de viaje del maletero. Este parecía un buen lugar para quedarse unos días.

Cal lo supo en cuanto le vio cruzar la puerta. Había visto suficientes hombres, mujeres, chicos, e incluso ancianos, en la misma situación y reconocía inmediatamente cuando se encontraba frente a una persona que huía de su anterior vida.

Cumplía con todos los requisitos: poco equipaje y aspecto de no dormir; y para hacerlo todavía más típico, con una bolsa deportiva, mirada ansiosa y ojos que recorrían continuamente su alrededor, manos que se movían nerviosas y ese tic que le hacía pasar sus dedos por el cabello demasiadas veces.

Sí. Frente a él tenía a un joven que comenzaba una nueva vida. Pero lo importante era si sería capaz de encontrar su camino o regresaría por donde había venido, como a veces sucedía, para esconderse de nuevo en una realidad conocida y cómoda, después de descubrir que el mundo real era demasiado duro para él.

Parecía estar en la veintena aunque su mirada era madura. De aspecto cuidado, movimientos lentos y deportivos que mostraban una gran energía contenida, como si dentro de aquella camiseta casi sin arrugas y sin manchas hubiera otra persona compartiendo el mismo cuerpo. Tenía un parecido asombroso con aquel otro joven, uno que hacía muchos años había hecho justo el camino contrario, alojándose en el hotel la que sería su última noche en el pueblo.

Esa era la persona que había llegado hasta el pueblo conduciendo, pero ahora dejaba paso a la imagen que lo mantenía atado y amordazado, convenientemente oculto de todos.

Dentro de ese cuerpo se escondía otro, sí. Podía sentirlo con claridad. Lo que estaba por ver era si conseguiría escapar de su propia prisión.

—¿Hay habitaciones libres? —Michael preguntó a aquel hombre que lo miraba con los párpados entrecerrados como si estuviera estudiándolo. Le gustó aquello. No le lo conocía, así que Michael no tenía que hacer nada de lo que habitualmente hacía, nada se esperaba de él. No tenía que ser cortés, aunque optó por ser educado.

—Sí. Es temporada baja —contestó, y continuó mirándolo como si esperase que se sintiera intimidado.

—Me gustaría quedarme unos días —añadió Michael, tratando de conseguir una habitación. Tal vez era este un lugar donde no son bienvenidos los visitantes, uno de esos remotos lugares del mundo en los que prefieren seguir cerrados al exterior sin que nadie descubra sus secretos.

—¿Cuántos? —preguntó, con voz áspera y profunda, tal como debía ser la de un capitán de barco, pensó Michael.

—No lo sé —contestó, porque era la verdad, aunque se apresuró a dar algún dato que hiciera que aquel hombre tuviera a bien darle alojamiento—. Creo que unas semanas.

—Necesito una par de días de depósito y un documento de identidad —añadió, y se dio la vuelta dándole la espalda para buscar en los cajetines una llave anticuada—. Aquí tienes. Primera planta, habitación 4.

Michael rebuscó en la cartera para sacar algunos billetes y ponerlos en la mesa junto a su tarjeta de afiliación sanitaria.

—¿Es suficiente?

—Sí. Tienes hasta el sábado. El desayuno se sirve hasta las 10. —Añadió la última frase mientras anotaba los datos del joven en el ordenador—. Tengo que rellenar la ficha de clientes para la policía.

Él asintió sin decir nada. No le preocupaba la policía. Aunque existía la posibilidad de que su padre le buscara, su instinto le decía que no sería de forma inmediata. Con total seguridad estaría enfadado y herido en su orgullo, seguro de que regresaría en unos días con la cabeza agachada y dispuesto a humillarse y aceptar sus planes para el resto de su vida. Planes de boda, trabajo y un futuro con no menos de dos hijos ni más de cuatro, quizá una colaboración con algún partido político para asegurarse una estabilidad económica mayor.

Sí, Michael estaba escapando. Pero no de la ley.

—Muchas gracias —contestó, como si le fuera indiferente.

Tomó la llave y subió las escaleras. No eran demasiado empinadas y la barandilla de madera parecía firme. Tal como había sido su impresión en un primer vistazo, el hotel estaba bien cuidado y limpio. La primera planta tenía media docena de habitaciones dispuestas a ambos lados de un pasillo y encontró la puerta con el número 4 al final del mismo. En cuanto la traspasó sonrió. Había una gran ventana y se podía ver la playa entre los árboles que servían de protección para los edificios del pueblo.

No era esta una playa tranquila, sino con grandes rocas y fuerte oleaje, un mar que hoy parecía recibirlo embravecido. Nada de arenas doradas y aguas serenas; bajo el cielo plomizo el océano parecía negro y las olas rompían formando grandes arcos de espuma blanca.

Al momento se sintió cómodo y pensó que el destino había querido guiarlo hacia el lugar perfecto.

Abrió la ventana y lo único que se podía escuchar fuera era el sonido de las olas rompiendo y el viento golpeando entre los troncos de los grandes abetos.

No había pasado media hora cuando Michael se encontró de nuevo bajando esas escaleras dispuesto a salir para ver el mar. Sabía bien que era una temeridad y no estaba tan loco como para querer suicidarse, pero de alguna forma sentía que esas olas lo llamaban. Siguió un camino entre las piedras que descendía hacia un pequeño recodo donde unos metros de arena le parecieron el lugar idóneo para conocer esa parte del océano. Se deshizo de las botas y la camiseta dejándolas sobre unas rocas y sin pensarlo dos veces caminó a pasos decididos adentrándose en el agua. Cada ola chocaba contra su cuerpo con violencia, el pantalón se pegaba más a su piel y cuando un golpe de mar le dio en pleno pecho sus pulmones se quejaron cerrándose por un segundo, el tiempo justo para que necesitase una gran bocanada de aire al volver a respirar.

Se sintió libre.

Tenía la piel del rostro fría y húmeda por las gotas saladas que llenaban el aire gélido. Por primera vez en mucho tiempo solo miró al horizonte.

Su mente se cerró con cautela y creó una gran barrera entre todos aquellos pensamientos, todas aquellas palabras, todos los recuerdos, y a un lado dejó el lienzo blanco preparado para lo que venía ahora.

Quizá parecía triste, pero no era por haber abandonado su vida sino por esforzarse en que nada del pasado se colara para contaminar aquel instante.

Caminó rápido de regreso al hotel calado hasta los huesos y soportando sin preocuparse las miradas de los pocos vecinos que había en el restaurante del hotel, desde donde tenían una perfecta vista de la recepción y de la entrada. En cuanto estuvo en su habitación se metió bajo el agua caliente de la ducha y dejó que corriera llevándose la sal que había en su piel

Un paseo por el pueblo fue lo siguiente. Las pocas personas con las que se cruzó le echaron una mirada de curiosidad sin ninguna vergüenza e incluso los que lo saludaron con amabilidad le miraron dos veces. Tal vez era una bienvenida. Tal vez se había corrido el rumor de que era un loco que no temía meterse en el agua a riesgo de sufrir una pulmonía.

¿Sabrían ellos que su intención era quedarse más tiempo en el que consideraban su pueblo?

Sonrió a su propia imagen en el escaparate de una pastelería pero lo que vio le hizo cambiar demasiado rápido esa expresión. Sus ojos, grises y marcados por las ojeras, eran la viva imagen de los de su padre.

No engañaba a nadie: un forastero, vestido en vaqueros y camiseta blanca y las manos en los bolsillos.

Sí, era fácil saber que acababa de llegar y que no estaba de vacaciones.

Al final de la calle principal había unas increíbles motocicletas y se paró junto a ellas acariciándolas con la mirada.

Nunca había tenido una, aunque era uno de sus sueños.

Durante el camino de vuelta al hotel, meditó sobre cuáles serían sus siguientes pasos ahora que pretendía conducir su vida con libertad, tal vez seguir viajando, o quizá descansar allí unas semanas. Solo él decidía ahora el camino que tomaría su vida. *Su vida*. Esas palabras resonaban dentro de la cabeza de Michael y le hacían sentir una punzada de miedo, pero también una satisfacción oculta de alguien que va a cometer una locura.

Al traspasar la puerta del lugar que sería su casa durante las siguientes noches, se sorprendió al ver que el pequeño restaurante estaba repleto de clientes. Todos parecían conocerse pero cada uno ocupaba su lugar. Con toda la discreción que pudo subió a la habitación, no quería cenar entre desconocidos que se dedicarían a observarlo entre bocado y bocado.

Su estómago rugía de hambre cuando despertó por la mañana temprano, así que tuvo que elegir entre comer algo o darse una ducha. Por suerte no había casi ninguna mesa ocupada cuando bajó con el pelo todavía mojado de la ducha y se dispuso a tomar un café y un buen desayuno.

—¿Piensas quedarte mucho tiempo?

La pregunta de Cal no le pilló por sorpresa, sabía que tarde o temprano tendría que satisfacer la curiosidad de todos, por mucho que se empeñara en mantenerse apartado y en silencio.

—Quizá —contestó, aparentando prestar toda su atención al periódico que había sobre la mesa mientras continuaba comiendo unos huevos revueltos con queso que habían conseguido aplacar a su hambriento estómago.

—Busco un camarero —comentó Cal deteniéndose frente a él—, si necesitas trabajo.

Cal lo miró con calma, de aquella forma que parecía no dejar espacio para que se escondiera ni dentro de su cabeza, pero Michael se dijo que era tan solo el miedo a ser demasiado transparente.

—No he trabajado nunca en un bar —contestó, sonando más arrogante de lo que pretendía.

—No hace falta tener estudios, chico —repuso Cal un poco mordaz, con una sonrisa socarrona en sus labios, como si le estuviera retando—. Trabajarías sirviendo las comidas, los desayunos, ayudando un poco a mantener el hotel. Es fácil. Si quieres trabajar, claro.

—De acuerdo —se apresuró a contestar Michael aceptando el reto.

—¿No vas a preguntar el sueldo? —añadió claramente divertido por su forma de lanzarse cuando se había sentido atacado en su orgullo.

—No. En realidad no es importante. —En cuanto la frase escapó de su boca se dio cuenta de que si antes había sonado soberbio, ahora aquel hombre debía pensar que era un estúpido chico rico, pero ya estaba dicho, más valía que consiguiese calmarse un poco antes de continuar hablando. No sabía por qué razón se había sentido herido en su orgullo por aquel desconocido.

—Perfecto. Arriba, en la buhardilla, puedes dormir. Tendrás que limpiar, hace años que nadie está por allí y se han ido acumulando los trastos. Pero es gratis.

Michael sonrió al escuchar el ofrecimiento. Parecía que aquel hombre le había aceptado sin problema, pero no importaba, había conseguido un lugar donde quedarse y un trabajo en tan solo un día en aquel pueblo. No era un mal comienzo.

El hombre regresó al cabo de uno momento y puso una llave sobre la mesa.

—Mi nombre es Cal —se presentó.

—Michael —contestó, aunque estaba claro que ya sabía cómo se llamaba y hasta su fecha de nacimiento, seguro que había comprobado la veracidad de sus datos antes de ofrecerle el trabajo. Cogió la llave sin decir nada más y en cuanto terminó su desayuno subió a la buhardilla. Todavía no había decidido si quedarse o no en el pueblo, había pensado que viajaría durante semanas visitando medio país, haciendo todas esas cosas que siempre había querido hacer pero que por sus obligaciones había ido postergando, con la terrible certeza de que solo serían sueños al final.

Subió el segundo tramo de escalera que terminaba en una gran puerta de madera envejecida y metió la llave en la cerradura. Le costó varios intentos conseguir que la puerta cediese pero por fin entró.

Cegado por la luz directa sobre sus ojos parpadeó unos segundos.

El sol había encontrado un hueco entre las nubes tormentosas de la mañana y los rayos se colaban por una ventana sin cortinas haciendo que pudiera ver el polvo en el aire.

Dio unos pasos en el interior echando un vistazo a su alrededor. Era una estancia grande, llena de cajas por todos lados, libros apilados, un par de bicicletas antiguas, muebles viejos... ¿Cuántos metros tenía? ¿Treinta quizá?

Era un lugar tranquilo, eso no podía negarse. Por la orientación, precisamente recibía el sol de la mañana, el mejor para trabajar allí.

El suelo crujió cuando caminó y se agachó para mirarlo. Buena madera, maciza, pero había sufrido la humedad del lugar.

Cuando un momento más tarde estaba frente a Cal en la cafetería él miró interrogante.

—Me quedo —anunció con seguridad y aplomo frente a él.

—Bien.

No hubo más conversación y un apretón de manos cerró el acuerdo entre ellos. Michael pasó el resto del día tratando de poner un poco de orden en aquella estancia, peleando con el polvo y las arañas que habían hecho su hogar allí arriba entre los trastos olvidados y Cal no dijo nada cuando vio que subía cargado con un cepillo y unos trapos para limpiar el polvo, tampoco cuando le pidió la escalera para poder ordenar los libros de las estanterías. Comió un bocadillo y un trozo de tarta de manzana allí arriba trazando planes para aquella habitación. Quizá sonara extraño e ilógico, pero era la primera vez que sentía que un lugar era suyo. Entrada la noche regresó a dormir en la habitación número 4, se dio una ducha y cayó rendido en la cama.

Cuando a la mañana siguiente bajó para desayunar se encontró con el rostro serio y hosco de Cal.

—Abrimos a las 7 y a las 6 comienza el reparto —le informó mientras preparaba otro café—. El delantal está tras la puerta de la cocina.

Michael parpadeó algo aturdido, pero viendo que Cal continuaba con su trabajo sin prestarle más atención, decidió que debía continuar con la palabra dada, así que se dirigió a la cocina y regresó con el delantal en su cintura dispuesto a trabajar. Podía hacer esto, estaba seguro, no debía ser tan difícil.

Dos horas más tarde, cuando pareció que todas las personas del pueblo habían pasado ya a desayunar, el lugar recuperó su tranquilidad y pasó su mano por la nuca, sobre su cuello, girándolo un par de veces. Tenía las vértebras agarrotadas y un dolor punzante entre los omóplatos.

—¿Cansado? —La pregunta de Cal parecía sincera, tanto como el plato con huevos y salchichas que puso frente a él—. Hay que limpiar el suelo antes de que esto vuelva a llenarse. Pronto conocerás los horarios. —Hablaba comiendo su propio plato y Michael se sintió cómodo al lado de aquel hombre cuyo único interés parecía ser que él fuera un buen camarero.

## Capítulo 4

Cal salió del hotel y se sentó en la silla que había cerca de la que ocupaba Michael dejando una botella de cerveza frente a él y abriendo otra para sí mismo.

—No bebo alcohol —dijo al ver la botella que era una invitación muda.

—¿Eres alcohólico? —preguntó sin apartar su vista del horizonte.

—No.

—Bien —repuso lacónico.

No dijo nada más. Frente a ellos el océano teñido de gris cada vez era más oscuro según pasaban los minutos y el sol se escondía tras las nubes.

El joven extendió las piernas y las puso sobre la barandilla de madera. Tenía la espalda entumecida por el trabajo, había sido un día duro, al parecer el viernes era cuando más clientes había. Este era uno de los pocos lugares del pueblo donde se podía disfrutar de una buena comida casera, como había escuchado a varios clientes.

Estos días casi no había tenido tiempo de explorar más allá de un par de calles. Por las noches terminaba tan cansado que caía rendido en la cama hasta la mañana siguiente. Empezaba a pensar que no debía haber aceptado el trabajo. Pero ahí estaba Cal, mayor que él y sin ningún problema para seguir ese ritmo. Tal vez era solo necesitaba acostumbrarse al trabajo físico, pensaba un poco avergonzado.

Tenía la boca seca y al final se decidió a tomar la cerveza. ¿Cuánto hacía que no bebía una? Su padre no solía ver con buenos ojos que tomaran alcohol, solo alguna copa de vino en las comidas importantes o algo de champagne en las reuniones sociales, o un whiskey si la ocasión lo merecía. Desde que había dejado la universidad no había vuelto a probar una cerveza. Pero en ese momento nadie le veía, estaba solo y tenía sed.

Dejó que el líquido amargo pasara por su garganta y al instante lo agradeció al sentir que el sabor le refrescaba y le caldeaba a partes iguales.

Ahora era libre, se repitió una vez más, obligándose a vaciar su cabeza de pensamientos negativos y disfrutar de ese merecido descanso. Había observado que Cal solía quedarse por las noches en el porche, parecía meditar o tal vez no pensaba en nada, el silencio era un bálsamo que hacía que fuera fácil dejarse llevar por el tiempo.

Hacía siglos que no se sentía tan tranquilo.

—¿Cuándo vas a trasladarte a la buhardilla? Quiero la habitación libre el lunes —comentó relajando su cuello hacia atrás y a los lados.

—¿Van a llegar más huéspedes? —preguntó Michael.

—Esa no es la cuestión. Trabajas aquí. Esas habitaciones no son para ti. El lunes quiero la llave —explicó Cal tomando su cerveza con calma, como si todo aquello no le preocupara demasiado.

—Pagaré mi habitación, no te preocupes —contestó irritado por esa costumbre de Cal de dar órdenes continuamente.

—No es por dinero, chico. El lunes deja la habitación o deja el hotel.

Michael le miró perplejo, pero él no parecía interesado en discutir, seguía con la vista perdida en el horizonte sin prestarle mayor atención. Por un momento pensó que lo mejor era largarse de allí, pero qué narices, aquel tipo no iba a echarlo a la primera de cambio. Había decidido cambiar de vida y ese lugar le gustaba.

Terminó su cerveza sin decir nada más y cuando sintió que los ojos se le cerraban subió a su habitación para darse una ducha. Se durmió casi al momento como había sucedido el resto de los días de esa semana y soñó el mismo sueño que ocupaba su mente esos días: un pequeño barco navegaba hacia el norte, él, mirando el cielo para trazar con un sextante la ruta sobre un mapa, descubría la Estrella Polar y elegía el rumbo que le llevaría a su destino. Lo único que había cambiado era el mar, si antes navegaba en un océano negro y oscuro, ahora había pequeñas olas que balanceaban la embarcación y la luz de las estrellas lo inundaba todo. No hacía falta ser psicólogo para deducir el significado del cambio de ese sueño.

La luz del día colándose por la ventana le despertó. Había olvidado poner la alarma del despertador de su teléfono móvil recién comprado. A toda prisa, se puso los pantalones y un jersey de lana y bajó a la cocina seguro de que iba a recibir otra reprimenda de Cal. No sabía si iba a permanecer demasiado en aquel trabajo pero tampoco quería que él le tratase como a un blandengue de ciudad.

—Buenos días —Michael entró en la cocina y saludó a la chica que llevaba puesto el delantal y que ayudaba a Cal a servir los platos.

—Buenos días. Eres el chico nuevo ¿verdad? —sin dejar su trabajo, ella sonrió mientras le esquivaba para salir con una bandeja cargada de platos con huevos y bacon.

—¿Tienes otra camarera? —preguntó a Cal cuando se quedaron solos, sorprendido por lo rápido que él había encontrado una sustituta.

—Es Sarah. Trabaja aquí los fines de semana, así que puedes descansar —explicó escueto como siempre Cal.

—No me lo habías dicho.

—No —contestó, y siguió atendiendo la plancha ignorándole como solía hacer, así que Michael salió de la cocina y para variar se sentó en una de las mesas que ya empezaban a ocupar los clientes. Esta mañana también él desayunaría tranquilo.

Sarah le sirvió el café y los huevos que pidió, añadiendo unos trozos de verdura a la plancha que Michael miró sorprendido.

—Intento que los fines de semana la dieta sea un poco más equilibrada aquí —confesó ella sin dejar de sonreír—. También hay fruta si te apetece. No creas que los de pueblo solo comemos bacon y huevos.

El comentario no le sacó de su intención de desayunar en calma. Quizá allí todos le consideraban de otro mundo, pero a él le daba igual. Estaba buscando su destino y él mismo decidiría dónde recalaba en ese viaje.

No le había pasado desapercibido el brillo de los ojos de esa chica, tampoco su sonrisa, que parecía prodigar a todos los clientes por igual obteniendo a cambio gestos y palabras amables. Sarah se movía con confianza entre los clientes y él se dio cuenta del trato amigable y familiar que tenía con todos. Debía ser de la zona, de eso no tenía duda.

Cuando ella le pilló mirando, Michael obtuvo como recompensa una preciosa sonrisa a cambio y él se quedó completamente en blanco durante unas milésimas de segundo, las suficientes para que ella continuara con su trabajo sin darle oportunidad a decir nada.

Aunque era su día libre, cuando terminó su desayuno fue de nuevo a la buhardilla. Todavía le quedaba mucho trabajo por hacer allí arriba.

El sol entraba por la ventana y hacía que el polvo pareciera flotar llenando toda la estancia de brillos dorados. Se remangó la camisa, cogió uno de los trapos y se puso manos a la obra pensando que cuanto antes comenzara antes terminaría. Lo mejor era empezar por colocar todas aquellas cajas que ocupaban sin orden el suelo. Al poco se encontró decidiendo si debía ver lo que contenían en su interior o no, al final optó por apilarlas, más tarde Cal determinaría qué hacer con todas esas cosas. Poco a poco la estancia fue quedando despejada; había una bicicleta antigua de color rojo y otra más pequeña que estaba un poco oxidada, unos viejos balones de rugby desinflados, libros amontonados del instituto, fotos enmarcadas, ropa llenando cajas que él apilaba al lado de las que estaban cerradas. Le picaban la nariz y las manos, la ventana no era suficiente para que el aire se renovara y tenía en la boca el sabor a libros viejos. Sabor a pasado, pensó mientras buscaba la botella de agua que había dejado sobre el suelo cerca de la puerta.

Una pila de periódicos llamó su atención. Eso sí era algo interesante.

—¿No vas a bajar a comer?

La voz de Sarah le sobresaltó cuando llevaba un par de números ojeados y tardó un momento en responder.

—¿A comer?

—El restaurante se ha vaciado hace un rato, Cal me ha dicho que subiera a avisarte. —Sarah se inclinó a su lado revolviendo entre los periódicos curiosos.

—¿Qué hora es? —preguntó un poco azorado mientras se levantaba para sacudirse el polvo de los pantalones y mejorar un poco su aspecto—. ¿Cal te ha enviado a buscarme?

—Sí. Creo que le caes bien, aunque no lo reconocerá nunca —aseguró Sarah, echando un vistazo a la estancia y curioseando entre las estanterías.

—Ya me he dado cuenta de su carácter tan especial —dijo, y se dedicó a echarla un vistazo aprovechando que ella parecía distraída en los libros.

—Sí, Cal es especial —repitió, remarcando la última palabra con un guiño divertido—. ¿Te espero, entonces?

—Deja que me asee un poco. Solo un minuto —contestó, devolviéndole la sonrisa y reconociendo que se sentía un poco nervioso, hacía mucho que no hablaba con otra mujer, salvo su novia, claro, y Sarah era muy diferente. Sus ojos negros parecían chispear cuando le miraban, recordándole a las primeras estrellas de la noche.

—De acuerdo. Pero date prisa, estoy hambrienta y la pasta que ha preparado Cal hoy ha sido un éxito. Si tardas te quedas sin tu parte.

Michael miró a Sarah mientras esta se daba la vuelta para regresar abajo, durante un segundo el sol iluminó su cabello oscuro como si fuese la imagen de una de esas ilustraciones de cuento que su madre le leía de pequeño. ¿Qué edad tendría? No parecía una adolescente pero tampoco una mujer mayor. O quizá era que él estaba acostumbrado a otro tipo de mujeres, esas que siempre llevan el cabello y el maquillaje en perfecto estado y que saben vestir con unos vaqueros como si de un traje de alta costura se tratara. En Boston a las chicas jóvenes les gustaba aparentar que estaban ya cerca de la treintena y a las que pasaban la cuarentena también, de forma que a veces se producían desagradables malentendidos, por lo general cuando descubrías bajo el maquillaje los retoques de la cirugía estética o de las famosas inyecciones de bótox.

Se quitó el sabor amargo del recuerdo bajo la ducha y cuando se dio cuenta lo había sustituido por la imagen de Sarah con aquella camiseta azul que quedaba sobre sus caderas, justo donde el pantalón vaquero parecía detenerse en su caída. De improviso otra imagen de ella se coló produciendo una extraña sensación en su estómago, la imagen de una porción de piel quedando a la vista cuando ella se había inclinado para recoger los platos de una de las mesas.

Terminó por bajar a comer todo lo rápido que pudo sin querer hacer esperar a Sarah y Cal.

—¿Cómo te ha ido? —preguntó Cal en cuanto le vio aparecer. Michael ya estaba acostumbrándose a su forma escueta y directa de hablar, no parecía un hombre al que le gustase gastar más palabras de las necesarias.

—Bien. Tengo un montón de cajas apiladas y listas. ¿Hay algún lugar en el que pueda dejarlas? —preguntó mientras tomaba asiento en la mesa al lado de Sarah y recibía otra de sus preciosas sonrisas.

—Sí, el garaje. —La risita que siguió al ofrecimiento de Cal le hizo mirar a Sarah buscando una explicación.

—¿Has visto el garaje? —preguntó ella sin que esa expresión divertida abandonase su rostro.

—No, pero no sé por qué me parece que voy a tener trabajo allí también ¿verdad? —habló en voz baja, como si fuera una confidencia, haciendo que Cal los mirase secretamente satisfecho de ver que los dos parecían entenderse tan bien.

—Siempre puedes dejar las cajas en la buhardilla si no quieres limpiar el garaje —dijo, fingiendo ser más huraño de lo que en realidad era.

Su plato se llenó con una ración de espaguetis que olían a especias y tomate fresco asado, haciendo que su estómago se quejase de forma poco educada. No quiso discutir, sabía que no tenía nada que hacer y por alguna razón comenzaba a aceptar que se quedaría allí mucho tiempo. Quizá más adelante encontrase una casa pequeña que comprar o terminase en otro pueblo, incluso puede que terminara en otra ciudad en la Costa Oeste, pero por ahora ese pueblo en Desert Island le parecía un lugar perfecto.

—Está riquísimo, Cal, no me extraña que todos hayan querido pasta hoy —escuchó a Sarah y se dio cuenta de que no había agradecido la comida. Había olvidado sus modales, estaba tan hambriento que casi tragaba sin masticar. Regresando a una postura recta en la mesa, tomó un poco de agua y comenzó a comer más despacio. Cuando se dio cuenta tenía los ojos de Cal clavados sobre él.

—¿Pasa algo? ¿No te gusta? —inquirió con el ceño fruncido.

—Sí, están estupendos —aseguró Michael continuando con su comida.

—¿Entonces? —insistió Cal.

—Nada. Entonces nada —dijo sin entender.

—Bien —repuso con voz seca y cortante.

El joven negó con la cabeza, parecía que acababa de tener una discusión con Cal y no tenía ni idea de por qué. Sarah también los miraba, pero decidió seguir con su comida.

—En el garaje hay un sofá.

Volvió a mirar a Cal y esperó paciente a que continuara hablando.

—Si quieres esta tarde te ayudo a subirlo y así podrás dormir allí mañana —añadió.

—Todavía queda mucho por limpiar, quizá un par de días —explicó Michael mientras enrollaba otro bocado en el tenedor.

—Mañana —le interrumpió—. Quiero la habitación libre el lunes.

Michael terminó el plato sin decir una palabra más y él mismo lo llevó a la cocina. Estaba enfadado. No tenía por qué aguantar aquello. Había huido de su familia no para terminar soportando a un imbécil de pueblo que seguro que no había pisado más allá del puente en su vida. No, no tenía por qué aguantarlo.

Regresó a la buhardilla y lo único que hizo fue descargar su enfado limpiando y ordenando todo aquel montón de papeles y recuerdos. Aquella era la vida de otras personas y se sentía un intruso aunque no leyera ni una letra y pese a que no se había atrevido a abrir las cajas cerradas. Limpió a conciencia los cristales para dejar entrar el máximo de luz posible del exterior. Quería disponer de una mesa allí, subir todos sus papeles y relajarse dibujando.

—¿Te ayudo? —Sarah apareció en la puerta con su expresión amable y sus ojos negros que le miraban cargados de dulzura.

—Ya casi está. Bueno, quedan todavía todas estas cajas y mover esa vieja cómoda, los cajones ya están vacíos.

—Y limpiar el suelo. Eso va a llevarte horas —observó la joven mientras miraba la madera llena de marcas y suciedad. Habría que fregar varias veces antes de conseguir que brillara aunque fuera un poco. El paso del tiempo, el polvo, los enseres apilados sin orden, habían dejado marcas y arañazos que no sería posible borrar, pero al menos quedaría presentable.

No esperó la aprobación de Michael. Cargada con una fregona comenzó a mojar parte del suelo que ya estaba despejado y el agua pronto se oscureció con el polvo. Él no pudo evitar mirarla. Su brazo apretaba firme el palo de la fregona y arqueaba la espalda cuando se movía hacia delante. Nunca había pensado que podría ser sexi ver a alguien fregar el suelo y se obligó a evitar ese pensamiento. Disciplinado como era, no le costó más de cinco segundos volver a dedicarse a lo importante: limpiar la buhardilla.

Unas horas más tarde con la noche ya entrada, Cal y él empujaban el sofá escaleras arriba bajo las indicaciones de Sarah. Consiguieron no terminar aplastados bajo su peso y al final ocupó su lugar junto a la única pared libre de estanterías. Cal echó entonces un vistazo a su alrededor y esbozó una de esas sonrisas llenas de ironía.

—Vaya, sí que sabes limpiar. Creo que nunca había visto este lugar tan despejado.

—Gracias. Aún queda bastante. Me gustaría poner una mesa bajo la ventana —su petición le hizo acercarse y mirar a través de los cristales, que ahora eran

transparentes y dejaban ver el cielo nocturno.

—Abajo habrá alguna mesa que te pueda servir ni no quieres gastar dinero. También unas cortinas.

—Me gusta que entre luz del exterior —dijo, pensando en que aquel sería un lugar estupendo para poder dibujar mirando cómo cambiaba el cielo del claro tono rosado del amanecer al gris cuando comenzaban los días más desapacibles, tal y como habían sido desde que había llegado hacía ya una semana.

—Como quieras. Pero en verano amanece pronto. Entonces igual te arrepientes.

—Puedes ir mañana al mercadillo del muelle, allí hay cosas que podrían alegrar esto un poco —sugirió Sarah—. Quizá alguna lámpara nueva y unas sillas quedarán bien.

—Sí, puede que compre algunas cosas.

—Puedes usar las mantas y sábanas del hotel, también las toallas —ofreció Cal, en un gesto que a Michael le confirmó que bajo esa apariencia fría y ruda no era tan malo después de todo. Todavía no sabía la razón por la que le había aceptado, pero tampoco quería dar demasiadas vueltas al asunto. Más adelante habría tiempo de pensar en todo aquello. Por ahora ese lugar era perfecto para él.

Michael sentía que su vida nunca había sido de su propiedad. Había sido consciente de ello a muy temprana edad. Si algo podía recordar con increíble claridad era el miedo.

Su padre los había educado en la más estricta de las disciplinas. Desde muy pequeño Michael supo que todo ese lujo y comodidad que lo rodeaban no le pertenecían, tenía que ganárselo.

No recordaba haber sido especialmente feliz. Los días transcurrían demasiado rápido e inevitablemente llegaba el temido fin de semana.

Odiaba permanecer esos dos días en casa. Al menos en el colegio podía escapar de sí mismo y su realidad.

De lunes a viernes se levantaba antes de que sonase el despertador y se duchaba rápidamente, vestido con el uniforme escolar desayunaba en silencio. Su padre valoraba de forma muy positiva que fuera tan diligente y rápido por las mañanas, ajeno a la verdad que él escondía: la necesidad de escapar del hogar familiar.

Lo que para otros era un refugio, para Michael era una cárcel.

En el colegio sabía qué esperaban exactamente de él y cumplía con todas sus obligaciones. De esta forma se convirtió pronto en un alumno modelo.

Pero las clases solo duraban unas horas.

Volvió a casa y merendaba, todavía en una paz relativa. El Sr. Warren no regresaba del trabajo hasta la noche.

El resto de la tarde se encerraba en su cuarto a hacer los deberes fingiendo dedicar horas al estudio, escondido entre los libros, soñando un presente más amable.

A veces temía que su padre se diera cuenta de su secreto escondite mental y le obligase a salir y permanecer en la casa.

Pero para eso debería de haberle prestado más atención y por suerte Michael sabía que era poco probable.

A la hora de la cena bajaba de nuevo y compartía ese tiempo en educado silencio, de nuevo felicitado por su actitud serena, sobria y trabajadora.

Pero el tiempo pasa y los refugios se quedan irremediamente pequeños. Michael se acostumbró tanto a tener su propia vida privada desde tan temprana edad que pensó que vivía en libertad.

A los quince años supo que todo era una ilusión.

La lesión que le dejó en la cama durante días le hizo ver que los tentáculos del poder de su padre eran largos.

Sorprendió a propios y extraños con su actitud. «Tan joven y tan maduro». Escuchó decir al médico tantas veces esa frase que llegó a odiar las palabras. Porque todos pensaban que esa madurez era voluntaria, pero nada más lejos de la realidad, era algo necesario para su propia supervivencia.

No lloró ni se lamentó como muchos esperaban. Supo que aquella era otra de esas realidades que tenía que aceptar y que escapaban a su control, solo otra cosa más en su vida que desaparecía, igual que habían desaparecido los libros de cuentos, las bicicletas, los cómics, incluso las películas infantiles que solía ver con Daniel.

Así desapareció su equipación de fútbol.

El desván, más que una estancia de la casa, parecía la cárcel de sus sueños, porque allí iban a parar todos esos objetos que alguna vez habían sido importantes para ellos.

Esa fue la última vez que subió, y dejó allí la camiseta pulcramente doblada con el número y el nombre tapados, no había soportado verlo, y aunque estaba solo y nadie podía ver las lágrimas, contuvo el conocido picor en los ojos.

No podía recordar con exactitud en qué gastaba los días. Era una especie de muerto viviente. La única forma de sobrevivir que había encontrado era permanecer adormecido, esconderse, cerrar todos los sentidos a los estímulos del exterior. De esta forma, había olvidado los nombres de los amigos que iban y venían en su vida, también los de los profesores o de los lugares a los que asistía. Lo único que tenía para él cierto carácter de realidad eran sus libros. Libros grandes e importantes, novelas famosas por su calidad, la única literatura que se permitía en su casa; pero por suerte incluso los grandes escritores se habían ocupado de llenar las horas sombrías y aburridas.

Se acostumbraron a encontrarlo leyendo siempre. Bien fuera la biografía de Napoleón, Moby Dick o ensayos periodísticos. Pero siempre en ese mundo paralelo en el que no podía sufrir, o al menos en el que podía detener su sufrimiento cerrando la tapa del libro y escondiendo esas páginas.

Fue la única forma de ser dueño de sí mismo. Casi al mismo tiempo comenzó a dibujar, ocultando a todos también esa nueva forma de liberarse. Pronto las hojas llenas de escenarios imaginarios llenaron su escondite en el armario y tuvo que encontrar más espacio para su nueva afición.

La juventud a veces te engaña, recordaba esa etapa dorada en que su padre comenzó a ausentarse de la casa. Decían que la empresa se había expandido y necesitaban de su presencia en otros lugares del país.

Por primera vez se respiró un poco de libertad en esa gran casa. Incluso el jardín parecía lucir más colorido. Había risas en la cena, charlas en el desayuno, su madre, Elizabeth, se entretenía viendo en el televisor cualquier programa sin sentido y llegó a escucharse música.

Justo fue una noche cualquiera en la que Michael se sintió libre y joven cuando como cada fin de semana salió con sus compañeros del instituto. Animado por la sensación de libertad se atrevió a beber unas cervezas con la emoción de hacer algo prohibido.

La mirada acusadora de su padre fue suficiente para hacerle regresar a su realidad cuando volvió a casa esa noche y descubrió que el señor Warren había regresado de improviso de uno de sus viajes.

No hubo más risas, ni televisión, ni siquiera música. No recordaba cuántos días había durado su castigo. El Señor Warren dejó de viajar con tanta frecuencia preocupado por la educación de sus hijos. Al parecer tenía miedo de que desperdiciasen su vida.

Michael pensaba que para desperdiciar algo primero había que tenerlo y ellos desde luego nunca habían tenido una verdadera vida, porque estaba claro que ese deambular por el tiempo de forma gris, opaca y falta de sentimientos no era una vida. Y si lo era, debería de llamarse de otra forma. ¿Penitencia? No, porque no tenía un sentido ni una causa.

Solo se empeñaban en existir, de la misma forma anodina que elige existir un pez en una pecera, que se ve obligado a recorrer una y otra vez los mismos doscientos libros de agua.

Cada día Michael comía la comida que le preparaban, se ponía la ropa que se suponía era correcta y continuaba el mismo recorrido.

Deseaba que el cristal al menos no hubiera sido transparente, de esa forma no hubiera sentido esa amarga envidia de lo que sucedía en el exterior.



Michael sujetó el lápiz con suavidad mientras lo deslizaba por el papel blanco, nuevo, y los trazos hacían surgir la imagen de unos ojos. Poco a poco el rostro tomaba forma: una frente despejada marcada por unas ondas castañas, una sonrisa llena de ternura, los pómulos algo marcados y la barbilla estrecha. Allí en el papel su madre leía sentada en el banco bajo la ventana de su cuarto. Observó el dibujo, dejó que el color llenara con tibieza algún rincón y pasó la yema de los dedos para suavizar los trazos creando esa caricia etérea de la brisa que imaginaba entrar por la ventana entreabierta desordenando sus cabellos.

Miró la imagen de su madre. Elizabeth.

Pero acariciar el papel no podía sustituir sentir cómo le abrazaba, aunque hiciera mucho que no lo hacía, ni tampoco aquel dibujo llevaba su perfume.

Ella estaría preocupada y Michael se sentía culpable por ello, pero no se le ocurría de qué otra forma podía escapar. Sabrían su paradero, los pagos con tarjeta, la identificación en el hotel, el rastro era claro y no lo ocultaba, aunque esperaba poder tener un tiempo de tranquilidad antes de tener que enfrentarse a su padre. Aún no estaba preparado para ello.

Toda su preparación y su estudios no le servían de nada ahora. Había abandonado la arquitectura para ser camarero, ese era el precio que debía pagar por la libertad. A veces mientras estaba en la universidad hacía planes de futuro y se imaginaba a sí mismo abriendo un pequeño estudio, crearía una vivienda que ocuparía una familia joven, luminosa y con un jardín iluminando de forma natural cada estancia. Para eso había estudiado duro esos años.

También podía ahora disfrutar de su otra pasión: el dibujo. Sus creaciones nunca salían del rollo de planos en el que las había comenzado a ocultar desde que comenzó la universidad. Al principio sus profesores se habían asombrado de su dominio de la técnica, incluso le habían propuesto ampliar el currículum con estudios de bellas artes, pero Michael sabía que era imposible que su padre aceptara que él cursase ninguna de esas asignaturas y era quien pagaba las facturas. Así que se había conformado con ser admitido como oyente en las clases y había practicado lo aprendido en la soledad del cuarto de estudiante en el campus.

La mención especial a su proyecto de fin de carrera hacía hincapié en el desarrollo artístico que había ejecutado a la perfección, hasta su padre pareció sorprendido al verlo. Nada de eso era de ninguna utilidad en la empresa familiar, Michael nunca se molestó en tomar una iniciativa en ese camino.

Desenrolló los papeles para extender sobre la mesa el resto de las creaciones que había traído conmigo. Allí frente a él su casa soñada cobraba vida.

## Capítulo 5

La semana había pasado igual de rápida que la anterior. Michael casi no se daba cuenta del paso de los días entre el trabajo y terminar de limpiar esa buhardilla, que se había convertido en su cuarto, y el garaje. Cuando llegaba la noche estaba rendido y ni siquiera veía la televisión. Había comprado un viejo aparato en una tienda de segunda mano del pueblo. Allí había un poco de todo: televisores, cafeteras, libros, máquinas antiguas de escribir. Hasta había cañas de pescar. Fue un gran descubrimiento para conseguir lo que necesitaba a precios razonables. Aún no había hablado de las condiciones económicas con Cal, pero como estaba durmiendo y comiendo gratis no pensaba que el sueldo fuera a ser demasiado elevado.

También había comprado una lámpara con la esperanza de poder dibujar por las noches, si es que conseguía no caer rendido en cuanto tocara la cama como venía sucediendo todos los días.

Aquella habitación tenía un ambiente extraño. Los muebles viejos se mezclaban con el televisor, una manta de cuadros que había comprado contrastaba con el color desgastado de la piel del sofá, y aquella alfombra que Sarah se había empeñado en regalarle: un rectángulo de casi dos metros de color azul oscuro de mullida lana.

Habían ido juntos al mercadillo del pueblo y ella había ejercido gustosa de guía turística, además le había presentado a muchos de los que se cruzaban con ellos. Aunque Michael era incapaz de recordar todos los nombres sí que recordaba la ocupación de algunos gracias al resumen que ella había hecho de casi todos.

«Mary Ann, tiene una tienda de flores, su novio es Dilan.»

«La Sra. Davis es viuda y vive al final de la calle, tiene un perro enorme, no te acerques.»

Terminaron pasando el domingo juntos. Seguro que para ella era tan solo una diversión mostrar al chico nuevo de ciudad cómo era su pueblo, pero para él había una secreta satisfacción en tenerla caminando a su lado. Cerca de Sarah era fácil sonreír. Ella tenía ese poder y precisamente eso era algo que Michael hacía muy poco, tanto que creía haberlo olvidado. Por suerte tampoco había hecho preguntas o había tratado de indagar las razones por las que él había terminado en aquel apartado lugar del país. No habría sabido qué responder.

Cuando se cansaron de recorrer el pueblo y él propuso ir a comer algo era casi la hora de la cena y Michael ya llevaba rato dando vueltas a la cabeza pensando cómo invitarla a cenar.

—¿No tienes hambre?

—La verdad es que un poco sí. ¿Te apetece comer un poco de sushi?

Una vez más se encontró sorprendido por ella y se dijo que otra de las cualidades de la joven era sorprenderle. Con eso sumaban dos, y de las importantes.

—¿Aquí en el pueblo? —preguntó pensando en que si ella le volvía a sonreír de aquel modo iba a tener que tomar en serio la posibilidad de besarla.

—Sí, claro. Tenemos un restaurante japonés —explicó ella sin ocultar su orgullo—. Lleva poco abierto, aquí la gente es de gustos sencillos, pero de vez en cuando nos gusta probar algo diferente.

Michael se dijo que empezaba a pensar que cualquier lugar junto a ella iba a ser perfecto, pero por supuesto no dijo el pensamiento en voz alta. Se cerró la chaqueta porque empezaba a hacer frío y caminó junto a Sarah hasta uno de los extremos del muelle. Allí, entre otros locales mucho más típicos, había una pequeña puerta de madera pintada de color granate, con una letra japonesa negra sobre dorado en ella como única señal.

El lugar le gustó nada más entrar. Solo tenía cuatro mesas y todas estaban ocupadas, así que no tuvieron más remedio que pedir la comida para llevar. El camarero, un oriental de mediana edad que no era demasiado hablador, dispuso el pedido en unas bolsas de cartón; añadió las servilletas, los palillos y las botellas de agua mineral que Sarah pidió para acompañar.

—Hay un sitio perfecto para cenar, yo te llevo.

De nuevo se encontró siguiéndola cargado con la cena, hasta que unos metros más le mostraron el final del muelle y unos bancos. Había otras parejas sentadas y Michael supuso que era uno de esos lugares románticos que frecuentan los enamorados del pueblo. Sarah se sentó en un banco libre y él a su lado, pusieron las cajas con la comida sobre sus piernas y con el decorado del mar que estaba tranquilo esa noche comenzaron a cenar.

—Imagino que no esperabas cenar en un banco en la calle, estarás acostumbrado a restaurantes caros. —Sarah observó a Michael discretamente. Su rostro estaba enmarcado por un cabello oscuro con algunas ondas rebeldes, la piel pálida, con los ángulos de su mandíbula marcados. Parecía un poco delgado y siempre se movía de forma elegante pese a su elevada estatura.

—¿Eso crees? —preguntó extrañado, ella no sabía nada de su vida, pero parecía que le conocía bien.

—¿No es así?

Michael sonrió, pensando que muy a su pesar era mucho más transparente de lo que él mismo creía.

—Soy de Boston —dijo, como si fuera un dato sin importancia.

—Lo suponía por tu acento.

—Imagino que te parezco uno de esos chicos de ciudad estirados —continuó mientras tomaba su cena con los palillos.

—¿No lo eres? —inquirió Sarah devolviéndole de esa forma la pregunta.

—Supongo que sí, no puedo evitarlo —comentó en voz más baja evitando mirar a Sarah otra vez, su sonrisa estaba peligrosamente cerca de él.

—¿Qué haces aquí? —Sarah continuó con su pequeño interrogatorio, tenía un montón de dudas que quería satisfacer, como saber si él pensaba quedarse mucho tiempo en el pueblo o si había dejado a alguien atrás.

—Trabajar en el hotel —contestó Michael, sin encontrar el valor suficiente para contar la verdad de su viaje a la joven.

—Lo siento, no quería parecer cotilla —se disculpó Sarah, y la sonrisa abandonó su rostro momentáneamente, aunque siguió tranquila cenando, mirando el horizonte ya completamente oscuro.

—No me has molestado. Es... bueno, no me gusta hablar mucho.

—A veces soy un poco molesta, lo sé, Cal me regaña en muchas ocasiones. Dice que tengo que aprender a estar callada.

—A mí me gusta que hables —se apresuró a decir Michael—. Es solo que yo soy callado.

Los dos se quedaron en silencio, Michael no sabía qué más podía decir y Sarah no quería equivocarse de nuevo.

—Será mejor que nos vayamos, mañana hay que madrugar —terminó por decir ella poniéndose en pie.

—Sí, hay que madrugar —asintió levantándose y vio cómo tiraba los restos de la cena en una de las papeleras cercanas antes de volver a caminar por el muelle, esta vez bastante más deprisa y en silencio. Cuando llegaron al hotel Michael se dio cuenta de que ella le había acompañado, era bastante extraño, o al menos poco habitual. Debería ser él quien acompañara a la chica a su casa por la noche.

—¿Vives muy lejos? Puedo llevarte a tu casa —dijo, intentando arreglar su error.

—No te preocupes, no está lejos, iré dando un paseo.

—Sarah —comenzó, había metido la pata, y no sabía bien por qué quería que esa chica tuviera una buena impresión de él. Por primera vez en mucho tiempo se sentía ligero, con ganas de compartir esa risa que ella llevaba casi siempre en sus labios—, lo he pasado bien hoy.

—Yo también lo he pasado bien —contestó ella, y mirándole directamente se dio cuenta de que la luz de la noche hacía parecer sus ojos grises llenos de tormentas, como en las tardes de temporal en la playa.

—Gracias por haberme acompañado —añadió sincero, bajando el tono de voz.

—Cuando necesites guía turístico, llámame —bromeó, y Michael respiró mucho más satisfecho al comprobar que la sonrisa había vuelto a su rostro.

Michael sintió un cosquilleo en su estómago cuando Sarah le dio un rápido beso en la mejilla, pero ella se dio la vuelta tan rápido que no tuvo tiempo de añadir nada más después de despedirse. Se quedó allí solo en la puerta del hotel viendo cómo la joven caminaba calle abajo con paso decidido y pensó que la próxima vez sería él quien la acompañaría a su casa, porque ahora estaba seguro de que habría una próxima vez para ellos.

Pasó la noche inquieto, pero de no de la misma forma que cuando había llegado, sino pensando en Sarah. Se levantó muy temprano y salió a pasear por el pueblo. Allí la vida no parecía diferir demasiado los fines de semana, los negocios llevaban sus propios horarios y en las calles siempre había gente caminando que regresaba de pescar o iba dispuesta a montar en su barca y salir al mar.

Michael se detuvo frente el escaparate de la tienda, observando el interior casi sin parpadear. Parecía un niño que hubiera quedado mágicamente hipnotizado delante de una pastelería, solo que frente a él no había pasteles rellenos de crema y cubiertos de chocolate. Había algo mejor. Las motocicletas se alineaban orgullosas tras el cristal, brillantes y pulidas.

Nunca había tenido una motocicleta, aunque había conducido la de uno de sus amigos en la universidad alguna vez. Era impensable que un miembro de su familia se desplazase en ese medio por la ciudad. Los de su apellido subían y bajaban de coches lujosos, en general de marcas europeas. En cuanto había tenido edad su padre le había dado las llaves de uno de esos modernos vehículos eléctricos silenciosos. No le había gustado demasiado, pero lo había aceptado como tantas cosas en su vida.

El dependiente le vio y le hizo una señal para que entrase. Michael no se lo pensó un segundo.

—¿Ya has elegido la tuya? —preguntó el hombre, saliendo de detrás del mostrador.

—Creo que sí —respondió Michael, sabía que aquel vendedor había descubierto su debilidad nada más verle, así que era una tontería fingir lo contrario.

—Has tenido suerte de que esté aquí en domingo, muchacho. Vamos a ver cuál es tu compañera de viaje perfecta.

Michael paseó entre las máquinas de diferentes cilindradas y contuvo la respiración cuando acarició una preciosidad de llamativo color plateado, uno de esos modelos que recordaban a las motos antiguas. En unos minutos había firmado el contrato de compraventa y se había comprometido a entregar el dinero en unas horas, así que tuvo que regresar al hotel para tomar su tarjeta de crédito y gastar un poco del dinero de la herencia de su abuelo Jack, seguro de que esa sería una compra que el viejo aprobaría.

Cal vio cómo atravesaba la puerta y subía en un par de zancadas, solo un minuto después volvía a bajar. Se preguntó qué traería entre manos, pero la cara de felicidad no dejaba duda de que era algo bueno. Cuando una hora más tarde le vio aparcar una motocicleta en la puerta y quitarse el casco negó sin dejar de sonreír.

—¿Una moto? ¿Sabes llevar eso muchacho?

—¿Es preciosa verdad? —Michael la miraba emocionado.

—Lo es. Las carreteras son peligrosas por aquí, llueve a menudo —observó el viejo dueño del hotel sin dejar de admirar la motocicleta.

—Tranquilo, tendré cuidado —contestó mostrando todavía aquella sonrisa en la cara.

—Métela en el garaje, es lo mejor.

—¿En serio?

—Claro. No quiero que tengas problemas cuando uno de los chicos de por aquí te la arañe.

Michael no tuvo tiempo de agradecer nada más porque Cal se dio la vuelta para regresar al hotel. Aquel chico le gustaba, y podía ver cómo había cambiado desde que había llegado. Ya no era el estirado serio y callado, ahora sonreía, caminaba mucho más relajado y hasta hablaba con Sarah. Eso estaba bien, porque Sarah llevaba mucho tiempo sola y Cal creía que Michael en el fondo no era un mal chico, solo era un hombre buscando su lugar en el mundo, lo sabía.

Hacía tiempo había conocido a alguien así, pero aquella vez era justo de la forma contraria: el joven salía del pueblo para no regresar jamás, hartos de vivir allí donde todo se le antojaba pequeño y feo. Aquel joven había discutido con su padre frente a los que llenaban la plaza del pueblo, cuando se había negado a participar en los juegos deportivos que se organizaban con motivo del aniversario de la ciudad. No, ese pueblo no era para él. Odiaba el mar y el olor a sal que parecía impregnar todo, se empeñaba en vestir elegante y todos hablaban del brillante futuro que le esperaba cuando se graduara y fuera a la universidad. Ahora, el hijo había vuelto. El círculo se cerraba.

Cal guardaba esos secretos para sí, no había hablado con nadie de la llegada del nieto de Jack Warren, pero estaba seguro de que no era el único en haberse dado cuenta del parecido. ¿Sabría Michael su historia o habría elegido ese pueblo al azar?

Habría tiempo de saberlo, se dijo.

—¿Esa tabla de surf es tuya? —preguntó el joven al salir del garaje de nuevo.

—Sí —Cal frunció el ceño al ver la expresión de Michael.

—Te la compro —dijo decidido.

—Demasiadas compras para un día ¿no crees?

—Está en bastante buen estado —añadió Michael al ver la expresión poco amable de Cal.

—En perfecto estado. Aunque hace tiempo que nadie la usa. Esta costa no es demasiado amigable, muchacho.

—¿Cuánto pides? —insistió Michael.

—No está en venta, chico.

Michael no quiso presionar por el momento, pero se guardó esa carta para más adelante. Iba a salir a hacer surf e iba a comprar esa tabla a Cal, lo había sabido desde que la descubrió en el garaje. Estaba seguro de eso. Tan seguro como cuando había visto esa moto tras el escaparate de que ese mismo día disfrutaría en las carreteras del viento sobre su cuerpo.

—¿Qué vas a hacer ahora con tu coche? ¿Lo venderás?

La pregunta de Cal le sacó de sus divagaciones para devolverlo a la realidad de forma brusca. Ese coche había sido regalo de su padre y no lo podía vender. ¿Por qué no había tenido noticias de su familia? Tal vez estaban esperando a que regresase vencido.

Cal se acercó y puso su mano sobre el hombro del chico.

—¿Estás bien?

Michael no supo qué contestar. Estaba bien, pero el estómago en ese momento parecía estar luchando por mantener en su interior su contenido. Tanto le afectaba

todavía la idea de ver a su padre de nuevo.

—¿Ese coche es robado? —preguntó Cal con el ceño fruncido.

—¡No! —contestó rápido y casi dando un grito—. Es mío, tranquilo.

—Entonces todo bien. Vamos a cenar algo. A Sarah le va a encantar tu moto cuando la vea.

Michael sonrió al escuchar aquello. Él también había pensado en llevar a aquella chica a dar un paseo en moto pero no sabía qué pensaría sobre eso Cal, tampoco sabía todavía la relación que había entre ellos, si eran familia o él solo se mostraba así de protector porque ella le caía bien. Cal parecía extender toda esa capacidad de protección a su alrededor, incluso él se sentía bajo su influencia muchas veces, como cuando algún cliente entraba en el restaurante y hacía un comentario un poco ofensivo sobre los estirados chicos de ciudad. Michael ignoraba esas bromas, pero Cal siempre aparecía listo para contestar y con cara de pocos amigos.

Subió a su cuarto para darse una ducha antes de la cena y al abrir su armario rebuscó entre lo poco que había allí. Quería cuidar un poco su aspecto, tenía la intención de invitar a Sarah en cuanto la viera y lo mejor era dar una buena impresión, eso siempre funcionaba con las mujeres, ya fueran de ciudad o de pueblo ¿verdad?

Abrió el cajón de la cómoda y se dio cuenta de que solo había llevado camisetas y unos vaqueros. No había cogido ni uno solo de sus trajes. Nada que le recordase a su vida de antes, lo sabía. Aunque ahora habría sido bueno tener una corbata. Al día siguiente iría sin falta a comprarse algo de ropa y de paso sacaría dinero del banco, ya era momento de que dejase de esconderse. Hacía semanas que había abandonado Boston y no iba a vivir toda la vida con miedo. También tenía que hacer una llamada, lo sabía. Adele se merecía que él le hablase personalmente, merecía una explicación, aunque seguramente ella mejor que nadie entendía que se hubiera marchado.

Todavía recordaba la última vez que habían salido juntos. Había tenido un día eterno en el despacho y lo que menos le apetecía era esa fiesta, pero no tenía otra opción que ir. Tan solo quedaba el último esfuerzo: una cena, unos brindis, unas cuantas horas de estrechar manos y saludar educado y podría mandar al fondo de su memoria todos esos días.

Era con diferencia el peor cliente que había tenido desde que trabajaba y su padre no había colaborado precisamente con él, todo lo contrario. Cada nueva idea, cada intento de hacer las cosas de una forma diferente, incluso cada pequeña elección de mobiliario, había sido minuciosamente estudiada y rechazada con mil motivos. Después de ocho meses de lucha lo único que quería era quemar esos informes y dormir. También tiraría los ordenadores por la ventana, o los mandaría formatear. Quería borrar toda aquella experiencia de su cabeza.

Hizo el nudo de la corbata ancho como se llevaba y comprobó cómo el color burdeos combinaba a la perfección con el azul oscuro y la camisa blanca. Sus zapatos estaban brillantes y en perfecto estado, y el abrigo limpio y cepillado.

Todo en orden.

Hasta su pelo seguía una línea perfecta y ni un mechón osaba separarse del resto.

Pulcro y elegante, fue a buscar en su coche a su novia, la joven Adele Wakefield.

En cuanto llegaron a la fiesta se dio cuenta de que no se había equivocado en nada, era todo lo que esperaba. Pero por alguna razón esa noche lo veía todo extraño. Tenía ganas de marcharse, de largarse lejos de todos esos hombres, de no soportar su charla incesante, sus bromas estúpidas y sus falsos apretones de mano.

Una fiesta de inauguración más, llena de caras conocidas, políticos, periodistas, y toda esa fauna humana que se dejaba ver, que necesitaba estar presente para que todos supieran que eran importantes, que sus opiniones decidían el curso de la vida de los demás.

—¿Estás bien? —Adele le miraba un poco preocupada, se había dado cuenta de que Michael parecía ausente esa noche. Ni siquiera había tomado un poco de agua y su mirada vagaba sin dirección, como ellos mismos, que no se habían detenido para conversar con ningún grupo.

—Sí, tranquila. Solo un poco cansado —contestó. Sabía que por la mañana estaría otra vez como nuevo, eso no era más que otra noche perdida, sin sentido para él, pero necesaria para el negocio familiar. La mayoría de los contratos de construcción se conseguían en cenas como aquellas, los tratos se cerraban entre un brindis con buen vino y se planeaban edificios a golpe de sonrisas y adulaciones.

—Nos iremos en cuanto termine la cena —dijo Adele apretando levemente su brazo—. Te mereces un descanso. No has tenido un momento libre los últimos meses.

—Estas fiestas son todas iguales —dijo Michael, conduciéndola con suavidad con la mano en su cintura hasta la mesa asignada para la cena. Allí estaba su madre, que ocuparía el lugar entre su esposo y su hijo.

Daniel, su hermano pequeño, mantenía como siempre conversaciones con los demás acompañantes de mesa. También, como siempre, había ido sin pareja. Había que reconocer que era profesional, cortésmente profesional. Michael de lo único que tenía ganas era de salir de allí rápidamente y no volver a pisar el suelo de ese edificio que él mismo había proyectado.

Sintió sobre sí la mirada dura de su padre y le dirigió una inclinación de cabeza dándose por avisado. Adele puso su mano sobre la suya, que reposaba sobre el mantel de lino, tratando de infundirle ánimo y él se lo agradeció con una sonrisa. Sabía que ella era la acompañante adecuada, siempre perfecta, conversaba gentil y cortés, sin llamar la atención pero atenta a todo lo que sucedía. Había sido educada para ser una esposa y acompañante perfecta, no había duda de ello. Lo cierto era que entre ellos no había una excesiva pasión, pero ambos se entendían a su manera y parecían tener un acuerdo tácito para apoyarse y no molestarse, para estar cerca sin intimar demasiado, sin exigir al otro más de lo que estaba dispuesto a dar.

Haciendo de tripas corazón Michael comenzó a charlar adentrándose en una de esas importantes conversaciones sobre golf y los mejores campos para disfrutar de un buen juego en el mes de mayo.

—Mi hijo John me dijo que hizo surf contigo hace unas semanas.

Michael tomó un poco de agua antes de contestar. Sabía que aunque su padre seguía hablando su atención estaba ahora sobre él.

—Sí. Coincidimos en una playa del sur.

—Ya le he dicho que tiene que dejar de una vez esas cosas de críos y tomarse el despacho en serio —le explicó el dueño de uno de los despachos de abogados más exclusivos del momento, aludiendo al pensamiento común de todos los hombres de negocios sentados alrededor de aquella mesa. Para ellos lo más importante era el trabajo y sus negocios, el resto se podía considerar una pérdida de tiempo en sus vidas, incluyendo sus familias y cualquier tipo de distracción.

—Estoy seguro de que es un gran profesional —defendió Michael, aunque más se trataba de la defensa de sí mismo.

—Lo será el día que decida dedicarse al cien por cien —insistió—. Pierde demasiado tiempo en tonterías. La edad de divertirse tiene que terminar. Llegará el día en que yo no esté y tenga que tomar el mando.

—Queda muchísimo tiempo para eso —intervino Adele de forma conciliadora y ayudó para destensar la conversación. Por supuesto ninguno de ellos pretendía terminar en un enfrentamiento y menos delante de las damas.

Aunque el resto de la cena transcurrió sin problemas, Michael podía notar que su padre tenía la atención puesta en él. Le hacía sentir en constante alerta y le ponía nervioso, temiendo cometer algún error que más tarde provocaría días de discusiones en el trabajo y en su casa. Así que en cuanto pudo, escudándose en el supuesto sancio de su preciosa acompañante, se excusó para poder abandonar la fiesta cuando tan solo habían tomado una copa de champagne.

Ella le acompañó en silenciosa sonrisa, despidiéndose de los conocidos, amable como siempre, y su madre les invitó a ambos a la cena que darían el sábado siguiente.

Michael se despidió de su madre con un beso en la mejilla y una sonrisa sincera. Sí, Adele se parecía a ella, la eterna perfecta esposa, el pilar de calma y estabilidad que un hombre necesitaba.

Pero en su interior sabía que eso no era suficiente para él.

Condujo en silencio, Adele a su lado sin decir nada, tal vez entendía que no era buen momento, tal vez sabía que en el fondo entre ellos no había nada. No parecía estar enamorada, al menos no lo demostraba. Era una mujer tranquila que no insistía en llamadas ni mensajes, una mujer que se mantenía en un discreto segundo plano. Allí sentado en el coche, con la música sonando entre ellos, pensaba si no estaba siendo injusto, si no estaba alargando demasiado aquella situación. Su padre ya había insinuado abiertamente que la relación de ambos tenía que llegar a un fin, al matrimonio, por supuesto, que las dos familias ganarían con esa unión y ella era la esposa y compañera perfecta. Pero Michael no daba el siguiente paso. Por suerte la familia de ella no parecía tener prisa ni la propia Adele había hablado nunca de hacer su relación formal anunciando un compromiso.

Michael pensó que ni siquiera le podía dar eso, un compromiso, un anillo que mostrar a sus amistades, un futuro cierto y seguro a su lado.

¿Qué hacía con ella entonces?

Michael estaba paralizado, así se sentía, paralizado y atado. Atado a su familia, a su trabajo, a su relación con Adele. Secuestrado en su propio presente. Incapaz de escapar de su futuro.

—Tendrás que disculparme con tu madre, el sábado no podré ir a la fiesta.

Adele le sacó de sus pensamientos y él la miró extrañado, pero no quiso preguntar demasiado, después de todo ella era libre, quizá fuera más valiente que él y rompiera con esto que tenían.

—Mi hermana me ha pedido que la acompañe a París —explicó—. Perdona que no te lo haya dicho antes, estabas ocupado estos días y no quería molestar.

—Tú nunca molestas, Adele —concedió sincero.

—Finalmente Miles le ha pedido matrimonio. Se casan la próxima primavera. Y ya sabes cómo es ella. Quiere ir a Europa a encargarse de un vestido de novia. Dice que quiere algo único —explicaba mirando por la ventanilla como si no quisiera enfrentarse a él—. Y mi padre está tan encantado que va a gastar lo que haga falta para hacerla feliz.

Michael sintió el peso en su corazón. En las palabras de ella se podía entrever la tristeza, la decepción, incluso la amargura. Adele era una chica maravillosa a la que él estaba robando años de su juventud.

—Felicítala de mi parte.

—Podrás hacerlo tú mismo. En cuanto volvamos van a dar una fiesta de compromiso.

Él apretó los labios sin decir nada más y recorrieron los pocos kilómetros que les separaban de la mansión de los Wakefield en silencio. En cuanto aparcó, bajó del coche para abrir la puerta a Adele y entonces se encontró con la mirada triste de ella.

—Estás preciosa esta noche —susurró, al menos eso sí podía decirlo, era cierto, era seguro, y era lo mejor que le podía ofrecer en esos momentos.

—Tú también. Enhorabuena por el proyecto.

—Bueno, no ha sido tan bueno, pero por lo menos está terminado —afirmó, caminando de la mano hasta la puerta—. Adele... yo...

No sabía cómo explicarle. El tiempo se acababa, lo podía ver con claridad. Aunque ella no dijera nada, el tiempo entre ambos estaba llegando a su fin.

—Buenas noches, Michael. Descansa todo lo que puedas. Nos veremos en unos días ¿de acuerdo? Verás que todo va mejor.

Ella puso su mano sobre su mejilla, le acarició y sus ojos claros le miraron con tanta ternura que Michael no pudo evitarlo, se adelantó a besar sus labios y ella por supuesto no se retiró. Disfrutó de aquel beso, de esa intimidad que ambos compartían, del aroma del dulce perfume de ella y de ese segundo de quietud en el silencio que ninguno llenaba con la verdad de lo que había en sus corazones. Porque Michael estaba seguro de que ella tampoco estaba enamorada, tan solo se dejaban arrastrar por el curso tranquilo del mar en que vivían, por la inalterable marea de las vidas que debían llevar.

—Buenas noches —se despidió, y ella pudo escuchar perfectamente la tristeza en su voz. No podían sospechar que esa sería la última vez que iban a verse y que aquel viaje de Adele iba a precipitar la decisión de Michael de abandonar toda esa vida que había conocido.

Ahora recordaba la mirada de ella, siempre tan dulce, su apoyo incondicional, incluso sus caricias. Había querido a Adele, no de esa forma incendiaria en que algunos describen el amor, no, el suyo había sido un amor tranquilo, ella le había rodeado con su presencia segura y fuerte y él se había dejado llevar. Así habían sido educados ambos, aunque Michael sabía que ninguno de los dos iba a ser feliz con aquella vida. Esperaba que Adele le perdonara, pero sobre todo esperaba que encontrara la verdadera felicidad.

Los recuerdos le dejaron una noche de sueño inquieto. No bajó a cenar, prefirió quedarse en la seguridad de la buhardilla donde podía tratar de poner un poco de orden en su cabeza y comió un poco de fruta que había llevado Sarah al pequeño frigorífico.

Sarah.

El lápiz comenzó a acariciar el papel dejando que brotase el rostro ovalado y los ojos oscuros de la joven.

## Capítulo 6

—¿Esta noche no hay clientes? —preguntó al darse cuenta de que nadie había entrado en el restaurante en la última media hora. La noche de los sábados disfrutaba de sus horas libres y había pasado la mañana paseando por los alrededores conduciendo su nueva motocicleta aprovechando que el día era soleado. Al regresar había tomado una ducha y dado buena cuenta de la comida china que había llevado a su buhardilla.

Había sido un buen día, desde luego, hasta había dibujado un poco mientras la luz todavía iluminaba la habitación, después de decidir no ver a Sarah ese sábado, los últimos días la sonrisa de la joven se colaba demasiadas veces en sus pensamientos en los momentos más inesperados, y había creído que lo mejor era tomarlo con calma. Había pasado de la seguridad de pensar que ella aceptaría y tendrían una cita increíble a pensar que con toda probabilidad ella se reiría de su ridícula idea de comprar una motocicleta. No sabía muy bien qué podía esperar de ella, no la conocía apenas y al final esa mañana se había escabullido por la puerta trasera del hotel para no verla. Pero había sido una tontería porque seguía pensando en ella y haciéndose preguntas un poco bobas, como si a ella le gustaría pasear por aquel acantilado a su lado o si le gustaría ir a hacer un picnic en la playa.

Cal dejó frente a él una cerveza y se sentó a su lado en el porche trasero como hacía todas las noches cuando ambos habían terminado el trabajo.

—No, esta noche hay partido de los Celtics, chico. No creo que aparezca nadie por aquí. Puedes irte a casa, Sarah, si quieres —sugirió Cal cuando ella salió para hacerles compañía.

—¿Seguro? —preguntó tomando también una cerveza junto a ellos.

—Seguro. Llama a alguna amiga y sal a divertirte. Es sábado.

—Creo que mejor me iré a ver alguna película y descansar —contestó pensativa con un suspiro cansado.

—¿No hay nada que hacer un sábado aquí?

La pregunta de Michael hizo que Cal se pusiera de inmediato alerta. Evitó mirarlo directamente para no ponerle nervioso pero a la vez no quería perderse detalle de cómo intentaba conseguir una cita con Sarah.

—No, nada que hacer. Ya sabes cómo son los pueblos. Comemos pescado y nos acostamos con la puesta de sol tapándonos con nuestras viejas mantas de lana que conservan el olor a naftalina de las abuelas.

Cal se echó a reír ante la ocurrencia de ella.

—Vaya, chico, parece que has hecho algo para molestarla.

—Ya sabes cómo somos los chicos de ciudad —contraatacó Michael sin dudar—. Somos unos estirados que pensamos que el resto del mundo todavía ilumina sus casas con velas y calienta su comida en estufas de carbón.

Cal se echó a reír más fuerte y dio un trago a su cerveza. Parecía que aquellos dos se traían algo entre manos. Por un momento sospechó que Sarah había encontrado la horma de su zapato en aquel muchacho y sintió un poco de compasión por Michael. No tenía ni idea de cómo podía ser aquella chica de cabezota, él la conocía bien y sabía que nadie podía echarle en cara su carácter después de cómo había sido su vida. Llevaba sobre la piel las marcas que le hizo uno de los novios de su madre cuando intentó propasarse con ella a los trece años. El tipo terminó con una costura en la cabeza y media cara morada por los golpes que ella le dio con una sartén de la cocina. Su madre se había largado después de aquello, lo último que quería Lora Dole era que su hija eclipsara su belleza y le robara el novio, poco le importó que ella fuera menor de edad o que no tuviera cómo ganarse la vida. Pero Sarah había sabido sobrevivir. Cuando la quemadura en su espalda se curó empezó a buscar trabajo en el pueblo, y no había tardado en encontrarlo, todos estaban dispuestos a cuidar y apoyar a una joven decidida como ella. Así había terminado trabajando los fines de semana para Cal. Aunque ahora le gustaría ver que se divertía un poco, para variar.

—Tendrías que ver la moto que se ha comprado, Sarah. Es una máquina preciosa. Seguro que te gusta —dijo, intentando mostrar el camino a Michael para conseguir una cita con ella.

—¿Te has comprado una moto? —preguntó Sarah sin reprimir la expresión de emoción cuando hizo la pregunta.

—Sí. Me he comprado una moto. ¿Te gustaría dar una vuelta o eres de esas chicas a las que les da miedo ir en dos ruedas?

Ella decidió ignorar el tono beligerante de Michael y se levantó terminando su cerveza.

—Vamos, enséñame tu máquina —dijo, con una nueva sonrisa en la cara.

Michael miró agradecido a Cal por haber sabido mostrarle el punto débil de ella y él le guiñó un ojo como señal al tiempo que le abandonaban allí, disfrutando de su cerveza en el porche a solas mientras ellos dos salían a pasar un buen rato en sábado. Tal y como debía ser, se dijo Cal. Era el momento de que los jóvenes disfrutasen y él pudiera descansar un poco.

Sarah siguió a Michael al garaje después de deshacerse de las cervezas vacías en la cocina. Aprovechó para arreglarse un poco el pelo en el baño del restaurante y pensó que el próximo fin de semana tal vez estaría bien maquillarse para ir al trabajo. Aunque no quería pensar demasiado en ello, por alguna razón esos días se encontraba pensando demasiado en aquel chico, y de vez en cuando le echaba una mirada, comprobando que allí seguían su cabello un poco despeinado y esos pantalones vaqueros que parecían cortados expresamente para que fuera tan sexi caminando. Estaba segura de que él no se daba cuenta, pero esa forma de moverse tan calmada, como si no quisiera dar a conocer toda la fuerza que tenía dentro, lo hacían parecer bastante apetecible, usando las palabras con las que solía expresarse su amiga Elly.

Cuando entró en el garaje lo primero que vio fue el aspecto de Michael al lado de aquella preciosa máquina plateada. Parecía cambiado. Tenía un brillo en los ojos que ella nunca le había visto y no podía contener la emoción en su sonrisa.

—Aquí está. ¿Te gusta?

—Sí. Es preciosa —dijo ella, acariciando el metal frío. Sabía que los chicos solían ser presumidos con sus vehículos y pensó que hasta él perdía toda esa seriedad cuando podía enseñar a una mujer su motocicleta.

—¿Te gustaría dar un paseo? —preguntó Michael, con un ligero temblor en su voz que no pudo reprimir.

—No lo creo.

Michael tardó un segundo en procesar la respuesta. El lenguaje corporal de ella no correspondía a una negativa. Sarah parecía igual de emocionada que él mismo al admirar la moto. ¿Qué sucedía entonces?

Ella vio la perplejidad en su rostro y le sacó de dudas.

—No tengo casco y no veo otro por aquí. Además has bebido cerveza.

Él asintió despacio. Sí, había bebido y no tenía casco para ella. No había reparado en esos detalles.

—Llevas razón —admitió, con un poco de derrota en sus palabras.

—Me encantará acompañarte en otra ocasión, Michael —se apresuró a añadir ella.

—De todas formas puedo llevarte a tu casa en coche, si quieres. Solo ha sido una cerveza. Tu casa está a un par de manzanas y no hace falta ir a más de treinta kilómetros por hora —Michael se descubrió a sí mismo soltando esa invitación llena de excusas temiendo que Sarah al final decidiera que él no era buena compañía ese sábado. Desde la cena anterior, el sushi compartido frente al mar, había estado pensando de qué hablaría cuando tuviera otra oportunidad, no quería volver a estropear la

ocasión. Ahora sin darse cuenta haber tomado una simple cerveza podía dar al traste con su intención de acompañarla y pasar un poco de tiempo con ella.

—¿Sabes lo que me gustaría? Pasear.

Michael asintió. Un paseo era algo bueno. Sobre todo si ya había anochecido y él podía acercarse a ella cuando la brisa de la noche fuera demasiado fría. Sí, un paseo era una estupenda idea.

Sarah vio como la expresión de él cambiaba, se había dado cuenta de que cuando perdía toda esa coraza que lo rodeaba sus expresiones eran curiosamente transparentes, dejando ver con mucha claridad lo que pensaba. También en esos momentos sus ojos grises, habitualmente tristes, recobraban ese brillo tan particular.

Salieron del garaje y al dar la vuelta a la casa vieron que Cal todavía se encontraba sentado en el porche. Le saludaron y él los vio desaparecer calle abajo. Caminaban uno cerca del otro, ambos con las manos en los bolsillos, como si quisieran evitar cualquier roce inoportuno en un involuntario movimiento.

Así era, de hecho. Sarah se había cerrado la chaqueta y había guardado sus manos para evitar la tentación demasiado fuerte de ir del brazo de Michael y él había decidido hacer lo mismo temeroso de un rechazo si pasaba su brazo sobre el hombro de Sarah.

Sus pasos eran lentos por las calles que ese día estaban desiertas. Para Michael era todavía extraño caminar sin estar rodeado de gente y de tráfico, sin evitar choques y empujones al cruzar la calle. Sobre todo disfrutaba del silencio. La falta de ruido hacía que pudiera oír el resto de cosas que se había estado perdiendo, como el sonido del mar de fondo o los árboles al balancearse con el viento. Todas esas pequeñas cosas que para él eran desconocidas.

Quizá era este el lugar del que hablaba su viejo abuelo cuando le contaba todas esas historias de pescadores cuando él era pequeño.

Un golpe de viento los sorprendió al girar en una de las calles y vio cómo a Sarah le daba un escalofrío y se subía el cuello de la chaqueta. No lo dudó, la envolvió con su brazo y ella se quedó un momento quieta antes de continuar caminando a su lado. Ninguno dijo nada, acompañaron sus pasos y él la estrechó con un poco más de fuerza para protegerla del frío mientras la joven se dejaba acercar a su cuerpo.

Sarah no era grande y solía ir a trabajar con calzado deportivo así que Michael sabía que no superaba los ciento sesenta centímetros. Una estatura perfecta para él, pensó, tanto le daba que fuera más o menos alta. No sabía por qué aquella chica le atraía con sus ojos negros que solían retarlo cuando hablaba y con aquel cabello corto que la hacía parecer un espíritu libre.

Aunque no caminaron a prisa terminaron llegando a su destino. Entonces llegó el momento de soltarla y subir los tres peldaños que llevaban hasta la puerta de la casa.

Era una construcción pequeña pintada de azul oscuro como tantas casas del pueblo, las ventanas eran blancas y estaban protegidas por contraventanas metálicas del mismo color. Tenía una pequeña extensión de tierra a su alrededor que él supuso que podría convertirse en un jardín si alguien le dedicaba el tiempo suficiente. Acostumbrado a hacer planes para edificios mucho más grandes, Michael no tardó más de unos segundos en imaginar cómo luciría una valla blanca de madera alrededor y una luz en la entrada que iluminara una puerta nueva, que sería el final de un camino empedrado.

—Hemos llegado —fue lo único que a Sarah se le ocurrió decir.

—Sí. Tu casa. Está un poco silencioso ¿no? —preguntó, sin querer marcharse todavía de su lado.

—Vivo sola —le reveló, volviéndose para hablarle—. ¿Te apetece tomar un café?

Michael sonrió como única respuesta y entró tras ella sin dudarle. La puerta daba directamente a un pequeño salón decorado de forma sencilla. Casi no había muebles. Una mesa con unas sillas desiguales entre sí, un sofá frente a un aparato de televisión bastante moderno y una chimenea a la izquierda que ahora estaba apagada. Ella desapareció por una puerta y él supuso que iba a la cocina a preparar el café. Se quitó la chaqueta y la dejó sobre una de las sillas y echó un vistazo a los libros que había sobre la mesa. Parecía que ella estaba estudiando, tal vez Derecho si atendía a los títulos de esos volúmenes. Eso explicaría que trabajase solo los fines de semana y Michael se sintió satisfecho al pensar que había resuelto una de las incógnitas.

—¿Con azúcar? —le preguntó desde la cocina.

—Sí, una cuchara de azúcar, por favor —contestó, y fue a ver si podía ayudar en algo. La cocina era pequeña y estrecha. Sarah ya había dispuesto las dos tazas en una bandeja después de calentar el café en el microondas.

—¿Quieres algo de comer? Tengo un bizcocho de chocolate estupendo.

—Perfecto.

Sarah se estiró para sacar dos platos de uno de los muebles y él se acercó para ayudarla. Sucedió muy rápido. Chocaron sin que ninguno de los dos pudiera evitarlo. Michael la ayudó a sujetar los platos que casi se habían caído y se encontró con las manos de ella. Quedaron frente a frente. Entonces los ojos grises de Michael se quedaron prendados de los preciosos ojos negros de ella que relucían llenos de fuerza. En ese instante la cocina pareció quedarse sin suficiente aire para ambos. Michael se inclinó despacio, supo que iba a ser un momento que quería recordar cuando estuviera a solas en su buhardilla. Sí, quería recordar justo esas milésimas de segundo en que podía sentir la respiración de ella golpear suavemente sus labios, con sus ojos cerrándose en un pestañeo lento y la trémula y casi imperceptible sonrisa que adornaba su rostro. Tal vez más tarde intentara captar aquel instante único que precedía al primer beso con un lápiz sobre un papel.

Sus labios acariciaron los de Sarah, que parecía que había contenido la respiración. Fue un beso sencillo, un beso que sellaba el pacto sin palabras que ambos habían aceptado.

Michael colocó los platos en otra bandeja y esperó a que ella sirviera el bizcocho. Ambos fueron a sentarse en el sofá dejando las bandejas sobre la mesita que había frente a él sin pronunciar una palabra sobre lo que acababa de suceder en la cocina.

—¿Quieres ver el partido? Creo que debemos ser los únicos habitantes del pueblo que no lo están viendo —le propuso Sarah, todavía nerviosa por lo que acababa de suceder y con un torbellino de dudas asaltando su cabeza.

—Cal, no te olvides de él.

—Es cierto, él tampoco lo está viendo. —Sarah tomó un trozo de bizcocho entre sus dedos y él observó como comía.

Sí, quería atrapar esa mirada y esa sonrisa, o al menos quería intentarlo, porque sabía que iba a ser muy difícil conseguir que un simple lápiz dijese todo lo que decían esos ojos.

Ambos compartieron ese café entre gritos de ánimo y de desesperación según el partido se desarrollaba. Descubrió que era divertido ver un partido junto a ella, algo de lo que no disfrutaba desde sus años de universidad.

Cuando llegó la hora de despedirse la joven le acompañó a la puerta y él sujetó entre sus manos su rostro para repetir el beso. Necesitaba saber que había sido real y no solo una casualidad. Tan breve como hacía unas horas en la cocina, unieron sus labios antes de que él saliera de la casa dejando a Sarah con un hormigueo en el estómago que nunca había sentido.

Como pudiera verle esa noche seguro que se habría fijado en la sonrisa que lucía aquel joven de ciudad un poco estirado que caminaba a grandes pasos como si hubiera conquistado la cima de una montaña.

Solo tardó una semana más en convencer a Cal de que la única posibilidad que existía para esa tabla de surf era que él la usara. Fue difícil y prometió que si la destrozaba compraría otra exactamente igual. Revolvió en el garaje hasta encontrar varios trajes de neopreno y salió en cuanto tuvo la oportunidad. Comenzaban a alargarse los días y en el pueblo había un goteo incesante de jóvenes que venían desde el continente atravesando el puente que unía Desert Island con las ciudades llenas de bullicio. Buscaban un lugar donde poder disfrutar de la playa, de unas cervezas y de poner música alta sin que un policía les multara.

Michael sabía muy bien cómo eran esas escapadas. Cuando estaba en la universidad había protagonizado varias. Siempre intentaba ser lo más discreto posible, era la única forma de que su padre no le prohibiera salir, así que habían sido viajes a playas bastante apartadas con un puñado de amigos. Casi todos estaban en la misma situación, jóvenes de familias influyentes que buscaban un descanso en sus vidas, olvidarse por una tarde de su apellido y sentirse libres mientras desafiaban al mar.

Su padre solía decir que había heredado esa desagradable atracción por el océano de su abuelo Jack. No era algo positivo para el señor Warren, más bien era un defecto que le hubiera gustado poder extirpar en su hijo. Era cierto que su abuelo le había contado mil historias de pequeño sobre pueblos marineros y viajes a mundos lejanos a bordo de un pequeño bote, incluso le había regalado un sextante y unas tablas marítimas para jugar a ser marinero cuando cumplió los diez años de edad. Esas historias habían sido de lo poco que podía recordar de su infancia sin que estuviera manchado por la amarga marca de su padre. Entonces su abuelo todavía tenía permitida la entrada en la gran casa familiar y no estaba confinado en una residencia de lujo rodeada de campos de golf. No es que su abuelo se quejase de su situación, cuando le visitaban parecía satisfecho y feliz en aquel lugar, pero Michael nunca había visto esa mirada cargada de sueños como cuando el anciano pasaba las Navidades en su casa. Sí, su abuelo adoraba el mar, viajar y todo lo que tuviera que ver con desaparecer. Por desgracia no había tenido demasiada relación con él cuando aún tenía todas sus facultades mentales a pleno rendimiento. Las últimas veces que lo había visitado era un viejo canoso que la mayoría del tiempo estaba callado y los pocos minutos que hablaba era para preguntar si su mujer Emily había regresado ya. Michael se sentaba junto a la silla de ruedas en el jardín y trataba de que no se alterara demasiado, sin molestarse en explicarle que su esposa había muerto hacía tantos años que nadie hablaba ya de ella.

La familia de Michael estaba llena de silencios. Su historia no había sido nunca contada. Michael no sabía dónde había estudiado su padre ni dónde había pasado su infancia. Jamás había preguntado porque siempre planeaba un desagradable silencio cuando alguien se atrevía a hablar del abuelo o de cualquier recuerdo de su infancia.

¿Era extraño que su padre no hablara de sus propios progenitores? Puede ser. Pero Michael casi había llegado a creer que su padre había crecido espontáneamente dentro de un despacho. Sí, dentro de esas cuatro paredes forradas de madera era el único lugar en donde él parecía encontrarse cómodo. Ese era su hogar.

A veces su pasado le parecía un sueño. Algo debía estar mal con su cerebro porque no sentía pena ni remordimientos. Ni siquiera sentía nostalgia. Después de todo eran todos ellos sentimientos que se tienen si has dejado algo bueno tras de ti.

Quizá era eso.

No había nada bueno que recordar.

Pero era su infancia ¿verdad? Entonces ¿por qué no podía recordar algo?

Dentro de su cerebro era como si se hubiera cortado la conexión con toda esa parte de su vida. ¡Zas! Un tijeretazo y no había nada más.

Dolor, tristeza, amargura, soledad. Esos sí eran sentimientos que conocía bien y que identificaba.

Podía sentir cómo su cuerpo se comportaba como si fuese un corcho en el agua, flotando sobre aquellos sentimientos completamente nuevos para él, incapaz de zambullirse en las nuevas sensaciones positivas que se le presentaban.

Era como hacer surf.

Viajaba sobre la ola, manteniendo el equilibrio, sujeto a su tabla que era su salvación, las pocas veces que se caía salía a flote rápidamente, angustiado ante la posibilidad de observar el mar abrirse a su alrededor.

Arriba, abajo, a derecha y a izquierda.

El mar era todo.

Pero él no pertenecía al mar ¿verdad?

Tampoco pertenecía a ese mundo, en ese pequeño pueblo era un extraño.

Cal le había dicho que era la primera vez que tenía frente a él a un surfista capaz de levantar envidias con su técnica, pero que odiaba francamente el medio en que se movía.

Había sido siempre así.

Era el mejor arquitecto, pero odiaba esos edificios que construía.

Era el mejor hijo, pero odiaba a su familia.

La ola lo golpeó por la espalda demasiado fuerte y lo lanzó contra la espuma blanca.

Frío.

Sacudió la cabeza al salir y respiró dolorosamente.

Su boca sabía a agua salada y los pulmones respondieron a la necesidad de oxígeno expandiéndose pese al dolor del golpe.

Dejó que la corriente lo arrastrase a la orilla agarrado a su tabla, recuperando el aliento poco a poco.

Cuando hizo pie se levantó y cogió la tabla para que no se arañase golpeándose contra las piedras.

Corrió hacia la casa con el frío contra su rostro.

—Algún día voy a tener que sacarte.

Ignoró a Cal, no había conseguido mantener una verdadera conversación con él en todo este tiempo.

—No deberías surfear. Si no te equilibras sobre ella terminarás herido.

Se secó el pelo en la toalla que colgaba de la barandilla y dejó la tabla apoyada en la pared.

Podía preguntar a Cal qué era exactamente lo que estaba mal en su técnica pero no lo hacía. Sabía que su técnica era perfecta, así que en realidad él hablaba de otra cosa.

Ignorándolo como otras veces, entró en la casa para quitarse el traje de neopreno y darse una ducha caliente que le devolviese la sensibilidad en los dedos de los pies y de las manos.

Menos de una hora más tarde regresaba para secar y cuidar la tabla, encerar su superficie como era debido y guardarla otra vez en el garaje.

Se aproximaba la hora de la cena y no quería llegar tarde a la cocina. Era mejor no dar a Cal ningún motivo de enfado. Además estaba contento por haber podido surfear. Se sentía otro. Ahora que se había acostumbrado a los horarios y al trabajo algunas noches pasaba unas horas dibujando.

Había conseguido crear una perfecta burbuja alrededor de la realidad. Todo lo que había sucedido en su pasado antes de la llegada a Desert Island no existía. Tenía su nueva motocicleta, su tabla de surf, un trabajo y una habitación donde vivir. Vaya, parecía que la vida le sonreía y por primera vez se sentía libre.

Esos días el pueblo había recibido a varios grupos de visitantes, jóvenes que venían de las ciudades cercanas aprovechando la subida de las temperaturas. Aunque



allí, tan al norte del país, Michael empezaba a pensar que no iba a haber un verdadero verano. De todas formas aparecían vestidos como si estuvieran en California y en unas horas se cubrían con chalecos emplumados o chaquetas de lana sobre los bañadores.

Había tantos huéspedes que Cal le había pedido que echara una mano en fin de semana y a él no le importó, de esa forma se mantendría ocupado y además pasaría un poco más de tiempo junto a Sarah. Quizá conseguiría una cita con ella.

Michael echaba un vistazo a los grupos de jóvenes sintiendo algo de añoranza. Él había sido uno de ellos no hacía demasiado tiempo y ahora se sentía un viejo.

Todavía podía dejar todo aquello y largarse, lo sabía. Aunque su padre estuviera enfadado y le hiciera pagar durante un tiempo, seguro que podía regresar a aquella vida. Tendría de nuevo un buen sueldo, un gran apartamento de lujo y los fines de semana seguro que podría escaparse con sus amigos. Quizá no los primeros meses, pero luego la vida continuaría y él podría regresar a su vieja existencia.

Estaba perdido en esos pensamientos poco gratificantes cuando vio entrar a una joven turista. Tenía las mejillas sonrojadas, probablemente por el sol, aunque llevaba un gran sombrero de paja a la moda de las cosas del sur.

Michael podía ver claramente el pequeño bikini rosa que llevaba bajo la camisa transparente blanca. Ella no paraba de sonreír y él no podía dejar de mirarla, como una polilla que observa maravillada la luz de una bombilla.

Así parecía ella, brillante y cálida.

—Una coca-cola, bien fría —pidió la chica, y se mordió el labio inferior al hacer su pedido. La joven no ocultaba casi nada de su anatomía pese a que todavía las temperaturas no eran altas y el resultado era que casi todos los hombres, jóvenes y no tan jóvenes, que se encontraban en la cafetería le dedicaban uno a dos vistazos, algunos discretos, otros abiertamente encantados con aquella turista.

Michael inclinó la cabeza hacia un lado y sonrió. La temporada de verano se aproximaba sin detenerse y algunos turistas llegaban al pueblo llenándolo de vida, de nuevos rostros y sobre todo de conversaciones para los días de invierno.

—Marchando una Coca-Cola con mucho hielo —contestó Michael, y mostró una de sus mejores sonrisas a la joven recordando los viejos tiempos.

Ella también sonrió y miró descaradamente el trasero de él cuando se dio la vuelta para traer el pedido. Desde que habían entrado en el hotel el camarero había llamado su atención. Parecía como si no fuera consciente de lo atractivo que era, con su delantal y sus pantalones vaqueros ajustados.

—¿Crees que volverá a salir el sol?

Michael miró al cielo que se veía por la ventana. Estaba completamente cubierto y había comenzado a llover hacía ya una hora.

—No creo. Tal vez mañana —repuso, sin prestar demasiada atención.

—¿Siempre es así aquí? —preguntó ella, con un mohín de lo más infantil ensayado a la perfección mil veces.

—Bueno, llega el verano. Creo que ahora el tiempo mejorará —contestó, aunque sabía que era bastante estúpido mantener una conversación sobre el tiempo, pero no tenía ni idea sobre qué podía hablar con ella.

—¿Trabajas aquí siempre? —continuó preguntando, decidida a que él no se alejase demasiado.

—Sí —dijo, y se detuvo frente a ella sin prestar atención a la atenta mirada de Cal desde el otro lado de la barra.

Era una chica verdaderamente bonita. Su pelo largo rubio tostado, sus ojos vivos, su rostro ovalado, su piel ligeramente bronceada, todo en ella parecía desprender calor.

—Entonces nos veremos bastante a menudo —la voz de nuevo cantarina y feliz de Annie, como se llamaba la joven, sorprendió un poco a Michael.

—¿Te alojas aquí? —preguntó extrañado.

—¿Tenéis habitaciones libres?

—Sí —contestó él.

—Entonces me alojaré aquí —decidió, y Michael vio la sonrisa de ella. Era divertida, de esa forma en que lo son las jóvenes que nunca han conocido un problema en su vida.

Annie había cogido esa mañana su coche y había metido una maleta roja en la que llevaba unos bikinis, ropa de verano y pantalones cortos. Estaba decidida a vivir la gran aventura de su vida. Había leído todos los libros necesarios sobre viajes y escuchado la música correcta. Llevaba cuadernos en blanco y suficientes bolígrafos para escribir el que sería el gran libro revelación del próximo año.

Porque Annie estaba segura de que en esos meses iba a vivir una experiencia única y que sería además capaz de escribir un best-seller sobre ella.

Para empezar ese camarero no estaba nada mal.

Cal sacudió la cabeza desde su lugar en la barra. Sabía que se avecinaban problemas. Michael se iba a quemar como las polillas. No le había pasado desapercibido cómo el resto de los jóvenes miraban a la chica con el bikini rosa y cómo también Sarah se había percatado de la situación, echando algún vistazo desde la cocina.

—¿Viajas sola? —indagó Michael, tratando de encontrar un tema de conversación.

—Podría decirse.

—¿Cómo has venido a parar aquí? —añadió, extrañado de que esa joven bonita y tan vivaz no viajase con algún novio.

—Estudio literatura. Creo que escribiré un libro este verano —Annie jugueteaba con un mechón enredándolo en sus dedos una y otra vez.

—Un libro —repitió él, sorprendido.

—Sí. Hay que vivir experiencias si quieres escribir —añadió—. ¿Vives aquí? —continuó ella, tratando de que su mirada azul enmarcada dentro de esas grandes pestañas ejerciera la magia que solía provocar en el sexo opuesto.

—Sí. Vivo y trabajo aquí —respondió escueto, estaba empezando a sentirse algo incómodo sabiendo que a Cal no se le escapaba ni un pequeño detalle de aquella conversación desde su lugar en la barra. Suponía que más tarde tendría que soportar algún comentario irónico y mordaz. Además estaba Sarah, seguro que en cualquier momento saldría de la cocina y aquello no iba a ser bueno, porque sacaría alguna conclusión precipitada.

—Pero no eres de aquí —continuó ella, insistiendo en conversar con Michael.

—No —espetó, deseando que aquel pequeño interrogatorio terminara por fin.

—¿Tú también buscas experiencias?

—Algo así —contestó, molesto por el camino que estaba tomando aquella conversación que para él había comenzado sin ninguna otra intención que una sencilla charla.

—Las podemos tener juntos —propuso, viendo que aquel joven no parecía apreciar sus coqueteos.

Cal estuvo a punto de soltar una carcajada cuando vio a Michael parpadear, quedarse sin habla y mover las manos nervioso, por ese orden.

—¿Qué tengo que hacer para reservar la habitación? —preguntó ella, como si la frase que acababa de decir hacía unos segundos no hubiera salido de sus labios.

—Pregunta a Cal, él es el dueño —se dio la vuelta y comprobó que como suponía su jefe estaba observando divertido la escena.

En realidad la experiencia de Michael con las mujeres no era demasiado extensa. Alguna novia en la adolescencia, siempre buenas chicas, hijas de amigos de su padre, luego alguna relación algo más duradera, igualmente con chicas que aprobaba su padre. Parecía que él tenía un gran valor añadido en forma de apellido y atraía a

bastantes mujeres. Pero como su vida era bastante alejada de las diversiones habituales había podido escapar con relativa facilidad del acoso al que se veía sometido su hermano pequeño.

Su relación más larga había sido con Adele, hija de un empresario texano que se había interesado en las inversiones inmobiliarias y planeaba construir una urbanización en la costa. Era una chica educada y tranquila, por eso había sido fácil que su relación durase más de unos meses. Se veían los fines de semana y asistían al teatro o cenaban en alguno de los elegantes restaurantes de Boston. Alguna noche la velada terminaba en su apartamento. Michael intentaba ser considerado y atento siempre con las mujeres.

«Trátalas como se merecen». «Lo que tú hagas representa a toda la familia».

Pero Michael no solo lo hacía por seguir las órdenes de su padre, simplemente era su forma de actuar. Adele había sido una compañera tranquila y él se sentía cómodo pudiendo permanecer en silencio a su lado disfrutando de una cena y un buen vino.

Era una persona buena, evitaba hablar y cotillear sobre otros, no había hecho muchas amigas en la ciudad y al parecer agradecía también la compañía de él.

El sexo con ella era igual: seguro y satisfactorio, dulce y tranquilo.

No se había despedido de ella cuando se marchó, eso era algo que en algún momento tendría que solucionar y lo sabía. Los últimos días había rondado por su cabeza la idea de llamarla pero no había encontrado el valor ni el momento oportuno.

A veces había pensado en cómo su marcha habría afectado a su padre, con seguridad sus negocios se habrían resentido, muchos se habrían alegrado del contratiempo. «*Su primogénito ha desaparecido*».

También su madre habría sufrido. Esa posibilidad le preocupaba bastante más, porque no creía que ella mereciera padecer por su culpa. Su madre le había cuidado y protegido todo lo posible dentro de las circunstancias en que vivían, bajo el férreo control que ejercía su padre sobre la familia.

—Ya puedes salir de la cocina. Se ha ido a su habitación —dijo Cal abriendo la puerta y sacándolo bruscamente de sus pensamientos—. Es una chica preciosa.

—No me he fijado —mintió, y con eso se ganó escuchar la risa baja de su jefe.

—Ella sí se ha fijado en ti.

—Los turistas siempre vienen buscando experiencias. Creen que los que somos de pueblo estaremos encantado de por fin hablar con alguien de la ciudad que nos saque de nuestra ignorancia. —El comentario sarcástico y amargo de Sarah sorprendió un poco a Michael que esperaba que ella no hubiera visto demasiado de aquella violenta escena. Sin embargo se sintió herido por su comentario. Él había sido muchas veces un turista en pequeños pueblos y nunca había pensado que eran ignorantes, ni se había comportado de forma pretenciosa o prepotente.

—¿Eso crees? ¿Crees que todos los que no hemos nacido aquí somos unos necios?

Cal no quería perderse aquel pequeño altercado como tampoco se había perdido la pequeña escena en el restaurante. Los ojos de Sarah hervían cargados de enfado mientras servía las patatas fritas en los platos y regresaba de nuevo a la cocina junto a ellos. Conocía bastante a Sarah para saber que aquello no iba a terminar allí, llevaba días observándolos y era la primera vez que había visto a la joven ocuparse tanto de su aspecto para ir a trabajar.

—Creo que estáis tan seguros de vuestra superioridad que pensáis que vamos a caer rendidos a vuestros pies. ¿Qué te parece ahora que estás del otro lado? Aprovecha tu ocasión. Esa chica seguro que estará encantada de enseñarte todo lo que una mujer de ciudad puede hacer con un hombre. Es solo generosidad, no creas.

Michael escuchó cada palabra. Era un comentario injusto y quiso aclararle que él no era de esos, que él no se sentía superior a ella. En su lugar, sin saber por qué, contestó algo mucho menos cortés, quizá porque estaba harto de que todo el mundo le juzgara por lo que era su familia y había pensado que aquí en ese pequeño pueblo conseguiría vivir sin estar bajo la influencia de su apellido.

—Vaya, así que estarás deseando encontrar a un chico que te enseñe unas cuantas cosas para poder luego pasar el invierno entre tus vecinos los chicos sencillos y honrados de pueblo.

—A mí nadie me enseña nada. —Sarah se dio la vuelta para enfrentarse a él con la espumadera en la mano y Cal supo que era el momento de intervenir.

—Estoy seguro de que tú lo sabes ya todo —el comentario de Michael provocó un segundo de silencio en la cocina. En el momento en que salió de sus labios supo que había sido un error. Sarah lo miró con odio y ni siquiera Cal pudo prever lo que iba a hacer. Ella estampó su puño sobre la cara de Michael, que se tambaleó y fue a dar contra la puerta del frigorífico.

—Sal de aquí. El resto del día lo tienes libre —dijo Cal sujetándolo por el brazo. Su cara no tenía tampoco una expresión demasiado amigable.

Michael recuperó el equilibrio y pasó su mano por su mejilla. Había dolido. Tenía una disculpa a punto de salir de su boca, sabía que había sido un comentario grosero y gratuito.

—Márchate, Michael. —Cal lo empujó fuera de la cocina y él subió a grandes zancadas los escalones hasta su buhardilla. Lo único que deseaba era desaparecer de allí cuanto antes.

¿Por qué razón había sido tan grosero con Sarah? Él nunca había contestado de esa forma, mucho menos a una mujer. Debería de haber aguantado y mantenido la compostura.

Por primera vez en su vida no había sabido contener sus palabras y había sido precisamente con Sarah.

Miró los papeles que había sobre la mesa, más de media docena de cuartillas desordenadas. En casi todas aparecía la misma imagen, aquella joven que se estaba colando dentro de él sin que pudiera hacer nada por remediarlo.

Entonces sintió miedo. Nunca nadie había ocupado un lugar en su corazón.

Ser una adolescente y vivir sola en un pueblo no había sido fácil. A veces Sarah pensaba que su vida hubiera sido mucho más cómoda en una gran ciudad, donde nadie se preocupara por ella ni supiera todo su pasado, pero también tenía que reconocer que sus vecinos la habían ayudado, probablemente sin ellos hubiera terminado viviendo con cualquier familia de acogida hasta cumplir la mayoría de edad. Pero era un lugar pequeño y las leyes podían ser aplicadas de otra forma, por lo que nadie vino a echarla de su pequeña casa cuando regresó del hospital. Al contrario, muchas de sus vecinas aparecieron con tartas y bandejas de comida.

Fue fácil al principio, en contra de lo que todos imaginaban. Sarah pudo por fin vivir tranquila, dormir sin temor y dejar de preocuparse por si alguien entraba en la ducha cuando estaba desnuda. Poco a poco las ojeras de su cara desaparecieron. Cuando el cabello comenzó a crecer decidió volver a cortárselo, nunca más quería llevarlo largo.

Una noche, sin nada que las presagara, aparecieron las pesadillas. Se despertaba con el corazón latiendo tan fuerte que parecía que se iba a salir de su pecho. Entonces salía de la cama y veía algo de televisión en el sofá hasta que se hacía de día. Aunque no quería reconocerlo, tenía miedo.

No supo con exactitud qué día pasó, pero comenzó a temer que su madre regresara con él. Al fin y al cabo era su casa y podían volver cuando quisieran, así que fue a la vieja ferretería del pueblo y compró un candado para la puerta, pero se dio cuenta de que eso no los detendría cuando el dependiente le recordó que su puerta era una simple plancha de madera. Pensó en comprar un perro, pero ellos podían matarlo mientras ella dormía. ¿Qué podía hacer? Nadie iba a vender un arma a una niña.

Esos días había estado buscando trabajo. El curso en el instituto había terminado y podía dedicar el verano a intentar ganar algo de dinero. Había pensado irse. Sí, se marcharía lejos, sin decir su destino a nadie y así no la encontrarían.

Un día entró en el pequeño hotel de Cal, el único en el pueblo. Había un cartel que decía que buscaban camarero en el tablón de la biblioteca del pueblo y pensó que ella podía ayudar. Cal le dirigió una mirada seria, pero no fue con compasión, no. Era la primera persona del pueblo que no la trataba como a una niña. Pero había un problema: su edad. Primero tenía que asegurarse de que era legal contratar a alguien tan joven. Solo fueron necesarias unas llamadas para saber que nadie de las autoridades del pueblo estaría preocupado por denunciarle si ayudaba a Sarah. Todos querían proteger a la niña que había sufrido esa brutal agresión. Así que Cal dejó que trabajara para él.

Ella trató de aprender todo lo rápido que pudo. Hacía las camas, ayudaba a limpiar las habitaciones y colaboraba en el restaurante. En definitiva, su pequeña presencia se hizo tan habitual que pronto Cal se acostumbró a tenerla por allí con su música moderna y sus ojos chispeantes. Una de las cosas que sorprendía a todos es que la joven Sarah Mary Dole no había perdido la sonrisa y eso les demostraba lo fuerte que era bajo ese aspecto de frágil adolescente.

Ese verano fue duro para Sarah. No pudo ir a la playa ni usar camisetas de verano. La quemadura en su espalda todavía estaba demasiado reciente y no era conveniente que tomara el sol. Claro que ella no estaba tampoco preparada para que nadie la viera. Se preguntaba si alguna vez alguien podría tocarla sin sentir asco.

Poco a poco su vida pareció transcurrir dentro de la normalidad y aunque las pesadillas no la habían abandonado ahora sabía que una simple llamada de teléfono a cualquier hora haría que Cal estuviera en su casa en menos de cinco minutos y con su escopeta preparada, como él había dicho acariciando el arma mientras tomaba una cerveza en el porche. De esa forma terminó ese primer verano y Cal insistió en que debía volver a estudiar. Puesto que Sarah no tenía a nadie, él había decidido oficiar de padre o hermano mayor, lo que fuera, pero cuidar de esa niña. Nadie en el pueblo objetó nada, él era de sobra conocido y querido por sus vecinos. Sarah regresó a sus clases a regañadientes. Su vida ese verano había sido muy diferente, ella había madurado y no encontraba ahora su lugar en el instituto. Ni siquiera sabía de qué podía hablar con sus compañeras. Solían mirarla con pena y los chicos se apartaban cuando ella pasaba. Un día supo que había corrido el rumor de que John Carter había conseguido abusar de ella. No fue fácil para Sarah. Cuando su amiga Derril se lo confesó, ella se quedó muda. Era mentira, pero daba igual lo que ella pudiera decir, todos creían que era verdad.

Ahora que había comenzado otra vez las clases trabajaba en el hotel solo los fines de semana, y aunque Cal solía insistir en que saliera a divertirse un poco, ella no había querido volver a tener amistad con ninguna de sus amigas. Así había pasado el tiempo hasta que se graduó y vio como todos sus compañeros hacían planes para ir a la universidad al año siguiente.

Ella no tenía planes. No disponía del dinero suficiente para pagar sus estudios ni la estancia en ningún campus, tampoco sus calificaciones eran lo suficientemente buenas para conseguir una beca. Pensó que daba igual, tampoco tenía muy claro qué podía estudiar. Trabajaría en el hotel y seguiría ahorrando para seguir su plan inicial de marcharse de Desert Island.

Pero no había contado con Cal. Había estado atento todo ese tiempo sin perderse ni un detalle de la vida de esa niña. Sabía que no había tenido novio y se había apartado de las demás chicas de su edad. Sabía también el rumor que corría entre los muchachos. Así que una noche decidió que debían tener una conversación sobre su futuro. Cuando terminó el trabajo en el hotel, sacó dos cervezas e invitó a Sarah al porche a su lado.

—Es mi primera cerveza.

—Espero que eso sea verdad —dijo, mirando cómo daba el primer trago y sonrió al ver su rostro al probar el sabor amargo de la bebida.

—Es asqueroso.

—Lo sé. Pero ya que no sales alguien tenía que invitarte a tu primera cerveza —repuso él con calma.

—Sí que salgo, no empieces de nuevo —contestó, dando un segundo trago y una segunda oportunidad a la que era la bebida preferida del pueblo.

—No quiero hablar de eso, Sarah. Quiero hablar de la universidad.

Ella resopló mirando al frente.

—¿Has pensado a cuál quieres ir? —preguntó sin dar rodeos.

—No tengo dinero y la verdad es que no quiero ir a ninguna, no sabría qué estudiar.

—Pues vas a tener que elegir algo, porque tendrás que empezar cuando termine el verano. —Cal hablaba de la forma habitual, como si tuviera plena seguridad de que lo que él decía se iba a cumplir.

—No voy a ir, Cal —dijo, en tono calmado.

—Vas a hacerlo. Yo mismo voy a pagarte la universidad y yo mismo te llevaré si hace falta.

—No tienes que pagarme nada.

—Quiero hacerlo.

—No soy una obra de caridad —añadió, elevando la voz un poco enfadada.

—No he dicho que no me lo voy a devolver. Tienes toda la vida para trabajar aquí como camarera.

—Cal, de verdad, no quiero ir.

—Creo que te vendrá bien. Aquí nunca vas a encontrar un chico que quiera estar contigo. Todos creen que ese cabrón de John Carter te violó. Pasarán años hasta que sean lo suficientemente maduros para apreciar a una mujer como tú.

Sarah se quedó inmóvil. Nunca había hablado con él de lo sucedido. En realidad nunca había hablado con nadie desde que salió del hospital.

—¿Es cierto? ¿Te violó?

Ella tardó en contestar. Tenía la boca seca y las manos comenzaron a temblarle.

—No lo hizo —contestó apretando los dientes.

—Eso es bueno. Pero nadie va a creerte, al menos por ahora. Ya sabes cómo son, unos críos idiotas que solo piensan en divertirse. Es por eso que siempre estás sola, ¿verdad?

—Sí —afirmó, todavía en shock por la forma que él tenía de exponer los hechos.

—Entonces está decidido. Irás a la universidad.

Cal se levantó de la silla sin dejar que ella añadiera nada más y Sarah necesitó unos minutos allí a solas para volver a calmarse. No había mentido, esa noche no la había violado. Ella había conseguido detenerlo golpeándolo con una sartén. A cambio él le había lanzado la olla con la sopa de la cena que preparaba cuando intentó escapar, dejando su espalda marcada para siempre. Pero Sarah había corrido huyendo y ellos se habían largado del pueblo antes de que la policía llegase para detenerlos. No le extrañó. Su madre hacía tiempo que no escondía los celos que sentía de su propia hija y seguro que se habría puesto del lado de él de inmediato. Ante el peligro de ser detenidos, habían huido con el poco dinero que había en la casa.

Sarah se envolvió en la chaqueta sintiendo el frío y la soledad esa noche calar en su cuerpo y pensó en el resto de su vida. Todo el pueblo pensaba que él lo había conseguido. Ninguna madre aceptaría que uno de sus hijos saliera con ella.

De esa forma había llegado a ser la receptora del préstamo de Cal. Trabajaba los fines de semana y los lunes regresaba a la universidad pública. Bajo el anonimato de su nueva vida pudo por fin relacionarse con los demás jóvenes de su edad. Llegó a hacer una amiga, la alocada Elly, que había conocido por azar el primer día en clase. Ambas habían decidido estudiar Salud Pública y coincidieron en la secretaria buscando los nuevos horarios de invierno. El segundo año de universidad conoció a Noah, otro joven compañero que pronto se convirtió en inseparable de la pareja de chicas. Hasta que una noche después de ir al cine de la universidad, él le confesó que estaba enamorado de ella. Sarah estuvo varios días pensando en dejar los estudios y regresar a la seguridad de Desert Island, pero Elly no la dejó. Aceptó una cita con Noah y una noche perdió la virginidad a una edad en que la mayoría de las chicas ya han tenido varias parejas. No es que él no fuera un novio atento, la cuidaba y estaba visiblemente enamorado, pero ella no había llegado a corresponder de la misma forma a sus sentimientos. Cuando terminó el curso ambos quedaron como amigos y Sarah estuvo satisfecha al comprobar que él seguía con su amistad después del verano, aunque a veces se preguntaba si era justo para él seguir a su lado, porque le conocía lo suficiente para saber que seguía enamorado.

Los tres habían hecho un buen equipo. Noah y Elly eran las únicas personas fuera de Desert Island a las que había confiado lo sucedido en su adolescencia. También eran las únicas que la habían visto sin ropa, aunque no habían conseguido convencerla nunca de ir a la playa ni de ponerse un vestido demasiado escotado.

La vida de Sarah no solo le había dado madurez, también había dejado marcas sobre su piel. A veces pensaba que nunca podría olvidarlo, nunca podría seguir adelante y enamorarse de verdad de alguien. Viviría sola y sería la eterna camarera de Cal.

Pero había llegado Michael. Era un chico diferente, sus modales delataban su procedencia, lo sabía. Hasta su acento era distinto. No sabía nada de ella, estaba segura de que nadie le habría contado nada o Cal lo hubiera sabido. Así que desde que habían compartido sushi frente al mar se había acostumbrado a divagar y soñar con tener una cita con él. Sería algo sencillo, una cena en el restaurante local con un vino no muy caro. Ella se pondría algo bonito y él llevaría un traje oscuro. Esos sueños no solían durar demasiado, porque pronto se daba cuenta de que ella no podría llevar un vestido y él no seguiría con ella en cuanto conociera su pasado.

Esa era la causa por la que aquella joven rubia en bikini la había herido tanto. Era injusto. Sarah era bonita y joven. ¿Por qué no podía ir ella a la playa y tomar el sol en uno de esos trajes de baño a la moda?

Le gustaría salir por la noche a bailar, incluso a hacer una barbacoa en la playa.

Todo eso estaba vetado para ella. Esa era la razón de que odiara a Michael en aquel momento. No le importaban sus palabras, eran mentira y ella lo sabía; él había contestado enfadado porque ella lo había provocado. No, lo que le importaba era que no tendría una oportunidad de salir a pasear con él en verano jamás.

Ese lunes, mientras caminaba por el pasillo de la universidad junto a sus compañeros, tuvo que reconocer que Elly tenía razón y que él no era tan perfecto como ella se había empeñado en pensar.

—¿Un puñetazo? ¡Yo le habría pateado la entrepierna! —Esa fue la contestación acalorada de Elly cuando Sarah le contó entristecida el suceso—. No te sientas culpable, Sarah. Si es tan estúpido de coquetear con otras es que no te merece.

—Es culpa mía, Elly —repuso Sarah, entrando en la primera clase de su semana—. No sé qué ha podido ver en mí, esas chicas son más bonitas.

Noah casi gruñó al escucharla y pasó a su lado para coger un buen asiento para los tres.

—Sí, más bonitas, más estúpidas. Seguro. La próxima vez patéale, hazme caso —añadió su amiga abriendo su libro mientras el profesor entraba en la clase.

—Es un estúpido, Sarah. —Noah zanjó el tema con los labios apretados de la rabia. Llevaba días escuchando a su amiga hablar de aquel hombre, de sus modales educados, de su voz tranquila, de sus ojos que parecían ver más cosas que los sencillos chicos del pueblo. Los celos comenzaban a crecer en su interior sin que pudiera hacer nada, y Elly lo sabía, porque le miraba de vez en cuando con esos ojos cargados de dulzura.

Ninguno podía hacer nada. Solo Sarah podía decidir a quién entregaba su corazón.

## Capítulo 9

Michael pasó horas dando vueltas por la buhardilla. Terminó sentado en la cama mirando el cielo a través de aquella ventana sin cortinas. Estaba despejado y se veían bastantes estrellas, muchas más de las que podía observar en una noche en la ciudad. Era curioso pensar que ese era el mismo cielo, porque parecía muy distinto. Nada de todo lo que le rodeaba allí se parecía a su vida en Boston. No solo era el aire que no olía a contaminación, tampoco era la falta de ruido de tráfico o que las calles no estuviesen abarrotadas de gente. Eso era solo el escenario que rodeaba a todo lo demás.

Allí por primera vez en su vida nadie esperaba que él se comportara de una forma concreta. Podía trabajar en un hotel, servir mesas, salir en moto a pasear por los bosques cercanos y disfrutar del surf en la playa sin que nadie le mirase asombrado y murmurase su apellido. Era libre y esa sensación iba poco a poco colándose dentro de su corazón. Lo sentía en los huesos. Dormía mejor, estaba más animado, escuchaba música y leía, gastaba tiempo en ver los partidos de baloncesto por la televisión y también se había acostumbrado a pasar unos minutos al día descansando en el porche sin hablar demasiado, con la mirada perdida en ningún sitio sentado junto a Cal.

También estaba Sarah. Su figura pequeña, su cabello oscuro con un corte atrevido, sus ojos vivos y esa sonrisa que iluminaba su rostro y todo lo que dejaba a su paso. Se movía con gracia, ágil, sirviendo las mesas, recogiendo los platos, poniendo el lavavajillas. Había sido amable con él al enseñarle el pueblo y las tiendas. También estaba aquel beso la noche que estuvo en su casa. No había dejado de recordarlo ni una noche. Sarah no le había rechazado, pero los días siguientes se había comportado como si no hubiera sucedido nada, de tal forma que él había llegado a dudar de aquello. Tal vez era la forma de ella para decirle que no tenía ninguna intención de darle una oportunidad. Luego veía cómo Sarah le miraba, como cuando le había descubierto regresando de hacer surf, y las esperanzas llenaban su corazón de golpe.

Tal vez Cal hubiera podido aclararle un poco cómo era ella, pero no se había atrevido a hablar con él.

De esa forma habían pasado los días y ahora se encontraba con que la joven le había dado un puñetazo. No una bofetada, como hacían la mayoría de las mujeres, no. Ella le había lanzado un derechazo directo a su cara haciéndole tambalear en la cocina.

La culpa era suya, eso lo tenía bastante claro. Había sido grosero. Pero ella había comenzado a atacarlo ¿verdad?

Una palabrota se le escapó entre dientes. La noche avanzaba y él seguía despierto. Entonces pensó que ya era hora de ir cerrando algunos capítulos de su vida. Buscó el teléfono móvil, que había comprado hacía un par de días cuando llegó con su moto a la ciudad de Stonington. Todavía recordaba los números más habituales, como el de su hermano, su padre, su despacho o Adele, y fue este último el que decidió marcar aquella noche.

—¿Estás bien?

Esa fue la pregunta que escuchó en cuanto el pitido de la señal de llamada dio lugar a la conexión.

—Sí. Buenas noches, Adele.

—Sabía que eras tú —la voz cansada de su exnovia al otro lado del aparato le hizo darse cuenta de que no era una hora normal.

—Perdona que te llame tan tarde —se excusó.

—No pasa nada. Dime cómo te encuentras. He estado preocupada por ti.

Sus palabras sonaban sinceras y él la conocía lo suficiente para saber que así era. Con toda probabilidad Adele habría estado preocupada por él, igual o más que el resto de su verdadera familia.

—Estoy bien —comenzó Michael—. ¿Y tú? ¿Está todo bien? —preguntó a su vez, sin atreverse a formular preguntas más concretas.

—Sí. Todo está bien. Cuéntame, Michael. ¿Dónde estás?

—En Desert Island —contestó, decidiendo que no era necesario ocultar su destino—, en un pequeño pueblo de la isla. Adele...yo...

—Lo sé. La verdad es que no me sorprendió que desaparecieras. Los últimos días no tenías aspecto de estar bien, Michael. —Adele hablaba en voz baja y él se la imaginó en su habitación, dentro de su gran cama con aquella colcha de flores pálidas a juego con el papel que cubría las paredes.

Todo aquello se le antojó lejano, ajeno a él, como si otra persona diferente lo hubiera vivido.

—Siento haberme ido sin decirte nada, ahora me doy cuenta de que fue egoísta por mi parte, Adele.

—Supongo que es lo único que podías hacer. Tus padres han estado muy preocupados, tu padre en persona vino a casa para hablar conmigo y tratar de averiguar dónde estabas. Tu madre me ha estado llamando cada día, hasta hace una semana, así que ya deben saber dónde estás.

—Sí, decidí dejar de ocultarme. Los movimientos bancarios habrán delatado mi posición.

—¿Vas a regresar? —se atrevió a preguntar ella.

—No. No lo haré —confesó Michael, más decidido de lo que se sentía por dentro.

El silencio los envolvió durante unos segundos y él se recostó en la cama, hablar con Adele era tan fácil como siempre había sido.

—Te llamaré de vez en cuando para saber si estás bien, si no te molesta, claro —añadió ella, tratando de continuar con la conversación.

—Claro que puedes llamarme, Adele. No estés preocupada, estoy bien. He encontrado trabajo y vivo en una habitación alquilada.

—¿Trabajo? ¿Dónde? —con sincera curiosidad, ella le preguntó, y Michael casi pudo ver su ceño fruncido en ese gesto tan propio, que solía ocultar rápidamente para mostrar su sonrisa educada.

—De camarero. En un pequeño hotel —reveló el muchacho.

—Eso suena bien, Michael. No parecías feliz en aquel despacho. —Adele trató de imaginarse a su novio sirviendo mesas pero no lo consiguió.

—Quiero pedirte disculpas, Adele.

—No tienes que hacerlo, de verdad. Estuve enfadada, pero ya no —contestó rápidamente, sin dejar que continuara.

—Debo hacerlo. Siento haberte tratado de forma tan poco considerada. Los meses que he estado contigo han sido buenos, eres una gran mujer.

—Michael —le interrumpió Adele—, no sigas por favor. No quiero escuchar nada de eso. Fue bonito y guardo un gran recuerdo de ti, pero creo que ambos sabíamos que no estábamos enamorados.

—Adele, yo te quería.

—No, Michael, el amor es otra cosa. Ahora lo sé. Veo a mi hermana y entre nosotros nunca hubo nada parecido. Es cierto que estábamos cómodos juntos, me gustaba conversar contigo y no puedo decir nada malo de ti. Pero no estábamos enamorados —expuso con sencillez.

A Michael le sorprendió la calma con que ella era capaz de analizar su relación.

—Mereces a alguien mejor que yo —aseguró Michael recordando las veces que él había callado por cobardía cuando debía de dar el siguiente paso en su relación.

—Y lo tendré, no lo dudes, Michael. Tendré a un hombre que me quiera y no necesite salir corriendo para escapar de su vida. Deseo de corazón que encuentres tu camino —aseguró ella.

—De verdad eres una gran mujer, Adele —añadió, sin querer prestar atención a la triste descripción que ella había hecho de su vida juntos—. He tenido suerte de conocerte.

—Sí. Ojalá hubiera funcionado. Pero es mejor así. Habríamos sido uno de esos matrimonios perfectos que son la envidia de las cenas de sociedad. Pero nos habríamos sentido solos, muy solos.

—Siento si te he herido —Michael se disculpó de nuevo, pasando los dedos por su cabello en un intento de liberar algo de aquella desagradable sensación de fracaso.

—Tranquilo, sé que es lo mejor. Lo sé. Pero no se te ocurra aparecer por mi casa. Mi padre es de Texas y allí arreglan este tipo de desacuerdos de una forma un poco anticuada. —La risa de Adele rompió la seriedad con la que ambos hablaban y él pensó que llevaba razón, lo mejor era que no apareciera por allí durante un tiempo, al menos hasta que Adele hubiera encontrado otro novio y de esa forma el rencor de su padre hubiera sido sustituido por la satisfacción de verla feliz.

—Tú puedes venir cuando quieras. Espero verte alguna vez.

—¿No vas a regresar a Boston? —volvió a preguntar Adele.

—No.

—¿Y tu familia? ¿Has hablado con tus padres?

—Eres la única persona a la que he llamado —confesó hablando en susurros todavía.

—¿Por qué? ¿Por qué a mí, Michael?

Él tardó un poco en contestar. Sabía la razón, pero no estaba muy seguro de que fuera el momento adecuado para confesárselo a Adele.

—Has conocido a una chica.

Sorprendido de nuevo por la facilidad con que ella podía leer a través de él, incluso en la distancia, Michael solo pudo asentir.

—Sí. He conocido a alguien —confesó bajando aún más la voz.

—¿Y ella está también enamorada de ti?

—No lo sé. Hoy me ha pegado un puñetazo, tal vez eso signifique algo —explicó, encontrando fácil hablar con ella, como si no hubiera ninguna distancia que los separara y no fuera extraño que le contase a su ex novia que estaba enamorado de otra mujer.

Adele se echó de nuevo a reír y Michael se encontró acompañándola.

—Bueno, en Texas no sería demasiado extraño que una mujer pegara a un hombre si está enamorada. Allí las mujeres tienden a ser más extrovertidas y no se guardan para sí los enfados ni las afrentas. ¿Qué hiciste para merecer su enfado?

—La herí. No quise hacerlo pero estaba enfadado y fui grosero —le contó Michael, pasándose la mano por el pómulo que lucía un poco inflamado todavía.

—Así que ella te provocó, y tú, orgulloso como eres, no pudiste aguantar que ganara y todo terminó con un puñetazo de su parte.

—¿Cómo lo sabes? Quiero decir, es imposible que sepas qué ha pasado —preguntó intrigado.

—Te has atrevido a llamar, eso tiene que ser por algo grande. Quizá soy la única persona que te conoce lo suficiente para entenderlo. El resto... ya te dije, soy de Texas. Allí las cosas son un poco diferentes. Ten cuidado si tiene hermanos, porque ellos te darán una paliza en cuanto te vean, antes de que puedas arreglar todo con ella.

—No tiene hermanos —explicó Michael, que había pasado de la sorpresa a decidir hablar con ella con naturalidad.

—Mejor, no tendrás que aguantar una buena tunda —bromeó Adele dejando que Michael escuchara su risa nerviosa, en aquel gesto tan suyo de taparse un poco los labios avergonzada.

—Gracias, Adele —exclamó, dejando que las palabras salieran directamente de su corazón.

El silencio se hizo de nuevo entre ellos y fue ella quien de nuevo lo rompió.

—Te quiero, Michael. No lo olvides. Somos amigos. Llámame siempre que necesites hablar con alguien. Te guardaré el secreto. —La dulce voz de Adele era sincera y eso hacía que Michael sintiera una mezcla de nostalgia y tranquilidad.

—No debo ser tan mala persona si te tengo a ti —habló, con la nostalgia de los días pasados inundando con suavidad sus palabras.

—Claro que no eres mala persona. No seas bobo. Espero de corazón que encuentres tu camino. Pero Michael...

—Dime —la alentó a continuar cuando vio que dudaba.

—Debes llamar a tu familia —declaró ella.

—No puedo, Adele. No estoy preparado —contestó, dejando salir el aire despacio.

—Está bien, pero no tardes. Sea como sea tus padres te quieren. Tu hermano lo ha pasado fatal también. ¿Lo pensarás?

—Lo pensaré.

—¿Lo prometes, Michael? —insistió su joven confidente desde el otro lado de la línea.

—Lo prometo.

—Bien, pues creo que es mejor que durmamos. Mañana tengo que salir pronto con mi hermana, están buscando una casa en la que vivir.

—Sí, durmamos. Me ha alegrado hablar contigo. Cuidate.

—Cuidate —repitió ella, justo antes de cortar la comunicación.

Michael se quedó allí tumbado con el teléfono móvil en la mano. Parecía que Adele había sabido rápidamente la razón por la que llamaba. ¿Era de verdad tan transparente? ¿Podía Sarah ver que se había enamorado de ella en solo esas semanas?

Tenía que pensar alguna forma de arreglar lo sucedido. No iba a ser fácil, lo sabía, porque aunque Sarah no tenía hermanos como le había dicho a Adele, sí tenía a Cal.

—Buenos días.

Michael saludó a Cal en cuanto entró en la cocina y cuando él le respondió escueto como siempre respiró aliviado al comprobar que todo parecía en orden. Había hecho lo posible por no cruzarse con Sarah durante el fin de semana, creyendo que era mejor que se enfriase el enfado. Además, el hotel había estado lleno de jóvenes universitarios que habían venido de las ciudades cercanas.

La calma volvía a reinar el lunes y él se encontraba seguro de nuevo. Tendría tiempo para pensar la mejor forma de volver a hablar con su compañera de trabajo.

—Hay poca gente hoy. Casi todos se han ido.

—Ajá—contestó Cal, con un simple asentimiento de cabeza. Comenzaron a preparar platos con pastel de manzana, tostadas francesas y huevos revueltos. La variedad no era demasiado amplia, casi todos los clientes eran habituales y ellos conocían ya sus gustos. A media mañana el restaurante volvió a estar desierto y Michael se dispuso a tomar su descanso. Preparó un poco de café para ambos, un plato de panecillos tostados y algo de fiambre y lo sirvió. Era su forma de decir cuánto se arrepentía de lo que había sucedido.

—Tienes que ir a disculparte con Sarah —espetó Cal, viendo sus intenciones con total claridad.

Michael ya conocía lo suficiente a su jefe para no sorprenderse de esa forma de abordar los asuntos: directo y breve.

—Fue ella quien me pegó —trató de explicarse.

—Te lo merecías —repuso con firmeza, sin dejar opción a que él añadiera nada más.

Michael no pudo negarlo. Aunque pensaba que ella debía también disculparse, era obvio que él había provocado esa reacción y sabía que había sido de forma intencionada. En el fondo él era el culpable del pequeño altercado.

—Iré esta noche a su casa. Tal vez le compre flores —se aventuró a decir, esperando que Cal le contase algo sobre los gustos de Sarah.

—No vendrá hasta el viernes. Entre semana duerme en la residencia de la universidad para poder ir a las clases. El viernes regresa al pueblo.

—Entonces iré el viernes —decidió, contento de tener algunos datos más de Sarah y a la vez lleno de nuevas dudas. ¿Qué estaba estudiando? ¿Por qué no había buscado trabajo en el campus? ¿Sería su ocupación de camarera algo temporal? ¿Tendría novio en la universidad?

—Sí. Este viernes. Sin falta —añadió Cal, dejando bastante clara su posición.

—He estado pensando —comenzó de nuevo, meditando sobre la mejor forma de abordar el asunto.

—¿Qué pensabas? —Cal terminó su desayuno y se recostó en el respaldo de la silla estirando su columna. Miraba entre curioso y divertido a Michael, que había pasado del ostracismo más estirado a la inseguridad manifiesta, y todo por culpa de una mujer, por culpa de Sarah.

—Me gusta Sarah —expuso de forma sencilla—, pero no puedo evitar no ser del pueblo y parece que para ella es una afrente personal que yo no haya nacido en la isla.

Cal se echó a reír cuando lo escuchó.

—Vaya. Vas rápido. ¿Cuánto llevas aquí? ¿Un par de meses? Y ya sabes que te gusta.

—Sí, estoy seguro de ello —contestó Michael, molesto por el tono de burla que había en el tono de las palabras de Cal.

—Sarah es un poco diferente a las demás mujeres —comenzó Cal, y clavó su mirada en los ojos de aquel joven que se parecía tanto a su padre en lo físico y era tan diferente de carácter. O quizá no, quizá era igual, solo que todavía no había pasado por un desengaño amoroso lo suficientemente humillante para convertirse en un amargado antes de los treinta años.

—Creo que me he dado cuenta de eso —respondió, sin apartar su mirada.

—Creía que os iba bien, me dijo que te había llevado a cenar al muelle. Comida japonesa. También te invitó a tomar café en su casa la otra noche.

Sorprendido al saber hasta qué punto la confianza entre su jefe y la camarera era suficiente para que ella le contase sus idas y venidas, Michael tomó aire pensando en cómo continuar.

—También creía que nos iba bien —reflexionó en voz alta.

—Michael, sé sincero. ¿Creías que ella no iba a estar enfadada al verte flirtear con esa chica?

—Yo no flirteé. Fue ella —se defendió Michael.

—Seguro que tienes razón. Pero ¿por qué te lanzaste entonces a discutir con Sarah? Sabías que ella quería provocarte.

Michael se preparó para la que parecía la conversación más larga con Cal desde que se habían conocido.

—¿Qué debía hacer? ¿Quedarme callado mientras me insultaba?

—Sí —contestó claro y rotundo el viejo.

—¡Oh, vamos! —exclamó Michael—. No fue culpa mía.

—La heriste. —Cal se levantó de la silla y cogió su plato para llevarlo a la cocina—. Habla con ella. Lo de las flores es una buena idea.

Michael aceptó con un gesto de asentimiento y terminó su café.

—He pensado vender el hotel —soltó Cal de golpe.

—¿Venderlo? —repitió extrañado Michael. El negocio no parecía ir mal y en el pueblo el hotel era toda una institución.

—Sí. Me hago mayor. No tengo ganas de buscar nuevos camareros y yo solo no puedo atender esto —continuó Cal, esperando no haberse equivocado con Michael, llevaba días pensándolo y ahora parecía el momento adecuado para llegar a un acuerdo con él.

El joven sopesó lo que acababa de decirle, entonces mantuvo su mirada con una repentina corazonada.

—Yo lo compraré —afirmó seguro y firme manteniendo la mirada de Cal.

La sonrisa de Cal se extendió por su cara, eso era justo lo que había planeado. Solo había necesitado esos dos meses para saber que Michael era el indicado: continuaría con el negocio y también cuidaría de Sarah.

—¿Estás seguro?

La respuesta de Michael fue firme. Estaba completamente seguro de que viviría en Desert Island, y no lo haría solo, compartiría su vida con Sarah, solo quedaba que ella perdonase su pequeña estupidez.

Esa semana comenzaba de una forma extraña, Michael lo sabía, aunque claro, su vida había dado un giro enorme desde que había llegado a la isla. Por primera vez sentía libre, sí, se lo recordaba una y otra vez mentalmente. Disfrutaba montando en su moto, disfrutaba usando la tabla de surf de Cal, disfrutaba dibujando en su buhardilla y hasta disfrutaba sirviendo mesas a gente que no conocía. Aunque al principio le miraban con recelo, pronto había comenzado a recibir sus sonrisas e incluso alguna propina. Sabía que era normal levantar suspicacias en un pueblo pequeño y no se había preocupado al escuchar cómo murmuraban cuando se suponía que él no escuchaba. También había descubierto que algunos de ellos lo trataban con más amabilidad, por regla general eran mujeres de más edad. No tenía la esperanza de ser

aceptado en esa pequeña comunidad con facilidad, pero se había dado cuenta de que si bien al principio sus planes eran pasar desapercibido y no relacionarse con nadie, había por fin encontrado su lugar junto al mar.

A veces observaba cómo aquella gente conversaba comiendo y se preguntaba sobre qué hablarían. Tal vez de su día de trabajo, de las facturas por pagar, de los planes para el verano, de su última disputa familiar o de la película que habían visto la noche anterior. Sí, seguro que tenían conversaciones normales.

Michael solía sentarse a comer y a cenar en compañía de Cal, y los fines de semana de Sarah, pero casi siempre estaba solo. Además Cal no era demasiado hablador, como había comprobado desde el primer día. El resultado era que comenzaba a sentirse solo. Peor aún, sentía envidia de aquellas gentes.

Los recuerdos de su abuelo habían vuelto insistentemente a su cabeza esas noches, como si él de alguna forma lo acompañase en esa loca aventura que había emprendido. ¿Le animaría a seguir allí o a mudarse de nuevo y buscar un lugar más al norte? ¿Sería ese destino igual a aquel pueblo que su abuelo solía rememorar en sus historias?

Michael miró cómo las olas rompían una y otra vez contra la orilla. Llevaba mucho tiempo sentado en la playa. Había salido a hacer surf pero el viento era racheado y era demasiado peligroso aventurarse con la tabla. Aún así no quería regresar, aunque se estaba congelando allí sobre la arena, empapado por las gotas que venían contra su cara y le llenaban de ese sabor a sal. Desde que había llegado al pueblo no se había cortado el pelo, así que ahora sus rizos estaban largos y mojados sobre su frente, goteando en sus ojos.

Estaba deseando que llegase el viernes para poder ver a Sarah. Había hecho un montón de planes en su cabeza para disculparse, que iban desde comprarle flores a llevarla a pasear o invitarla a ese paseo en moto que no habían dado aún. Ahora el tiempo empeoraba y ya era jueves, así que sus opciones se veían reducidas.

¿Dejaría ella que volviese a besarla? Todavía recordaba ese momento en el que había sentido el cálido cuerpo de ella acercarse, y cómo sus ojos se habían cruzado mientras la distancia entre ellos se acortaba más y más. Aún seguía tratando de plasmar en un papel el brillo de esa mirada justo antes de que probara por primera vez sus labios.

Cuando el cielo comenzó a oscurecerse con las nubes de otra tormenta decidió regresar al hotel. Antes de entrar en el garaje para guardar la tabla, vio a Cal apoyado en la entrada, en pie, con cara de pocos amigos.

—¿Has salido a hacer surf?

—Sí —contestó, caminando más deprisa hasta entrar en el garaje. Cuando volvió a salir allí continuaba Cal y su expresión no había mejorado.

—Si vuelves a salir con mal tiempo no volverás a tocar mi tabla.

Michael trató de pasar al interior del hotel pero Cal lo detuvo sujetando su brazo.

—¿Lo has entendido?

—No te preocupes por tu tabla, me compraré otra si tienes miedo de que se rompa.

—Chico —Cal tenía los labios apretados mientras le miraba—, ten cuidado.

No supo por qué, pero Michael creyó que había a partes iguales una amenaza y preocupación en esas palabras. Extraña mezcla, pensó, pero no contestó, esta vez se contuvo y continuó su camino para darse una ducha caliente. Era increíble que hiciera tanto frío estando tan avanzado el año, pero claro, estaba mucho más al norte que Boston.

Bajó corriendo las escaleras cuando comprobó que la hora de servir las cenas había comenzado hacía casi media hora. Por suerte entre semana no había demasiados clientes a esas horas, así que Cal no pareció molesto aunque recibió otra mirada todavía enfadada cuando entró en la cocina y se puso el delantal.

El joven respiró mucho más tranquilo cuando pudo regresar a su habitación y meterse en la cama. Seguía helado, no había conseguido calentarse ni con la sopa de pescado que esa noche había para cenar.

\*\*\*\*\*

—¿No está Michael esta noche?

Sarah echó un vistazo dentro de la cocina para comprobar que su compañero de trabajo tampoco estaba allí. Había estado toda la semana pensando en lo que sucedería el viernes cuando volviera a verle. También había intentado imaginar qué le diría ella, si estaría enfadada o se comportaría con desdén o mejor aún, como si hubiera olvidado el incidente.

—No ha bajado aún. Lleva todo el día encerrado ahí arriba.

—Mejor, así no tengo que verlo —contestó ella con medida indiferencia.

—¿Todavía estás enfadada? —Cal puso un refresco de cola y un pequeño bocadillo frente a ella y se sentó en la mesa a su lado.

—No —contestó—. Pensé que igual le habías despedido.

—¿Quieres que lo haga? —preguntó fingiendo sorpresa.

—Claro que no. Que a mí no me guste no es razón para que pierda el trabajo —se apresuró a contestar fingiendo un tono mucho más dulce del habitual en ella.

—Creí que lo hacía —él decidió continuar retándola, conocía bien los trucos de Sarah, no en vano llevaban juntos casi una década.

—¿Hacer qué? —Sarah dio un mordisco a su bocadillo, estaba hambrienta esa noche.

—Gustarte.

Sarah bebió un trago de su vaso y miró a Cal con fastidio.

—¿Eso crees? ¿Que me gusta?

—Sí. Creo que te gusta. Y tú le gustas a él —aseguró Cal sin quitarle los ojos de encima.

—Pues vaya forma de demostrarlo, ligando con otra chica en mis narices y siendo grosero conmigo —dijo, y al recordar a aquella joven rubia todavía apretó los labios enfadada.

—Así que estás celosa —una risita burlona se escapó de los labios de Cal.

—No estoy celosa, te he dicho que no me gusta.

—Sarah... —Cal dejó salir el aire lentamente y volvió a mirar a la joven con esa mezcla de ternura y cariño habitual—, es un buen chico, créeme. Dale otra oportunidad.

—¿Crees que se lo merece?

—Sí, se lo merece, pero sobre todo te lo mereces tú —afirmó Cal, esperando que ella cediera un poco y no fuese tan combativa con el muchacho.

—La otra noche me besó —confesó Sarah bajando la voz y mirando su bocadillo. Cal esperó en silencio, no tenía nada que objetar a un beso—. Me gusta.



Él era lo más parecido a una familia que ella tenía, lo sabía, y la sentía como si fuera una hija en su corazón. Una pequeña sonrisa asomó a sus labios mientras Sarah levantaba los ojos y le miraba como si hubiera confesado un terrible secreto.

—Hoy no hay clientes, si viene alguien y necesito ayuda te avisaré —le dijo, guiñando un ojo para animarla.

—¿Crees que debo ir yo? —preguntó, sin decidirse a ser la primera en dar el siguiente paso.

—Llévale un poco de sopa de verduras y algo de fruta. Esta mañana no tenía buen aspecto. Ayer salió a la playa con tormenta. —Cal no pensaba que fuera importante cuál de los dos daba el primer paso, lo que de verdad contaba era que arreglaran ese enfado.

—Qué estúpido —repuso Sarah negando con la cabeza.

—Tal vez necesitaba pensar, ya sabes —añadió, encogiéndose de hombros.

—Se puede pensar dentro de casa calentito, Cal —el tono de la joven todavía era enfadado, pero ya comenzaba a suavizarse y los dos lo sabían.

—No todos pueden, Sarah. Algunos de nosotros necesitamos sentirnos libres para poder poner en orden nuestros pensamientos.

La revelación íntima de Cal sorprendió a Sarah, que se acercó a dejar un suave beso en su mejilla.

—Gracias.

—No las des. Necesito a mis dos camareros sanos y en forma —bromeó, levantándose de la mesa.

Unos minutos más tarde la joven subía las escaleras llevando en una bandeja la cena de Michael, mientras planeaba cómo iba a conseguir que él se disculpara primero.

Tuvo que llamar varias veces hasta que por fin la puerta se abrió, y entonces confirmó las sospechas de Cal. El aspecto de Michael era terrible. Tenía el pelo alborotado y algo húmedo, los ojos vidriosos y la piel pálida. La dejó pasar sin decir ni una palabra y ella puso la bandeja sobre la mesa después de retirar unos papeles.

—¿Cómo te encuentras? —preguntó mientras adelantaba la mano para tocar la frente del joven—. Tienes fiebre, Michael. ¿Has tomado algo?

—No. Estaba acostado. —Michael contestó intentando hablar con claridad, aunque estaba confuso. Parecía que había estado durmiendo horas pero no había descansado nada.

—Vuelve a la cama. Voy a mirar si hay aspirinas en el baño.

Cuando Sarah regresó después de encontrar en el botiquín del baño lo que buscaba, se encontró con Michael metido en la cama, estaba hecho un ovillo y tapado hasta las orejas con el edredón.

—Michael, te he traído algo de cena. Toma un poco de sopa y te encontrarás mejor.

Él se quejó un poco como única respuesta y Sarah cogió la silla para sentarse a su lado.

—Vamos, solo un poco —con cuidado, bajó la ropa que le cubría y le obligó a moverse hasta estar un poco incorporado—, yo te ayudo.

Michael hacía mucho tiempo que no estaba enfermo, de hecho no podía recordar la última vez. Le dolían las piernas y los brazos y un terrible dolor de cabeza palpataba en sus sienes. Sabía que era gripe, resultado de su idea de pasar horas mojado en la playa la tarde anterior. Todo eso lo pensaba dentro de una especie de nebulosa llena de agudas punzadas que no le dejaban descansar. La presencia de Sarah le pareció irreal, pero la sopa olía bien y estaba caliente, así que dejó que ella lo alimentase sin quejarse y tomó el medicamento con agua como le indicó, antes de volver a meterse dentro de la cama. Tenía frío, por más que se tapaba no conseguía entrar en calor, aunque la sopa había ayudado un poco. El sueño se coló despacio en sus ojos, un sueño inquieto que de vez en cuando parecía querer abandonarlo; entonces allí estaba Sarah, aunque a veces creía que era parte del sueño. Ella acariciaba su frente y en algún momento de la noche se tumbó a su lado y le abrazó haciéndole sentir su calor.

La luz de la mañana le despertó como cada día, muy temprano. Aunque el cielo estaba nublado el amanecer no daba tregua y él seguía sin tener cortinas.

Miró a su lado casi de inmediato y sonrió al comprobar que ella estaba allí, que era cierto. Había pasado la noche a su lado.

Las sienes ya no le palpitan y podía tragar un poco mejor, la fiebre debía de haber bajado durante la noche.

Cuando ella abrió los ojos él todavía estaba observándola, disfrutando de ese pequeño instante robado en que sabía que pertenecería a sus sueños, porque aún no había despertado del todo. Entonces, sin pensarlo, se acercó y la besó.

—Buenos días —Sarah sonrió cuando sus labios se acariciaron y posó la mano sobre la frente de Michael—. Parece que te encuentras mejor.

—Sí, creo que ya no tengo fiebre —susurró Michael mientras esbozaba una sonrisa.

Sarah alcanzó de la mesita un termómetro digital y se lo tendió.

—Veamos si eso es cierto.

Michael se sintió un poco incómodo, pero aceptó sin rechistar.

—Gracias por estar aquí —dijo mientras, obediente, se ponía el termómetro bajo el brazo.

—Fue idea de Cal. Me mandó traerte la cena. Vino antes de acostarse para comprobar que estabas bien —explicó Sarah, quitando importancia al hecho de haberse quedado a cuidar de él. Había sido una noche un poco extraña. Él se había despertado varias veces murmurando cosas sobre el mar y el bosque, también hablaba con alguien llamado Jack y luego volvía a dormir. Cuando por fin la fiebre desapareció, ella estaba agotada y tenía miedo de dejarlo solo, así que rebuscó para ponerse una camiseta de él y se metió en la cama a su lado, esperando que Michael no se diera cuenta de que se había desnudado. Pero ahora estaba despierto, y ella seguía sin pantalones.

El pitido del termómetro llegó a rescatarla de sus pensamientos y Michael se lo enseñó triunfal.

—Treinta y siete. Eso no es fiebre ¿verdad?

—No, ¿te encuentras bien?

—Como si me hubieran arrastrado las olas durante varios kilómetros —bromeó él, y se dejó caer otra vez en la cama—. Me duelen los brazos, pero la cabeza no.

—Es una estupidez ir a la playa lloviendo. Además de peligroso —le regañó Sarah, todavía preocupada por su evidente desnudez bajo las sábanas.

—No fui a hacer surf —explicó Michael—, el mar estaba demasiado picado y llovía.

—¿Entonces? ¿Qué hiciste? —preguntó, recordando las palabras de Cal sobre la libertad.

Michael suspiró. No pensaba que ella entendiera su necesidad de estar solo.

—Creo que tengo que darme una ducha —expuso dejándose caer sobre la almohada otra vez.

—Sí, seguro que te viene bien.

Michael salió de la cama y reparó en la ropa de ella sobre la silla, pero prefirió fingir que no se había dado cuenta de nada. Se metió en el baño y al mirarse en el espejo vio que tenía de verdad mal aspecto: ojeras, palidez y pelo sucio. Pero a ella le había dado igual, se había quedado toda la noche con él y no se había quejado cuando la había besado.

Mucho más animado se metió bajo la ducha y dejó que el agua arrastrase los restos de la fiebre de su cuerpo. La gripe hacía que le dolieran los músculos y se sintiera algo débil, pero solo pensaba en Sarah y en cómo había sentido su cuerpo cerca por la noche. Ahora que sabía que era verdad, que no había sido un sueño fruto de la fiebre, trató de recordar cada momento con ella. Se sintió extraño. Una calidez desconocida hasta ese momento llenó su corazón y pareció extenderse por su cuerpo.

ganando el lugar a la gripe. Quizá la enfermedad le hacía sentir cosas raras, o quizá no se atrevía a poner en palabras lo que ahora sabía que sentía por ella.

Michael salió del cuarto de baño cubierto por un albornoz y fue directo a la vieja cómoda donde guardaba la poca ropa que tenía. Cogió unos bóxer y unos vaqueros y regresó al baño para salir un poco más decentemente vestido. Cuando regresó para rebuscar una camiseta en el cajón, aprovechó para preguntar a Sarah.

—¿Te apetece desayunar? Podemos bajar a tomar un café antes de que lleguen los primeros clientes.

Ella no respondió y Michael se dio la vuelta pensando que quizá se había marchado. Estaba arropada dando la espalda a la ventana por la que se colaba la luz. Se acercó sigiloso y se sentó en la cama a su lado. Era preciosa. El cabello negro corto estaba desordenado sobre su frente y no podía ver sus ojos negros ahora cerrados, pero era preciosa; más que saberlo, lo sentía en su corazón. Pasó los dedos retirando algún mechón y ella se removió inquieta y abrió los ojos.

—Michael —dijo saliendo del sueño que acababa de hacerla caer rendida después de haber pasado casi toda la noche en vela cuidando de él.

—Sí, aquí estoy.

Él se acercó un poco más, atraído de forma irremediable por ella. La mirada de Sarah le dijo todo lo que necesitaba saber antes de regresar a sus labios. Esta vez no fue un beso ligero y fugaz, esta vez el beso se convirtió en la única forma de aplacar su hambre, una que no sabía que sentía. De golpe necesitó saborearla, sentir su respiración mezclarse con la suya, escuchar cómo se trababa el ritmo de su corazón. Estaba abrazándola, separados por el edredón que todavía la cubría, mientras él enredaba sus dedos en los mechones de su cabello y trazaba un camino de besos por su cuello. Sarah dejó escapar un suspiro cuando Michael besó la piel hasta su hombro. Podía sentir su cuerpo fuerte acercándose a ella tanto como la ropa les permitía y decidió que quería sentir su piel y no aquel edredón de cuadros que los había protegido durante la noche.

Michael entró dentro de la cama a su lado, se detuvo a observarla unos segundos y ambos sintieron el calor crecer a su alrededor. Tal vez más tarde él diría que había sido culpa de la fiebre o ella trataría de no hablar de lo que estaba a punto de suceder, pero en ese momento solo querían abrazarse, tocarse y sentirse muy cerca, tanto que cuando se levantaran de aquella cama el aroma de su piel se confundiera.

Sarah acarició la espalda desnuda de él mientras Michael perdía sus manos bajando por el costado de ella hasta llegar al borde de la camiseta para levantarla. Ninguno de los dos había planeado aquello, tampoco lo habían decidido, solo sucedía sin más. Sus cuerpos se atraían, sus respiraciones se acompañaban con los besos y cuando por fin se deshicieron del resto de la ropa ninguno sintió el frío de la mañana. Sarah descubrió la piel suave del pecho de él, sus músculos delgados pero fuertes que se tensaban al paso de sus dedos; pero él no fue paciente, sentía que si ese momento pasaba se le escaparía entre los dedos la oportunidad de tenerla. Rebuscó con prisas entre su bolsa de equipaje olvidada bajo la cama hasta que encontró un preservativo y regresó a su lado. Ella no dijo nada, no se atrevía a pensar, decidió que era mejor disfrutar de sus caricias, sus besos, y le rodeó con las piernas mientras se aferraba a su cuello mirando el acero de sus ojos que ahora parecían rugir como una tormenta.

Poco a poco, cuando sus respiraciones se calmaron, Michael la observó, distraído por el subir y bajar de su pecho al respirar, y regresó a besar su cuello.

—¿Tienes frío? —preguntó al sentir cómo su piel se erizaba. Subió el edredón sobre ambos y se tumbó junto a ella—. ¿Quieres dormir?

Ella estaba allí, en silencio a su lado, y Michael se moría por saber qué sentía en aquel momento. Para él había sido muy diferente a otras ocasiones en que había estado con una mujer, y estaba seguro que la gripe no tenía nada que ver. Había sido como si se sintiese arrastrado hacia ella de la misma forma que la luna provoca las mareas. El corazón todavía golpeaba con fuerza en su pecho y cerró los ojos un segundo al sentir una punzada en la cabeza recordándole que estaba enfermo.

Sarah se encontraba tratando de ordenar sus ideas para entender qué había pasado. Ella no solía estar con hombres, su experiencia en ese campo era mínima. No le gustaba demasiado el contacto físico, ni tampoco la intimidad de estar desnuda junto a otra persona. Claro que Michael había estado en todo momento sobre ella sin posibilidad de tocar o ver su espalda.

—¿Puedes... darte la vuelta?

La pregunta fue como un mazado para Michael y le hizo regresar a la realidad de golpe.

—Sí, claro —contestó en voz baja. Si había esperado que ella hubiera sentido algo parecido, ahora se daba cuenta de que estaba equivocado, completamente equivocado. Lo único que Sarah quería en aquel momento era salir de su cama, al parecer.

Tan rápido como pudo ella se cubrió de nuevo con la camiseta y buscó sus braguitas entre las sábanas antes de poder enfrentarse a él.

—Gracias —dijo regresando a su lado en la cama. Michael se dio la vuelta, su expresión era toda confusión—. Lo siento, yo... —entonces sucedió, Sarah se dio cuenta de que era la primera vez en su vida que quería explicar a alguien cómo se sentía, la primera vez que quería quitarse aquella maldita camiseta y estar al lado de otra persona sintiendo su cuerpo, sin miedo ni vergüenza.

—No quería hacerte sentir mal, Sarah —se apresuró a disculparse, con un torrente de palabras y sentimientos luchando por salir de su pecho—, ha sido... al verte aquí, durmiendo, estabas tan cerca, y... me gustas, Sarah.

Como única respuesta ella se acercó y apoyó la cabeza en su pecho, haciendo que Michael se sintiera todavía más confuso.

—También me gustas, Michael, pero hay cosas difíciles para mí.

Hablaba en voz tan baja que apenas podía escucharla, pero se dio cuenta de cuánto quería abrazarla, así que lo hizo, la atrapó entre sus brazos y respiró el aroma de su cabello sin soltarla.

Ninguno de los dos dijo nada más, solo disfrutaron de ese pequeño momento de intimidad. Michael se sentía terriblemente confuso, no sabía qué era lo que preocupaba a Sarah y no podía evitar pensar que había algo que él había hecho mal, algo que quizá la había herido. Entonces recordó el altercado de la semana anterior.

—Sarah, siento lo del otro día. No pienso nada de lo que dije, de verdad, solo estaba enfadado —explicó en voz baja.

—No quiero hablar de eso. No ahora. Solo quiero estar aquí.

Él la estrechó un poco más fuerte y besó su cabeza enredando sus piernas con las menudas de ella.

—Está bien. Estar aquí es perfecto —repuso.

Un par de golpes fuertes en la puerta les sobresaltaron.

—Cal —fue lo único que dijo Sarah.

Michael salió de la cama rápido y se puso los pantalones y la camiseta a todo correr para abrir la puerta. Por supuesto era su jefe el que había llamado.

—Veo que te encuentras mejor —dijo cuando vio a Michael abrir la puerta.

—Sí, ya no tengo fiebre —contestó nervioso.

—Café y unos donuts. También una jarra de zumo. —Cal enumeró lo que llevaba en la bandeja antes de que Michael la cogiera—. ¿Está Sarah?

—Sí, está dormida —mintió Michael, por lo poco que sabía de la relación de Cal con Sarah sabía que ella era como una hija para él, y pensar que estaba en su cama, o más bien pensar lo que acababa de suceder en aquella cama, le hacía sentir nervioso.

—Descansad hoy. Yo me ocupo de todo.

—Bajaré en cuanto desayune —se apresuró a decir Michael.

—Pondré un cartel avisando de que cerramos el fin de semana. Ya es hora de que tenga unas vacaciones —dijo Cal, mientras decidía si debía enfadarse con Michael

por lo que obviamente debía haber pasado en aquella habitación o debía alegrarse por Sarah. Decidió que era mejor pensarlo y esperar a hablar con ella antes de precipitarse.

—Voy a salir a pescar. Las nubes parece que están alejándose y han dicho que habrá sol desde media mañana. Si necesitáis algo, Sarah sabe mi número.

Michael vio cómo Cal se marchaba escaleras abajo y se sintió agradecido por su forma de aceptar que él y Sarah estuvieran juntos, porque estaba seguro de que Cal lo sabía, nunca se le escapaba ni un detalle, aunque pareciese siempre tan ocupado en su propio mundo.

Cerró la puerta y llevó la bandeja a la cama.

—Cal nos ha traído el desayuno.

Michael fue al botiquín del cuarto de baño y regresó con otra aspirina. Aunque todavía no se encontraba bien lo que más le preocupaba en aquel momento era Sarah. Ella sirvió el café poniendo la bandeja sobre la cama de forma que cada uno podían sentarse a un lado y tomar su desayuno. Michael no dejaba de mirar a Sarah a hurtadillas. Tal vez era aquella luz que se colaba por la mañana, o tal vez que todavía resonaban en sus oídos los suaves sonidos de ella hacía unos minutos, pero lo cierto es que estaba hermosa. Era sencilla y menuda, no tenía ningún rasgo llamativo, sí un precioso pelo negro y unos labios sonrojados, pero no era una mujer llamativa. Sonrió pensando que para él lo era, para él era algo así como haber encontrado su particular estrella en aquel lugar perdido junto al mar.

—¿De qué te ríes?

—Pensaba en ti —contestó con franqueza, y le quitó un trozo de donut antes de que ella se lo metiera a la boca.

Sarah se quedó sin palabras y miró la cautivadora sonrisa que lucía Michael.

—Creo que mi destino era terminar en este pueblo y conocerte —sabía bien que sonaba como un loco pero aun así continuó—. ¿Qué has pensando hacer el fin de semana?

—Trabajar, pero ahora parece que tengo el día libre —contestó la joven encogiendo los hombros.

—¿Quieres que salgamos a la playa? Podemos hacer un picnic. Algo sencillo. Echo de menos salir con la tabla —propuso Michael.

—Michael... yo no voy a la playa.

La negativa de ella lo dejó en silencio durante unos segundos.

—No me gusta la playa —insistió ella, deseando zanjar la cuestión.

—A mí me encanta —dijo Michael, confuso.

—Ve tranquilo. Tengo un montón de cosas que hacer en casa. No pasa nada, Michael.

—Quiero ir contigo, Sarah —repuso Michael.

Ella dejó el aire salir despacio tratando de no enfadarse. Este era uno de esos puntos que no quería discutir.

—Quiero ir contigo, bañarnos, tomar el sol... y hacer un picnic. Podemos coger la moto y buscar un lugar poco transitado.

—Michael... de verdad... —intentó buscar las palabras para explicarle.

—Di que sí —insistió él, sin poder entender por qué ella no quería pasar el día con él en la playa.

Ella agachó la mirada para poder evitar sus ojos. No quería que el viera lo que sentía en esos momentos.

—Sarah, mírame —hizo que ella levantara la vista empujando con suavidad su barbilla hacia arriba con su dedo índice.

—Ni siquiera tengo traje de baño —confesó ella casi en un susurro.

—Eso no es problema, al menos para mí. —Michael le guiñó su ojo y puso una sonrisa traviesa—. Puedes comprar uno en cualquiera de las tiendas del pueblo.

—Michael...

—Sarah... —él bajó su tono de voz al decir su nombre—. Te quiero.

Lo imprevisto de esa declaración dejó sin palabras a la joven, que lo miró entre sorprendida e incrédula. El propio Michael no había planeado decir algo así, aunque ahora que lo había dicho le parecía lo más normal. Era lo que sentía, lo sabía, así que no había motivo para callarlo.

Ella tomó un poco de café y decidió que había llegado el momento de hablar con él, era ahora o nunca. Esta era la primera vez que sentía aquel aleteo en el corazón, como si dentro revolotearan mariposas, como solía decirse de los enamorados.

—Hay una razón por la que no voy a la playa, Michael —comenzó—. Hace años sucedió algo. —Mientras continuaba hablando le miraba a los ojos esperando ver su reacción. No se lo había contado personalmente a muchas personas y hacía mucho tiempo que no lo recordaba—. Hace mucho tiempo un hombre me agredió.

Michael la miró en silencio, todavía sin entender.

—El caso es que sucedió hace mucho —continuó ella, con un tono de voz estudiadamente neutro—. Esa es la razón por la que llevo el pelo corto. Él me sujetó la cabeza tirando de mi cabello para que yo no pudiera escapar.

Michael estaba allí escuchándola sin atreverse a hacer ninguna pregunta, pero con la cabeza llena de interrogantes.

—Era el novio de mi madre. —Sarah hablaba mientras seguía desayunando, pasados los primeros momentos en los que agradeció que la expresión de él no fue de pena—. Peleé todo lo que pude. Estábamos en la cocina y él me sujetó tirando de mi pelo. Le golpeé con una sartén y traté de salir por la puerta al jardín, entonces me echó la sopa hirviendo por la espalda.

Era un resumen muy breve, tampoco quería contar demasiados detalles, con eso era suficiente. Él seguía allí, no había continuado su desayuno y estaba observándola. Sarah tomó su vaso de zumo y cuando el silencio entre los dos se hizo demasiado incómodo, decidió que era mejor levantarse.

La puerta del cuarto de baño se cerró y Michael escuchó cómo comenzaba a correr el agua de la ducha. No había sabido qué decir. Tenía miedo de equivocarse. ¿Qué se le decía a alguien que había sufrido algo así de pequeña? No tenía ni idea.

Se tomó el café y la aspirina de forma automática y dejó la bandeja sobre la mesa. Allí estaban sus dibujos amontonados y con varios lápices a medio gastar por la mesa. Había tratado de reflejar el brillo de los ojos oscuros de Sarah, su cabello y hasta sus manos. Tal vez ella había visto esos dibujos, no podía saberlo.

Odió que ella hubiera tenido que recordar todo aquello. Ni siquiera era necesario que se lo contara. ¿Por qué lo había hecho? Entonces vinieron a su cabeza un par de cosas y lo comprendió. Esa era la razón por la que Sarah se había puesto la camiseta tan rápido y no había querido que él la viera.

Dio unos pasos por la buhardilla y miró por la ventana el cielo. Como había pronosticado Cal, las nubes estaban retirándose y el azul ya cubría gran parte.

El agua de la ducha dejó de sonar y Michael fue decidido al cuarto de baño. Tocó con los nudillos la puerta antes de entrar y encontrarse a Sarah envuelta en una toalla.

—¿Puedo pasar? —preguntó mientras entraba en el baño junto a ella.

Ella tragó y bajó la vista al suelo. Michael deshizo la distancia que los separaba despacio, no quería asustarla, estaba decidido a salir de allí si ella mostraba cualquier signo de incomodidad. Pasó sus manos por los brazos de la chica, tenía la piel algo húmeda, y la ayudó a levantar su rostro para besarla.

—No sé qué decir, Sarah—confesó—. Gracias por contármelo.

Los ojos de ella eran tristes mientras él le sonreía.

—¿Puedo ayudarte a secarte? —No esperó a que ella contestara. Moviéndose con cuidado se puso a su espalda y frotó su piel, con las manos sobre la toalla. Entonces la descubrió un poco. La respiración de ella pareció detenerse de golpe y Michael la rodeó con sus brazos.

—No te escondas de mí, por favor. No te escondas —susurró sin soltarla, con las emociones brotando de su corazón sin orden, superado por todo aquello que ella le hacía sentir—. No sé si esto que tenemos es solo un sueño, no sé si durará o si dejaré de verte mañana, pero mientras estemos juntos por favor no te escondas.

Besó su nuca mirando la piel con aquellas cicatrices, se atrevió a pasar la yema de sus dedos en una caricia, pero al ver la rigidez del cuerpo de ella desistió.

—Ahora sé lo que estaba buscando —giró a Sarah entre sus brazos para besarla, dulce y pausado, hasta que ella se retiró buscando respirar—. ¿Qué te gustaría hacer hoy? Tenemos libre todo el fin de semana, ya oíste a Cal —dejó otro beso en sus labios antes de soltarla—. Piénsalo ¿de acuerdo?

Salió del baño dejándola de nuevo sola y aprovechó para recoger el cuarto y dejarlo más adecentado.

Sentía una extraña mezcla de vitalidad y nerviosismo junto con los síntomas de la gripe y no podía mantenerse quieto. Hasta que vio a su preciosa compañera salir del baño ya vestida con aquellos ojos oscuros retadores que tanto le gustaban.

—Vamos a la ciudad. Tengo que comprarme ropa —anunció ella.

—¿Me quieres llevar de compras? —preguntó divertido Michael.

—Sí, no te importa, ¿verdad? —Sarah se encogió de hombros y le miró con esos ojos oscuros que a él solo le hacían desear besarla otra vez.

## Capítulo 12

Si alguien de su pasado pudiera verlo ahora, seguro que no podría reconocerlo. En tan solo unos meses Michael había cambiado por completo. Cal los vio salir del garaje, él cargaba varias bolsas en una mano y pasaba la otra sobre el hombro de Sarah acercándola contra su cuerpo. Caminaban acompañados, de la forma en que lo hacen los enamorados, mirándose cada pocas palabras, sonriendo, con esa cadencia que desvela que el ritmo de sus pasos lo manda el corazón. Había cambiado mucho y él se alegraba. No quedaba casi nada de aquel joven taciturno, callado y gris. Tenía mejor aspecto pese a estar con gripe y sonreía a la vida. Deseaba de corazón que aquello durase suficiente, pero tenía miedos fundados. Esa mañana había recibido una llamada que abría la puerta al pasado, una de esas llamadas que en las películas de terror vienen acompañadas de música tenebrosa. Era el preludio de una gran tormenta y Cal lo sabía, por eso estaba preocupado por ellos.

—¿Qué tal ha ido tu día? —Sarah se acercó a dar un cariñoso beso en la mejilla a Cal antes de sentarse a su lado—. No pareces muy animado, ¿no ha habido suerte con los peces?

—Me hago mayor —contestó Cal mirando cómo Michael tomaba asiento discretamente, tratando de disimular las bolsas que llevaban—. Olvidé llenar de gasolina el depósito de la barca y tuve que regresar.

Sarah se echó a reír imaginándose volver refunfuñando y algo avergonzado.

—¿Qué habéis hecho vosotros? ¿Estás mejor?

—Me encuentro mejor, no tengo fiebre —contestó Michael.

—Y como pago a sus cuidados de enfermera te ha llevado de compras... ya veo...

El joven se mostraba algo incómodo y Cal pensaba que era divertido ver cómo trataba de disimular frente a él que había pasado la noche con Sarah, porque estaba seguro de que entre ellos había sucedido algo, conocía lo suficiente a esa chica para reconocer cuándo su sonrisa era por algo más que por haberse comprado un jersey nuevo. Eso lo hacía todo más difícil. Esa llamada no solo iba a suponer un contratiempo para Michael ahora. Pero no tenía elección.

—Han llamado preguntando por ti.

El silencio fue la única respuesta de Michael y Cal se vio obligado a continuar.

—Han dicho que volverán a llamar esta noche.

Sarah los miró a ambos sin entender demasiado qué estaba sucediendo allí. Pensó que lo mejor era que ella los dejara solos unos minutos, así que con la excusa de ir a preparar algo de cenar se levantó.

Michael seguía callado, su sonrisa había desaparecido y sus ojos grises parecían haber perdido el brillo, como si estuviera también anocheciendo en ellos.

—Saben que estás aquí —comenzó Cal.

—Lo sé, no he pretendido esconderme, aunque pensé que ya no tratarían de ponerse en contacto conmigo —el tono de voz del joven era monocorde, parecía repentinamente abatido y Cal no sabía qué hacer para ayudarlo—. ¿Han dicho algo más?

—No, solo que llamarían por la noche.

—Bien, no te preocupes, no es que sea un delincuente o algo así —explicó Michael, aunque lo que intentó que fuera una broma no sonó a eso en absoluto.

—¡No me digas! ¿No estoy escondiendo a un prófugo? —Cal trató de usar el sarcasmo para acceder a él, pero fracasó en el intento.

Michael se levantó, le costaba permanecer quieto, sentía unas ganas terribles de gritar y maldecir, incluso de romper alguna cosa, pero lo único que podía hacer era quedarse allí, mirando al frente apoyado en la barandilla de madera, que ni siquiera se molestó en crujir para quejarse de su agarre.

—Mi familia es un poco difícil ¿sabes? —comenzó, pensaba que debía una explicación al hombre que le había acogido y dado trabajo durante esos meses sin ninguna explicación a cambio.

—¿Cuál no lo es? —repuso Cal, dejándole su tiempo y su espacio para volver a hablar.

—Sí, supongo que todas son difíciles. Bueno, lo mejor será esperar a saber qué es lo que quieren.

—Tal vez visitarte por Navidad.

La carcajada de Michael fue espontánea e imprevista.

—Michael, lo he dicho en serio. Si puedo ayudarte, aquí estoy —se levantó para ir a su lado y puso su mano sobre el hombro del joven—. Me caes bien. Además hacía mucho tiempo que no veía a Sarah tan feliz.

—¿De verdad? —hablar de ella hizo que él se animara un poco.

—De verdad —aseguró Cal.

—Me ha contado algunas cosas. Ahora entiendo mejor su forma de ser. Ha tenido una vida dura —explicó, intentando que Cal comprendiera que ella era importante para él.

—Sí, no ha sido fácil para ella. Pero es una luchadora.

—Debo parecer un idiota a su lado.

—Cada uno tiene sus problemas. Los de ella han dejado huella en su piel. Hay otros que dejan huellas invisibles pero igual de difíciles de borrar.

Michael se sumió en un mutismo que Cal respetó. Estando a su lado, hombro contra hombro, podía sentir con claridad esa forma que tenía de contener sus emociones. Así que decidió hablar, sabía que tarde o temprano tendría que hacerlo y este momento era igual de bueno que cualquier otro.

—Una vez conocí a un hombre —comenzó Cal, manteniendo su vista al frente también—. Era joven. Llevaba dos años saliendo con la chica más guapa del instituto. Todo parecía indicar que se casarían pronto y tendrían una vida feliz. Se marchó del pueblo cuando éramos dos críos, él unos años más joven que yo, no sé por qué eligió este pequeño restaurante para tomarse su último café antes de abandonar de forma definitiva Desert Island. Yo mismo se lo serví; por aquel entonces trabajaba de camarero y todavía no había comprado el negocio —hizo una pausa recordando, todavía tenía la imagen bastante nítida de él—. Sí, ya entonces apuntaba alto. Este pueblo y todos nosotros éramos demasiado poco para él. Se asfixiaba aquí. Tal vez si ella no le hubiera dejado habría aceptado continuar con su vida, pero ella lo abandonó. Le humilló delante de todos al descubrirse que estaba saliendo con el hijo del viejo Rowland desde hacía dos meses. No le quedó más remedio que marcharse, imagino. Vino un par de veces por aquí aún, cada una de ellas conducía un coche más lujoso e iba mejor vestido. No había cambiado demasiado, pero sus ojos se habían vuelto duros, fríos. Hace unos años su padre abandonó el pueblo, creo que murió en algún lugar más al sur. Pero me da que el viejo Jack Warren hubiera preferido morir aquí, pescando, que en una de esas playas tropicales.

El silencio que siguió a su pequeña historia duró unos minutos, hasta que Michael, sin dejar de mirar al frente, habló.

—Así que conocías a mi abuelo.

—Sí —afirmó—, y a tu padre.

—¿Desde cuándo sabes quién soy? —inquirió el joven, aunque en el fondo no estaba extrañado, sabía que la familiaridad con la que Cal le trataba debía tener alguna razón.

—Desde el primer día que apareciste por aquí. Eres su vivo retrato, Michael. Un poco más alto. Y tus ojos. Lo confirmé al ver tu tarjeta de identidad ¿recuerdas?

—¿Por qué no dijiste nada? ¿Por qué nadie me ha dicho nada? —continuó preguntando, tan solo para entender qué pensaban de él ahora que había descubierto que con toda probabilidad todo el pueblo sabía quién era su familia.

—¿Para qué íbamos a hacerlo? Tú viniste aquí, no hablabas mucho. Supusimos que querías estar solo —contestó Can encogiéndose de hombros.

—Así que todos saben quién soy. Eso sí que es una sorpresa —murmuró, entonces un pensamiento le llegó de golpe, había encontrado el lugar del que siempre hablaba su abuelo como si este lo hubiera guiado—. ¿Sabes quién es mi abuelo?

—Sí. Conocí al Señor Warren. Era muy querido aquí. Esa es otra razón para que te hayan aceptado sin decir nada, Michael.

—Sigo sin entender que no dijeras nada, no hicieras preguntas. —Michael dejó caer la cabeza, cansado del peso que ahora volvía a llevar sobre sus hombros. Había creído ser libre y los caprichos del destino le habían guiado hasta el mismo lugar de donde su padre había escapado.

—No es asunto mío, Michael —repuso Cal.

—Dime por qué me has ayudado —insistió él. No podía entender que durante esos meses no le hubieran dicho ni una palabra de su familia.

—No lo sé. Quizá soy un viejo nostálgico, o quizá quise que ese joven regresase. No lo sé. Pero ahora lo que importa es lo que vas a hacer tú. Eso es lo importante.

—Cal le miró de frente y Michael volvió a levantar la cabeza.

—¿Qué le vas a decir a Sarah?

—No lo sé —admitió apesadumbrado—. ¿Crees que querrá venir conmigo?

—¿Vas a regresar?

Michael no respondió a la sencilla pregunta. Una parte de él estaba muy segura de lo que sentía por aquella joven, pero otra parte, una que justo en esos momentos comenzaba a emerger de nuevo en su interior, le decía que era una locura, que todo había sido un sueño pasajero y que debía regresar a la realidad. Su realidad.

Sarah encontró a Michael solo en el porche. La noche había caído y las temperaturas habían bajado, pese a estar comenzando el verano.

—Vamos, tienes gripe ¿recuerdas? —Sujetó la mano de él para llevarlo dentro. No sabía qué habían estado hablando, pero a juzgar por la expresión del joven debía ser algo serio. Había servido la cena en una de las mesas y Cal ya estaba sentado esperando. No era gran cosa, pero suponía que él necesitaría tomar algo caliente, así que había preparado una sopa de verduras.

Aunque trató varias veces de conversar, ninguno de los dos hombres parecía dispuesto a charlar esa noche y ella terminó desistiendo. Fue una cena triste. Michael parecía más perdido que nunca en sus propios pensamientos y Sarah conocía la expresión de Cal que decía «no estoy de humor para bromas». Puso frente a ellos una porción de tarta de manzana y sonrió al ver que al menos eso lo comían con más gusto que la sopa.

—Esta noche voy a quedarme con Michael, por si vuelve a tener fiebre.

—No hace falta, Sarah, ya estoy mucho mejor —dijo Michael. No había nada que le apeteciera más que pasar una noche con ella, pero era consciente de lo que estaba a punto de suceder y no quería herirla.

—No te he preguntado tu opinión —contestó ella, esperando que él hablara un poco más al sentirse provocado.

La risa de Cal se escuchó bajita y ella le dio una patada bajo la mesa.

En ese preciso momento el teléfono sonó y ambos se miraron. Michael se levantó apresurado a responder la llamada, entrando en la pequeña recepción para tener algo más de intimidad. No tardó demasiado en volver a salir, solo un par de minutos. Cuando apareció tenía la piel mucho más pálida y las manos crispadas.

—Mi padre ha sufrido un infarto.

Sarah se quedó inmóvil al escucharle.

—Tengo que volver a casa. Mañana temprano me marcharé.

La joven trató de asimilar en silencio aquella información. Él se iba al día siguiente. Sintió cómo su estómago se encogía, y de repente entendió el silencio que había rodeado la cena, los dos sabían que algo sucedía.

—Es lo que debo hacer —añadió Michael al no escuchar nada por parte de ellos—. Está en el hospital.

—Sí, es tu deber —afirmó Cal, mirando cómo la expresión de Sarah se había tornado triste.

—Voy a hacer el equipaje. Buenas noches.

La despedida rápida y formal de Michael hizo que a ella se le agolparan las lágrimas en los ojos. Había cometido el error de confiar en él. Peor aún, había cometido el error de enamorarse. Ahora él la dejaba atrás.

Michael subió las escaleras de forma mecánica y cuando desapareció de su vista Cal sujetó la mano de Sarah.

—¿Estás bien?

—Sí —mintió, componiendo una sonrisa para él—. Tranquilo, estoy bien.

—Ven aquí.

El viejo tiró de ella hasta atraparla en el hueco de su pecho y rodearla con sus brazos. Sarah no lloró, estaba demasiado angustiada para hacerlo. Lo único que quería era regresar a su casa y dormir. Tal vez a la mañana siguiente habría olvidado todo.

—¿Quieres que te acompañe a casa?

—No hace falta, daré un paseo —contestó Sarah, aunque todavía no se había separado de su abrazo.

—Toda se va a arreglar, Sarah. Él volverá —dijo, deseando que las palabras fueran ciertas, aunque sabía que había pocas probabilidades.

—Sabes que eso no va a suceder. Michael regresa con su familia, a su lugar, donde siempre ha debido estar.

Cal no quiso insistir. Sarah siempre le había parecido una joven inteligente y realista, no quería ahora engañarla con falsas esperanzas. Lo más probable era que al día siguiente perdieran de vista al joven hijo de Paul J. Warren para siempre.

—Tendré que buscar otro camarero. Me hago mayor para trabajar solo —dijo, tratando de arrancarle una sonrisa sin conseguirlo.

Sarah caminó hasta su casa dando un paseo, como había dicho. La noche era despejada y ella se detuvo a mirar el cielo varias veces. No sabía qué pensar o qué sentir. No quería ser injusta y odiar a Michael, aunque eso era lo que quería hacer; él no era culpable de lo sucedido. Tampoco quería resignarse y llorar su marcha. ¿Qué podía hacer entonces? ¿Iba a dejar que se fuera sin más y olvidar lo que había sentido?

Fue una noche de sueños extraños, hacía mucho tiempo que no soñaba con John Carter. A las cuatro de la madrugada decidió que era mejor levantarse y ver algo en la televisión. No dejaba de pensar en Michael, en lo fácil que había sido pasar el día a su lado, en cómo la hacía reír y sentirse bien aunque a veces fuera tan serio y callado.

Pensó también en cómo había sido su vida. Parecía que siempre se veía arrastrada sin remedio, como si todo sucediese demasiado deprisa a su alrededor y ella no pudiese hacer otra cosa que aceptarlo y continuar. Era fuerte, no había tenido otra opción. Había tenido que elegir entre continuar adelante sola y no volver a depender de nadie, o terminar en algún hogar de acogida donde no sería más que otra boca que alimentar. Nunca se había quejado de su destino, odiaba que sintieran pena o compasión por ella. Había trabajado duro, quería pagar como debía la confianza que esos años Cal había depositado en ella. También en la universidad se esforzaba para dar lo mejor, sin perder de vista que tendría que devolver todo el dinero prestado a Cal algún día. No quería defraudarle.

Hasta que había conocido a Michael todo era bastante sencillo para ella. De lunes a viernes iba a estudiar y convivía con sus amigos en el campus, Elly y Noah eran sus únicos confidentes, sus compañeros.

Nunca pensó que nadie llegaría a enturbiar el ordenado esquema de su vida, pero ahí estaba él, con sus ojos grises y el pelo algo alborotado, con esa forma de hablar de chico de ciudad y esos modales refinados que le delataban, aunque él no quisiera reconocerlo.

Había visto sus dibujos sobre la mesa cuando él estaba dormido. Sabía que no estaba bien husmear en las cosas de los demás, pero no pudo evitarlo. Había todo tipo de escenas, aunque sobre todo eran dibujos sobre una casa, el interior, las habitaciones, un jardín y hasta la buhardilla. Luego había descubierto otros muy diferentes: el mar rompiendo contra las rocas cerca de los altos abetos, la espuma enredándose en algunos maderos perdidos, y la imagen de una playa en la noche, apenas un bosquejo.

Sarah había sentido cómo su corazón latía más rápido ahuyentando el miedo y la vergüenza. Parecía un cuento de hadas para chicas, lo sabía, pero había querido crearlo.

Ahora él se iba a marchar y lo perdería para siempre.

Fue en ese momento, al ver romper las primeras luces del día, cuando Sarah tomó una decisión. Nunca había dejado que otros decidieran su vida y esta vez tampoco sería así.

\*\*\*\*\*

Michael metió la ropa en la bolsa de viaje que había dejado guardada bajo la cama. No podía evitar sentir esa presión en el pecho desde que había hablado con su hermano. Había sido Daniel quien llamó para darle la noticia. Su padre había sufrido un infarto el día anterior, estaba en el hospital y el pronóstico era reservado. Escuchar la voz de su hermano pequeño después de tanto tiempo fue extraño. Sentía una mezcla de nostalgia y tristeza, pero también alegría. Ordenó los papeles que había sobre la mesa, pero no pensó llevarse nada. Una parte de él se rebelaba y no quería marcharse. Había decidido cambiar su vida y esto era tan solo un bache, un contratiempo. Pronto podría regresar. Entre las hojas blancas manchadas de carboncillo encontró el detalle de unos ojos, una mirada oscura que parecía perdida en el océano de la noche. Sarah. Parecía tan lejano el amanecer a su lado, esas horas robadas en que habían sido uno, sin preguntas ni miedos, sin dudas. Había sido mucho más que un poco de sexo con una chica, lo sabía. Ella le había abierto su corazón y él, por una vez, no se había quedado alejado, había irrumpido entrando seguro y con paso firme en el momento en que decidió buscarla en el baño y rodearla con sus brazos. Ese instante se había quedado grabado en su memoria: la piel de ella olía a fresca humedad y el cabello estaba mojado, brillante, y había temblado en sus brazos cuando él se había atrevido a entrever sus secretos. No podía abandonarla ahora, no quería hacerlo, pero ¿acaso tenía otra opción?

Pasó toda la noche dando vueltas y necesitó otra aspirina cuando su cabeza se negó a continuar calmada. No solo era la gripe, era el dolor de saber que los muros que había construido para apartar su pasado de su nueva vida ahora se resquebrajaban. Sus recuerdos contaminaban todo a su paso, extendiéndose como la hiedra sobre los ladrillos de una casa soleada, robando la luz y el oxígeno.

No había amanecido aún cuando salió de la cama, se dio una ducha y recogió la habitación antes de bajar para prepararse un café. Quería despedirse de Cal y zanjar las cuentas pendientes que tuvieran, por si su vuelta tardaba demasiado.

Cuando cerró la puerta de la buhardilla sintió la terrible sensación de que allí dejaba una parte de su vida. Encerradas entre esas cuatro paredes se quedaban sus ilusiones y sus esperanzas. Esa era la puerta que daba a su libertad.

Bajó las escaleras y sonrió al escuchar el ruido en la cocina, agradeciendo que Cal se hubiera tomado la molestia de levantarse para preparar el desayuno.

—Buenos días. Aquí tienes el café y unas tostadas. He preparado un poco de fruta y bizcocho para el camino.

Miró a Sarah sin ser capaz de decir nada. Ella estaba allí, le había preparado el café y su sonrisa ya iluminaba la cocina y su corazón.

—Buenos días. No tenías que haberte molestado, Sarah. Es muy temprano.

—No importa. Es mejor salir temprano si queremos llegar antes de comer a Boston.

Michael frunció el ceño.

—¿Queremos?

Sarah salió de la cocina y puso en una mesa la bandeja con los cafés y las tostadas francesas.

—Se va a quedar frío el café. ¿Qué tal has dormido esta noche? —Sarah continuó como si no hubiera escuchado su pregunta, sabía que él no iba a estar de acuerdo.

—Sarah, no me has contestado. —Michael se sentó frente a ella y añadió el azúcar en el café, esperó paciente a que ella contestase mientras lo removía con su cucharilla.

—Sí, queremos —respondió y le miró directamente, sus ojos negros no dejaban lugar a dudas, estaba más que preparada para esta batalla. Michael no sabía si ceder a las tremendas ganas de besarla en ese justo momento o enfadarse como sabía que era su obligación.

—No puedes venir, Sarah —replicó sin levantar la voz.

—Pero vas a ir en coche ¿verdad? Aún estás enfermo para conducir solo.

—Sarah... —Michael dejó salir el aire, apesadumbrado por todo lo que sentía dentro de sí mismo y tenía que callar, como siempre hacía.

—Michael, lo he pensado. Quiero ir contigo. Sé que es una locura, sé que no nos conocemos mucho, pero sé que quiero ir contigo. —Las palabras surgían de sus labios rápidas y veloces, ella lo miraba con un rastro de miedo en sus ojos y puso sus pequeños dedos sobre los de él.

—No es un viaje normal, Sarah. Mi familia no va a estar feliz por recibirme. Tengo que ir solo —explicó, intentando ser lo más cuidadoso posible, porque además en el fondo de su corazón deseaba tanto como ella misma hacer ese viaje juntos. Sería bonito llegar a su casa y presentar a su familia a su novia, ellos sonreirían y se alegrarían de que por fin hubiera regresado y él estaría orgulloso de tenerla a su lado. Pero ni Sarah era su novia ni su familia era de las que se alegran cuando vuelves con una desconocida. No, su familia no era fácil ni su vida era un cuento. No quería herirla, pero ella debía entender que lo que había entre ellos había durado una sola noche. Sarah olvidaría rápido y podría seguir su camino.

El dolor en su corazón pareció campar sin límites y bebió un poco de café para tratar de pasar el trago amargo de lo que sabía que tenía que decir.

—No sigas, Michael —dijo Sarah, como si supiera a la perfección lo que él iba a decirle—. Voy a ir contigo.

En ese momento unos pasos en las escaleras los distrajeron y vieron a Cal aparecer en el restaurante del hotel.

—Buenos días. Ya veo que habéis madrugado —observó Cal mientras se disponía a prepararse un café.

—Sí, es mejor que salgamos temprano —contestó ella a modo de explicación.

—¿Salgamos? —repitió Cal, mirándolos alternativamente.

—Sí, voy con Michael —repuso con firmeza Sarah.



—Vaya —exclamó.

Michael apartó la taza de café, se sentía cansado.

—Sarah, no voy a permitir que vengas —dijo, en otro intento de que ella lo entendiera.

—¿No? Dame una razón.

El joven se quedó mudo al ver la expresión decidida de ella. Solo podía entrever la fuerza que había dentro de la joven, lo sabía, esa fuerza que la había hecho sobrevivir y dejar el pasado atrás.

—Voy a ir. Nunca nadie me ha dicho lo que puedo y no puedo hacer.

Cal apareció de nuevo trayendo de la cocina una taza de café para sí mismo. Conocía bien el carácter de la joven, pero esta vez, aunque quisiera ponerse de su parte, tenía que ayudar a Michael.

—Así que me dejáis sin camareros —trató de bromear para relajar el más que tenso ambiente entre ellos.

—Es mejor que te quedes aquí, Sarah —insistió Michael.

—Bien, no voy a suplicarte. Espero que tu desayuno te haya gustado —se levantó mordiendo los labios para contener las lágrimas que inundaban sus ojos. Había sido un poco tonta al pensar que una noche juntos significaba lo mismo para él. Ahora la vida continuaba y él se marchaba de nuevo. Era sencillo. Ella no era tan importante para retenerlo.

Michael la vio levantarse y llevar el plato a la cocina, y miró apesadumbrado a Cal, que en silencio parecía apoyarle. Eso le dio el valor que necesitaba para ir tras Sarah. La encontró ordenando los cubiertos, y no se atrevió a acercarse.

—Te llamaré —afirmó.

—Sí, tranquilo. Tengo un montón de cosas que hacer, así que no te preocupes.

El súbito cambio en la joven hacía que no fuera nada fácil para él continuar, pero tenía que conseguirlo.

—Sarah...

—Deja de decir mi nombre, Michael. Sé cómo me llamo. —Se enfrentó a él con el mismo brillo cargado de enfado en sus ojos, pero esta vez él también vio las lágrimas que pugnaban por salir. Una terrible sensación le recorrió, una gran tristeza y dolor al ver cómo ella guardaba su sufrimiento. Hizo lo que su corazón le pedía, se acercó y la estrechó entre sus brazos, mirándola desde su estatura más elevada, y cuando ella por fin levantó su barbilla sonrió antes de acercarse a darle un beso.

—Te llamaré. Lo prometo. No soy muy bueno con las palabras —trató de explicar mientras pasaba la mano dulcemente por su espalda—, eres especial para mí, no lo dudes, por favor.

—Pero te marchas —se quejó ella, con el enfado dando paso a la tristeza.

—Tengo que hacerlo —dijo, tratando de ser lo más sincero posible—, tengo que marcharme y no sé cuándo podré regresar. No tengo ni idea de qué voy a encontrar en casa, pero sé lo que tengo aquí. Volveré. ¿Me crees?

—Quiero creerte, Michael, de verdad que quiero. —Sarah volvió a esconder su mirada bajando la cabeza—. Sé que soy poca cosa, no tienes que sentir ninguna obligación por lo de anoche. Siento todo esto, pensarás que soy una loca acosadora.

—Sarah, mírame, por favor —en su tono de voz se escapaba la súplica, no quería marcharse de esta forma. Aunque se sintiera un miserable por hacerle daño, necesitaba que ella entendiera al menos que era sincero—. Te llamaré en cuanto pueda.

—Bien —aceptó Sarah, encontrando sus ojos grises en su camino y esforzándose por no llorar y terminar montando una escena digna de una niña adolescente.

—Cuidate. —Michael se inclinó para poder darle otro beso, sabía que sería el último en mucho tiempo, y se demoró lo suficiente para llenarse de su calor, y de esa forma conseguir tener el valor suficiente para marcharse.

No terminó su desayuno, solo cogió la bolsa de viaje y tras dar un apretón de manos a Cal y dejarle la llave de la moto y la buhardilla, salió a montarse en su coche para deshacer el camino que hacía tan solo tres meses le había traído a su pequeño paraíso particular, una isla escondida en el tiempo donde había podido encontrarse por primera vez a sí mismo.

Salió del pueblo sin conducir demasiado rápido, echando un vistazo a las calles todavía desiertas, respiró profundo el olor del mar, fresco y puro, mezclado con el aroma de los abetos que flotaba en el amanecer. En cuanto cruzó el puente para salir de Desert Island subió las ventanillas del coche, se puso las gafas de sol, y se esforzó en crear una armadura dentro de su cabeza para enfrentarse a lo que le esperaba en Boston.

La entrada a la casa familiar no había cambiado. Una pequeña verja negra, un camino entre unos cuantos árboles, las escaleras blancas que subió en dos zancadas en cuanto aparcó y el sonido del timbre como una elegante campana. Todo era igual. También todo era diferente, porque Michael se sentía como si hubiera pasado una vida entera fuera.

Las ojeras de su madre cuando abrió la puerta le hicieron regresar a esa realidad de golpe. No hubo un abrazo ni un beso de bienvenida. En silencio, caminó tras ella con la bolsa al hombro y entró en la casa. Tampoco había cambiado nada en el interior. El silencio entre aquellas paredes fue roto por los pasos de su hermano Daniel, que apareció en la escalera.

—Has llegado.

Michael subió los escalones para encontrarse con él, ambos se fundieron en un abrazo de hermanos y sintió la espalda tensa de Daniel. También tenía ojeras y se movía como si hubiera corrido una maratón.

—Cuéntame.

—Vamos al hospital. Solo he venido a cambiarme —dijo, y su voz confirmó el cansancio que su aspecto delataba.

—¿Has pasado allí la noche?

—Sí. Los médicos nos han dicho que le iban a hacer unas pruebas más y que podíamos venir a casa a comer algo y descansar —le contó a su hermano, mirando cómo su madre desaparecía por la puerta de la cocina.

—¿Cómo está? —quiso saber Michael. Durante el viaje había estado más preocupado de sí mismo y de cómo sería recibido que de su padre, sin valorar que pudiera ser algo serio de verdad.

—No han querido decirnos mucho. Parece que es grave.

Bajaron juntos las escaleras para ir a la cocina donde su madre estaba tomándose un café. Michael se dio cuenta de que ella no le miraba, hacía todo lo posible por no cruzarse con él, como si no quisiera ni tocarlo. Le dolió sentirse rechazado por ella, pero sabía que lo merecía. Había estado tres meses fuera y no había llamado una sola vez. No era el momento de intentar arreglarlo, lo sabía. Además nunca había visto a su madre tan cansada.

Daniel le ofreció una taza de café y ambos lo tomaron en silencio.

Solo unos minutos después salían de la casa en el coche familiar conducido por él mismo, después de haberse puesto algo de ropa más formal.

El ambiente en el coche era tan tenso que él no se atrevió a poner la radio. No sabía cómo comenzar, no había esperado que le recibieran con los brazos abiertos, pero el silencio de su madre le dolía. Estaba allí sentada a su lado y entre ellos había una barrera infranqueable tan sólida como un muro de hormigón.

Agradeció llegar al hospital y poder moverse un poco, aunque intentaba controlarse. Ya no era el mismo de antes, ahora el olor de los coches se le antojó asqueroso y los ruidos de la ciudad molestos. Peor fue traspasar aquellas puertas de cristal y respirar el aroma del antiséptico.

Se mantuvo en un segundo plano mientras su madre y su hermano hablaban con los médicos, escuchando paciente. No eran buenas noticias, su madre se abrazó a sí misma y agachó la cabeza para ocultar el llanto. Michael se acercó para darle un abrazo reconfortante pero ella le apartó con brusquedad y fue al lado de Daniel.

Entonces se armó de valor y fue a la puerta de la habitación donde estaba su padre.

—Michael —su hermano le llamó, en la voz una advertencia clara, y él asintió con la cabeza.

La habitación estaba poco iluminada. Los monitores rodeaban la cama y una enfermera estaba sentada muy cerca, debía de su enfermera particular. Cuando vio a Michael se levantó y fue discreta a la puerta.

—Si necesita cualquier cosa, estaré en el pasillo.

—Gracias —contestó, viendo cómo los dejaba solo.

Entonces se acercó a la cama.

Allí estaba su padre, solo que no parecía él. El color de la piel era mucho más pálido, el pelo parecía mucho más escaso y sin brillo, tenía una mascarilla en la cara y los brazos sobre la sábana que le cubría estaban también conectados a otros medicamentos.

Michael observó a aquel hombre que toda su vida había parecido un general dispuesto a la batalla. Ahora era simplemente un hombre más.

Se acercó lo suficiente para tocar su mano, que estaba algo fría.

Unos ojos grises iguales a los suyos le miraron y Michael se quedó inmóvil. Era la mirada de un anciano. Su padre intentó hablar pero él le apretó los dedos tratando de calmarlo. Fue inútil, se retiró la mascarilla lo suficiente para poder hablar y él se acercó para que no tuviera que hacer demasiado esfuerzo.

—Has vuelto.

—Sí. He vuelto, padre —dijo, y por un momento tuvo que contener las lágrimas. Este era su padre, quien había sido su héroe de niño para convertirse en su carcelero. Ahora Michael sentía la necesidad de decirle que pese a todo, pese a sus diferencias, no podía evitar lo que sentía dentro de su corazón por él.

—Creí que moriría sin verte —dijo el anciano con aquella voz casi sin fuerza.

—Aquí estoy —afirmó en voz baja—, y no vas a morir.

Los labios de su padre se curvaron en algo que parecía una sonrisa y Michael tragó el nudo que se le hizo en la garganta.

—¿Encontraste el mar?

La pregunta tomó por sorpresa a Michael, que no fue capaz de contestar.

—Maldito viejo romántico. Me ha robado a mi hijo aún después de muerto.

Michael entendió que hablaba de su abuelo y negó con la cabeza sin decir nada.

—¿Habrás vuelto si no me estuviera muriendo? No. Tú eres como él. Te gusta ese pueblo. Eres feliz allí trabajando de camarero y sin ganar más que para comprarte una barca.

Su padre se puso otra vez la mascarilla y tomó fuerzas para continuar.

—He hecho todo lo que he podido por vosotros —continuó hablando el anciano—. Os he dado todo, una buena educación, una buena casa, una buena madre. Toda mi vida he trabajado para que tuvierais lo mejor.

Una de las máquinas comenzó a pitar y la puerta se abrió. Entraron la enfermera y a su madre. Michael comprendió que debía salir de la habitación.

A pasos pesados, fue al pasillo y se sentó junto a su hermano.

—Me ordenó llamarte. Quería verte antes de morir —le dijo Daniel.

—¿Va a morir? —preguntó.

—Los médicos nos han dicho que nos preparemos para lo peor —le informó su hermano sin levantar el tono de voz.

—Vivirá, tienen que estar equivocados. Él siempre ha sido fuerte.

Michael se quedó allí pensando en lo que su padre le había dicho. Sabía dónde estaba, incluso sabía de qué trabajaba. Su padre despreciaba todo aquello. Para él la vida había sido una lucha por atesorar bienes y una posición estable que darle a su familia, olvidando que quizá ellos necesitaban otras cosas, como un abrazo o unas palabras de ánimo. Con eso hubiera bastado.

Abatido, supo que las diferencias entre ellos eran irreconciliables. Jamás le vería como el hijo deseado, para él sería siempre un fracasado.

Su madre salió de la habitación y las lágrimas corrían por sus mejillas, Daniel se levantó rápido y la abrazó consolándola mientras él iba a su lado también.

—Madre.

Ella levantó la mano para mandarle callar.

—No es el momento, Michael. Ahora no es el momento.

Apesadumbrado como nunca se había sentido, se levantó y caminó por el pasillo tratando de calmar la ansiedad. Cuando los médicos llegaron traían impresas en sus rostros las malas noticias. No entendió demasiado, solo acertó a escuchar el consejo que les daban. Debían de estar preparados para el desenlace. Su padre iba a morir.

Su madre se mostró firme y fuerte, se limpió las lágrimas y entró en la habitación. Ellos la siguieron.

Desde ese momento el tiempo pareció discurrir de forma extraña, Michael no podría decir si había comido algo o si era la hora de dormir. El cuerpo parecía que respondía de forma mecánica y pasaban todo el tiempo que podían en aquella habitación de hospital iluminada de forma tenue, donde el silencio era roto por la respiración de su padre, cada vez más débil.

Su corazón no aguantaría mucho más. Eso les habían dicho.

Escuchó cómo su madre hablaba de forma suave, recordando los viejos tiempos en que eran novios, las anécdotas que habían vivido, el nacimiento de su primer hijo y como él había cogido en sus brazos a Michael con esa mirada de asombro al ver que el pequeño bebé recién llegado al mundo ya tenía abiertos los ojos y eran del mismo tono gris que los de su padre.

Todas esas palabras se mezclaban con pequeños besos en la frente, un apretón suave de mano, sonrisas fugaces que iluminaban el rostro de su madre y parecían transportarlos al pasado. Un pasado que contado por ella era hermoso y lleno de momentos felices. Como cuando Daniel trajo su primer trofeo de natación y todos fueron a celebrarlo a un restaurante, o cuando Michael se graduó en la universidad.

Michael sentía su vida pasar flotando frente a él, los recuerdos planearan sobre sus cabezas igual que las volutas de humo que exhalaba su padre cuando fumaba esos puros para celebrar un buen negocio.

Los silencios se fueron haciendo más y más grandes, pero no había tristeza, solo una sensación de impotencia que le calaba los huesos.

Su padre susurraba a su madre lo que parecían palabras de amor y él se sintió un espectador curioso, viendo por primera vez esos gestos de complicidad entre ellos, como el brillo que iluminaba los ojos casi apagados de su padre al mirar el rostro de ella, tan cerca que casi no necesitaban hablar en voz alta.

Cuando ella salió para dejar a sus hijos a solas, ninguno de los dos supo qué decir. Él los miró, los dos juntos a un lado de la cama, y estiró su mano, que ambos cogieron.

—Debéis cuidar de vuestra madre. Ella es fuerte, pero necesita que la cuidéis. Es vuestra obligación mantener la empresa y hacerla crecer, ese es el legado de la familia.

Hubo una pausa que a ellos les pareció eterna y el anciano necesitó respirar un par de veces antes de continuar.

—Michael, eres el primogénito. A ti te corresponde llevar la empresa Warren. Daniel, tú serás su mano derecha. Tu hermano necesita que alguien le ponga los pies en la tierra. Ese serás tú. El ancla de la familia a la tierra.

Su padre volvió a ponerse la mascarilla para respirar y ellos quedaron en pie, hasta que él hizo un gesto con la mano pidiendo que fueran a buscar a su madre.

Esas horas en el pasillo quedaron perdidas en algún lugar de su mente. Su hermano y él no hablaron, solo permanecieron allí esperando el fatal desenlace. Michael sentía un dolor sordo que nunca hasta ese momento había conocido, quería entrar y gritar a aquel hombre que era su hijo, SU HIJO, y no el futuro heredero de un apellido. Quería despedirse de su padre, si es que aún quedaba algo escondido dentro de aquel hombre que solo quería ser el dueño de una gran empresa. Pero no dijo nada, solo estuvo allí mirando el suelo y escuchando los pasos de la gente que atravesaba el pasillo. Hasta que su madre abrió la puerta y los llamó.

Alrededor de la cama, fueron testigos de cómo una vida se apaga, dejando tras de sí el extraño coro de luces parpadeando, pilotos rojos que indican que alguien nos abandona, que nos dicen que son los últimos segundos.

Las enfermeras entraron para apagar las máquinas y ellos estuvieron allí todavía, como si sus pies hubieran olvidado caminar.

Fue Daniel quien abrazó a su madre y la trajo contra su pecho, sacándola de la habitación después de que ella se despidiera con un beso sobre los labios de su ya fallecido esposo.

Y allí, en aquel pasillo, quedó Michael sin saber qué hacer, cómo continuar después de esas horas, de esos días en los que había sucedido lo inevitable. Más solo de lo que nunca en su vida había estado.

\*\*\*\*

El teatro de la vida continuó como debía. Hubo un funeral al que asistieron todas las personalidades importantes del estado. Algunas no habían tenido un contacto personal con el viejo Sr. Warren, pero eso era indiferente, la política era más importante que las relaciones y mucho más beneficiosa para los negocios, así que hubo literalmente más de un centenar de personas allí. Muchas de ellas también visitaron el hogar de la familia Warren, transformado para la ocasión como mandaban las costumbres, mostrando sobriedad y respeto, con comida abundante y un especial cuidado en atender personalmente a cada uno de los que llegaron a mostrar personalmente sus condolencias.

Michael se mantuvo firme como debía, ocupando el puesto que le correspondía ahora por derecho de nacimiento. Él fue quien ordenó el funeral, atendió a los abogados de la familia y dio las primeras órdenes en la empresa para continuar con el legado de su padre. Todo debía estar en orden, muchos estarían esperando muestras de debilidad para atacar, así que él sabía que debía alejar todo sentimiento de su cabeza en esos momentos.

Daniel estuvo a su lado como había mandado su padre y como se esperaba del hijo menor. También se convirtió en esos momentos en la única persona que su madre toleraba cerca. La señora Warren, ahora viuda de Warren, se comportaba correctamente con los invitados sin derrumbarse ni perder la compostura. Cuando llegaba la noche y la casa volvía a estar vacía y en silencio, era el momento en que se retiraba a su dormitorio después de besar en la mejilla a su hijo pequeño.

La inexistencia de gestos de cariño por parte de ella era dolorosa para Michael, que no volvió a intentar acercarse a ella. Sabía que necesitaría tiempo y él se lo daría, más aún, le daría muestras de que merecía otra vez ese amor que su madre siempre había demostrado por él.

Cuando pasaron los días, quizá un par de semanas, la vida regresó a la normalidad de forma contundente. Michael se levantó un lunes para volver a la oficina junto con su hermano. Desde que se leyó el testamento ambos ocupaban los puestos que les correspondían como resultado de la herencia familiar y los deseos de su padre.

Michael ocupaba ahora el despacho de presidente y Daniel era su consejero. La rutina se instauró en sus vidas, desde el desayuno servido en el pequeño salón cerca de la cocina a las cenas cuando regresaban del trabajo. Su madre los acompañaba, aunque no hablaba demasiado y siguió con su particular desprecio en privado hacia la persona de Michael.

La habitación que había ocupado tantos años ahora le desagradaba todavía más. Michael se sentía ahogado entre aquellas paredes. No quería regresar a su apartamento, sabía que su lugar ahora estaba allí, junto a su familia, pero cada noche era más difícil dormir en aquella cama. No se sentía ya un Warren, era como si estuviera viviendo la vida de otra persona. Cada vez con más frecuencia recordaba sus días en Desert Island y se encontraba pensando en la brisa cargada de gotas de mar y sal que disfrutaba sentado en la playa los fines de semana que no tenía trabajo, o en el viento azotando su cuerpo mientras recorría la isla en su motocicleta. Evitaba pensar en Sarah, sabía que no podría soportarlo, así que se negaba a recordar sus besos o su risa, esa que le había hecho despertar a una nueva vida cargada de sueños de futuro.

El despacho estaba amueblado al gusto de su padre, por supuesto con muebles caros que representaban la firmeza de la compañía, la seguridad. Él se sentía un intruso allí dentro y la mayoría del tiempo no ocupaba la mesa principal, sino que se escapaba al área de creación donde se encontraban sus empleados, tenía a su cargo directamente a dos docenas de personas entre ingenieros, arquitectos, diseñadores, gestores de cuentas y demás empleados. Conocía a casi todos, su padre no solía hacer cambios si los trabajadores rendían en el trabajo; era curiosamente objetivo en ese punto, capaz de tener contratado a quien fuera buen trabajador aunque personalmente no lo soportara.

Cansado, se quitó la corbata y la chaqueta del traje, dejándola cuidadosamente colgada en el armario del despacho, tal como le habían enseñado desde muy pequeño, y se sentó un momento en el sofá.

No pasó demasiado tiempo hasta que se quedó dormido, había pasado una noche llena de pesadillas y la presión que sentía en el pecho no había bajado ni un momento. Ni cuando se levantó y se dio una larga ducha caliente, ni cuando se había tomado un café, ni cuando condujo a la oficina dando un rodeo por la ciudad, tampoco cuando entró en el edificio, y definitivamente no desapareció cuando su secretaria le había pasado una llamada de su hermano.

Unos golpes en la puerta le despertaron y se levantó sobresaltado. Era Daniel, habían acordado verse en cuando él entrara a trabajar esa mañana.

Daniel entró sin esperar respuesta y su hermano mayor se levantó para saludarlo con un apretón de manos. Los gestos entre ellos se habían tornado formales y fríos desde su regreso, por más que él se esforzara en acercarse de nuevo a su familia.

—¿Te encuentras bien? —Daniel preguntó con cautela. Sabía que había un límite que no debía cruzar, su hermano había guardado siempre su vida privada de forma feroz desde que había regresado de la universidad y él estaba de acuerdo en mantener una relación más laboral que familiar.

—Estoy bien. Cuéntame. —Michael sujetó el vaso de café que acababa de prepararse en la máquina expresso de su despacho y tomó asiento en su sillón tras la gran mesa de nogal que presidía la estancia.

—No es un buen lunes —comenzó.

—Sí. Tenemos solo cuatro semanas más para presentar terminada la estructura del nuevo hotel. Creo que nos dará tiempo —le aseguró. Sabía que sus empleados estaban igual de preocupados que ellos por el futuro de la empresa en ese momento y trabajarían incansables para dar lo mejor de sí mismos.

—Hay algunos imprevistos en forma de permisos de obra. Creo que se van a retrasar. Nos están probando, sin duda —explicó Daniel mientras él tomaba su café.

—Quiéren comprobar si seguimos siendo fuertes —repuso Michael, asintiendo.

—¿Lo somos? —preguntó su hermano pequeño sentado cómodamente frente a él. Michael podía ver cuánto había cambiado Daniel en este tiempo. Se mostraba mucho más seguro y firme, controlando la situación sin siquiera pestañear.

—¿Crees que tendrás todo bajo control? —preguntó a su vez.

—No te preocupes, es solo un contrat tiempo. Ya tengo a los abogados trabajando.

Michael se recostó en la silla y abrió la pantalla de su portátil para repasar con su hermano la agenda de actos, comidas y reuniones que ambos tenían. Bien podían hacerlo sus secretarías, pero prefería tener al menos ese contacto con él.

—¿Vas a quedarte?

La pregunta directa de Daniel le pilló por sorpresa. Desde que había regresado ninguno de los dos había hablado de planes de futuro, tampoco de cómo había vivido él esos meses alejado de su familia.

—Sé sincero —insistió Daniel.

—Mi lugar está ahora aquí, con mi familia. Tenemos que sacar una empresa adelante —comenzó Michael, repitiendo lo que los dos hermanos sabían a la perfección.

—¿Esa es tu respuesta definitiva? —presionó Daniel esperando obtener por fin una respuesta sincera.

Michael dudó en contar o no a su hermano todo lo que pasaba por su cabeza esos días.

—Creo que esta empresa te asfixia, Michael. Te he visto cada día sufrir la tortura de hacer exactamente lo que odias. —Daniel expresó por una vez en voz alta lo que llevaba tiempo pensando, aunque sabía el riesgo que corría. Tal vez Michael tomara eso como una invitación para volver a dejarlo todo y olvidarse de una vez por todas de la empresa de su padre.

—Debes pensar que soy un loco —el tono de voz repentinamente bajo y cansado de Michael dejó en evidencia su estado de ánimo.

—No suelo juzgar a la gente, Michael, igual que no me gusta que me juzguen. Solo tú conoces tus motivos —dijo su hermano, con la misma calma.

—Pero tú pareces haber encontrado tu lugar.

—¿Mi lugar? No he podido elegir —admitió Daniel sin acritud.

—Sigues aquí, no obstante —observó Michael.

—Sí. Sigo aquí. Es mi deber. —Daniel se puso en pie para abandonar el despacho—. Michael, solo una cosa —quiso añadir antes de salir, y le miró directamente a los ojos hablando por primera vez en mucho tiempo a ese hermano mayor que había compartido tantos juegos y vacaciones con él—. No quiero verte ahogándote en alcohol o en cualquier otra mierda de esas.

—No bebo, ya lo sabes.

—Sí. Lo sé —contestó Daniel, se dio la vuelta y cerró tras de sí la puerta del despacho.

Michael se quedó en silencio de nuevo con el regusto amargo de la pregunta de su hermano en el aire. La respuesta se negaba a salir de sus labios. Una vez había sido valiente, una vez había dejado todo atrás.

Ese viernes llegó tan rápido como los anteriores, Michael tenía la sensación de que el tiempo se le escurría entre los dedos ocupado en reuniones, llamadas y comidas de trabajo. Esa tarde no había regresado a la casa familiar. Los silencios y la más que clara frialdad con que su madre lo trataba minaban su ánimo cada día un poco más. Necesitaba alejarse un poco y reponer fuerzas. Así que pensó que su apartamento era el lugar perfecto para descansar esa noche. En cuanto entró, la decoración blanca y calmada lo arropó como si se encontrara en una nube, una nube vacía y solitaria, pero su nube al fin y al cabo. Abrió el armario y observó que allí continuaban todos sus trajes en perfecto estado, y sus zapatos. No había ningún cambio. Seguro que incluso habían seguido limpiando el apartamento en su ausencia.

La nevera sí estaba vacía y eso le contrarió. Necesitaba una cerveza.

Entonces miró por los grandes ventanales la noche que comenzaba a caer y supo con meridiana claridad dónde necesitaba ir en aquel momento.

Se puso de nuevo la chaqueta y cogió las llaves del coche y la cartera. Unas horas eran lo único que le separaban de una cerveza en buena compañía.

Era la segunda vez que tomaba aquellas carreteras. Si la primera viajaba sin destino, con la única esperanza de alejarse todo lo posible de la prisión que era su vida, esta segunda vez los kilómetros lo acercaban más y más hacia el lugar en que se había encontrado a sí mismo. Sí, esta vez sabía bien qué iba a encontrar en Desert Island, o al menos tenía la esperanza de que su sueño no se hubiera desvanecido en esas semanas que llevaba fuera.

¿Seguiría Sarah recordándolo? ¿Habría Cal contratado otro camarero que ocupara su puesto? ¿Tendría aquella buhardilla otro inquilino?

La incertidumbre fue poco a poco llenando sus pensamientos. No quería ser tan engreído como para suponer que la vida en el pueblo se había detenido con su marcha, pero tenía la esperanza de que al menos nadie hubiera ocupado su lugar junto a aquella costa que se había convertido en su refugio.

Atravesó el puente que unía la isla al continente cinco horas más tarde. Comenzaba a sentir sueño y se dio cuenta de que iba a llegar bastante entrada la noche. Ni siquiera había tenido en cuenta la posibilidad de coger un avión.

Cuando llegó por fin a su destino el hotel se encontraba cerrado y él no tenía llaves para poder entrar, así que cerrándose la chaqueta todo lo que pudo se dispuso a dormir dentro del coche y esperar que llegase la mañana del sábado.

Elly había hablado con Sarah cada noche desde que habían terminado las clases. Cada día estaba más preocupada por ella. Aquel hombre había desaparecido y ahora Sarah se encontraba sola en el pueblo y eso hacía que no dejara de pensar en él, encerrándose como siempre hacía en sus propios pensamientos. Estaba segura de que nadie se daría cuenta, Sarah estaba acostumbrada a sonreír pasase lo que pasase en su vida, esa era su forma de protegerse y olvidar. Así que no dudó cuando Noah propuso ir a verla y preparó su maleta en un par de horas.

Cuando aparecieron ese jueves en el restaurante al momento una sincera sonrisa llenó el rostro de la joven, que se lanzó a abrazar a sus amigos.

—Habéis venido —fue lo único que dijo dando un caluroso recibimiento a Elly y Noah, que la estrechó con fuerza desde sus casi dos metros de altura.

—Necesitábamos unos días de descanso —bromeó Noah satisfecho al ver la sonrisa cargada de felicidad de Sarah.

—¿De descanso? Seguro que el último mes ni siquiera has hecho la cama una sola vez, Noah —rio Elly separando a su amigo de Sarah para poder echarle un vistazo—. Quiero uno de esos pasteles de zanahoria que hace ese viejo jefe tuyo. Un trozo grande.

—Así que has venido por eso, ya lo suponía yo —dijo Sarah perdiéndose en los brazos de Elly.

—Por eso y por ver a mi mejor amiga. —Elly volvió a abrazarla bajo la satisfecha mirada de Cal, que ya llevaba dos platos con unas raciones generosas de pastel.

Los jóvenes se sentaron y atacaron sus platos sin esperar un momento, mientras Sarah se sentaba a su lado.

—Contadme novedades —pidió, observando cómo devoraban su porción.

—No hay mucho que contar, de verdad, si llego a quedarme más tiempo en casa te juro que un día estrangulo a mi madre. Una semana y ya me duelen los oídos de escucharla.

—No digas eso, Elly, tu madre es una mujer estupenda —la regañó Sarah, recordando aquel cumpleaños al que la habían invitado el año anterior. La madre de Elly era una increíble cocinera que disfrutaba viendo cómo su extensa familia comía hasta no poder casi levantarse de la mesa. También era una mujer fuerte y trabajadora, capaz de dar educación a sus cinco hijos cuando su marido la había abandonado.

—Sí, ya lo sé, pero me pone de los nervios. No he podido descansar un solo día, siempre encuentra algo que hacer —se quejó Elly, tratando de colocar sus rizos oscuros, que parecían cobrar vida propia con la humedad del ambiente—. Estoy deseando volver a la universidad.

—¿Y tú, Noah? —preguntó a su amigo.

—Bien, no tengo queja —contestó con sencillez. Había terminado de dos bocados su plato y ahora se ocupaba de mirar a Sarah mientras bebía el café que Cal había dejado en la mesa hacía justo un minuto.

—Él nunca tiene queja, ya lo sabes. Sus padres le miman y cuidan como hijo único que es.

Sarah los miró divertida. Había echado de menos a sus amigos, los necesitaba más que nunca.

—Así que el chico estirado se fue —de esa forma tan sencilla Elly expuso los hechos—. Pues aquí llega el relevo. No crearás que vamos a dejar que pierdas ni un momento pensando en él, Sarah. Todo lo que me has contado me parece estupendo, de verdad. Tiene problemas familiares, sale urgentemente porque su padre está enfermo, todo eso es perfecto. Pero tu vida continúa y no se va a detener porque él se haya marchado. ¿Verdad, Noah?

Noah no había apartado la vista de Sarah. Sus grandes ojos azules recorrían el rostro de la joven buscando cualquier indicio de tristeza o malestar. Por desgracia los encontró: había un rastro de ojeras bajo sus preciosos ojos negros, uno que no estaba allí antes, lo sabía. Y esa forma en que los había recibido, hubiera jurado que Sarah había estado a punto de romper a llorar.

—No seas dura con él, Elly, no lo conoces —le defendió Sarah.

—No, no lo conozco. ¿Sabes por qué? Porque no está aquí, Sarah, así de simple. No está aquí. —Hizo un movimiento con la mano para reafirmar su frase y apartó el plato y vació—. No vamos a hablar más de él. Hablemos de nosotros, de ti y de las vacaciones.

Lo que más le gustaba a Sarah de su amiga era esa vitalidad interminable, esa fuerza arrolladora que tenía. Juntas eran una pareja temible. Reían a carcajadas, caminaban a prisa por las calles como si el tiempo se les terminara, veían películas hasta la madrugada comiendo kilos de palomitas, y todo eso bajo la atenta y tranquila mirada de Noah, que no solía separarse demasiado de ellas. Eran un perfecto grupo. Sin ellos, la vida en la universidad habría sido mucho más difícil para Sarah. Cuando habían hablado de lo que sucedería el año siguiente cuando todos se graduaran, no habían podido contener la emoción, pero se habían prometido que pasase lo que pasase seguirían en contacto.

La visita de los amigos de Sarah agradó a Cal, que no sabía cómo hablar con ella para que intentara dejar esa tristeza que la marcha de Michael había dejado en ella. Ahora sus ojos volvían a brillar felices y eso era suficiente para él. También observó a Noah. El chico parecía cambiado desde la última vez que le había visto en las vacaciones de invierno. Mucho más sereno, formal, incluso parecía más corpulento, si eso era posible, porque Noah era uno de esos chicos de las montañas de gran altura y anchas espaldas. Su físico contrastaba con su mirada dulce, casi de niño, que remataban sus cabellos rubios rizados. Cal se preguntaba por qué Sarah no podría haberse enamorado de un joven sencillo como aquel. Aunque no podía asegurarlo, creía que él habría estado encantado de tener una oportunidad con ella, y por los comentarios que a veces había escuchado parecía que incluso lo había intentado. Ahora estaban allí, acompañando a su amiga, y arrancándole sonrisas con aquella facilidad.

Cuando el viernes por la noche, tumbados en el sofá comiendo galletitas saladas y tomando unos refrescos, Elly se atrevió a volver a hablarle de Michael ella se dio cuenta de cuánto le echaba de menos.

—¿No te ha llamado? ¿Ni una sola vez?

—No. No ha llamado —admitió Sarah, dejando escapar una especie de suspiro.

—Pues yo creo que está claro, no gastes tiempo pensando en él —así de simple lo expuso Elly. La joven tenía siempre esa capacidad de síntesis para todos los problemas y todas las soluciones. Sarah hubiera querido que no fuera tan directa, pero tenía que reconocer que llevaba razón. Michael ni siquiera había llamado. No había dado señales de vida.

—Prometió que volvería —quiso defenderle, pero su voz no sonó tan firme como debía.

—No dijo en qué año, claro —el comentario sarcástico e hiriente de Elly hizo que Sarah se levantara del sofá, dolida y triste, con la excusa de ir a la cocina a por otro refresco. Noah le dio un pequeño golpe a su compañera en el hombro y fue tras Sarah.

—¿Estás bien, Sarah? —tomándola entre sus brazos la obligó a mirarle a la cara.

—Sí, no te preocupes —contestó mientras trataba de volver a sonreír.

—Me preocupo, claro que lo hago. —Noah la envolvió contra su pecho y besó sus cabellos oscuros. Esa menuda mujer siempre le hacía sentir demasiado torpe y grande—. Deja que te cuidemos, no estás sola Sarah.

—Va a volver —repitió ella, obstinada, con las lágrimas bailando en sus ojos.

Él no dijo nada, la tristeza de Sarah le dejaba fuera de juego. Cuando los días pasados había notado en ella esa nostalgia, ese tono de su voz apagado y sin vida, esa falta de risas al otro lado del teléfono, no lo había dudado, había llamado a Elly y los dos estuvieron de acuerdo en que una visita era lo mejor. Ahora la tenía a su lado y pensaba que ojalá pudiera tenerla siempre entre sus brazos, segura y a salvo del resto del mundo. Sabía que Sarah no le quería, no al menos de aquella forma romántica

\*\*\*\*\*

que él deseaba, pero no importaba, guardaba la esperanza de un día conseguir que ella le diera una segunda oportunidad, y si no lo hacía, él siempre estaría allí para ella, protegiéndola y cuidándola cuando hiciera falta. Cerró los ojos con rabia odiando a aquel hombre que no conocía, aquel que había conseguido llegar al corazón de la pequeña Sarah para luego dejarlo abandonado y solo, sin preocuparse tan siquiera de llamar por teléfono. Ese hombre le había robado la sonrisa y él tenía ganas de golpearle.

Cal abrió el hotel y bajó a comprobar que sus ojos no le habían engañado. Sí, aparcado frente a la puerta estaba el lujoso coche de Michael y él se encontraba dormido en su interior. Golpeó el cristal de la ventanilla y el joven abrió los ojos sobresaltado. El viejo le hizo una señal para que saliera y entrase en el hotel y Michael no lo dudó.

Salió del vehículo y estiró las piernas en cuanto tocó el suelo. Le dolían la espalda y las rodillas por la postura en que había pasado las últimas horas durmiendo. Tenía además las manos heladas y pensó que sería una buena broma que otra vez pillase una gripe; igual Sarah volvía a ejercer de enfermera y así podía robársela a Cal durante el fin de semana.

—¿Todo bien?

Michael cogió la taza de café entre sus manos para entrar en calor y no contestó inmediatamente. Parecía que se había marchado hacía una eternidad.

—Todo bien —contestó.

—¿Tu padre está bien? —preguntó a la vez que tomaba asiento frente a él y ponía unas magdalenas en la mesa.

—Ha muerto —anunció Michael.

—Lo siento, muchacho —se lamentó Cal y le miró esperando ver la reacción, pero no hubo nada, el joven siguió tomando su café sin inmutarse. Tal vez estaba todavía adormilado, pensó Cal. Eso era mejor que la posibilidad de que un hijo fuera totalmente indiferente a la muerte de su padre.

—Tranquilo. Todo está bien —repitió Michael mientras continuaba su desayuno—. ¿Vendrá Sarah hoy?

—Sí —contestó—. ¿Vas a pasar aquí el fin de semana? —preguntó, pensando que las cosas se iban a complicar muy rápido.

—Sí —el laconismo de Michael hizo que ambos sonrieran. Terminó su desayuno a toda prisa y fue al coche para coger su equipaje y de paso aparcar en la parte trasera y dejar así la entrada libre para los visitantes y huéspedes. Lo siguiente fue subir a la buhardilla, tenía prisa por comprobar que todo seguía igual a como lo había dejado. Al abrir la puerta no se decepcionó. Dejó la bolsa de viaje bajo la cama y se quitó a toda prisa el traje para darse una ducha y ponerse los pantalones vaqueros y una camiseta.

En cuanto estuvo listo bajó de nuevo. Ya se escuchaban voces en el pequeño restaurante de los primeros clientes y sonrió pensando que ella estaría allí.

Cuando la vio con la bandeja portando los platos con los ya conocidos huevos revueltos con verduras se quedó mirándola.

Sarah se movía entre los clientes con la misma facilidad y confianza de siempre, y estos le devolvían una sonrisa amable y alguna palabra cariñosa.

Uno de los jóvenes que estaban sentados esperando su comida llamó su atención. No le había visto por allí antes, así que supuso que sería uno de esos estudiantes que pasaban unos días en la isla. Compartía mesa con una joven de cabellos rizados y rasgos afroamericanos vestida con una llamativa camiseta roja. Ella hizo una señal a Sarah que acudió con rapidez.

Lo siguiente que vio Michael hizo que las manos le temblaran ligeramente y una fina capa de sudor las cubriera. El joven había cogido a Sarah de la cintura y hablaba con ella, se miraban con confianza y no pudo ver la más mínima molestia en la expresión de ella, que charlaba animada con los dos.

En ese momento giró la cabeza y le vio. Se miraron y Michael creyó que a su alrededor se hacía el silencio durante unos segundos, aunque sabía que solo era una ilusión. Sarah fue hacia él sin dudarlo, deshaciendo esos pocos metros que los separaban.

—Buenos días —saludó Michael, sobrepasado por el latir de su corazón que parecía querer salirse de su pecho desde que la había visto.

—Buenos días —contestó ella, sus ojos negros brillaron y una sincera sonrisa iluminó su rostro—. ¿Vas a desayunar?

—Sí, claro. Desayunar. —Michael no supo qué más decir, no estaban solos y ella tenía trabajo, más adelante quizá aceptara sentarse a tomar un café con él como tantas otras veces habían hecho, o tal vez no. Volvió la mirada al muchacho desconocido con inquietud. ¿Habría Sarah olvidado tan pronto? Él no había llamado ni una sola vez en esos días, no había dado señales de vida y ella tenía todo el derecho a continuar con su vida, por mucho que a él le doliera. No pasaron más de un par de minutos y allí estaba de regreso con el café y un trozo de bizcocho que Michael pensó que no sería capaz de terminar entero.

—Noah y Elly están aquí —le dijo, y él vio que ella se mordía el labio inferior un poco inquieta—. ¿Te apetece conocerlos?

Michael asintió, calmando su respiración, y vio cómo Sarah iba a la otra mesa. Dos pares de ojos lo miraron inquisitivos y el disgusto en ellos era patente, no se molestaban en ocultarlo. Esos eran los amigos de Sarah, lo sabía, alguna vez le había hablado de ellos, y con toda la razón no parecían muy contentos de que él estuviera allí. Michael se sintió apesadumbrado. Había sido egoísta, sí. Muy egoísta. Estaba tan ocupado de sí mismo que no se había dado cuenta de que había desaparecido sin dejar rastro. No era la primera vez que lo hacía, pero ahora se daba cuenta de que detrás de sí dejaba a personas heridas, personas que tenían que seguir con sus vidas olvidándole o no. Espera al menos no haberse equivocado mucho con Sarah y tener una segunda oportunidad.

Vio cómo ellos se acercaban a su mesa y Sarah venía con una nueva ración de dulces y unos zumos, haciendo unas breves presentaciones y mirándoles con una súplica en los ojos.

Él se mostró educado, estrechó la mano que Noah le ofreció, sufrió el apretón fuerte sin inmutarse y luego con la misma educación y amabilidad saludó a Elly con dos besos en las mejillas.

Los siguientes minutos fueron realmente incómodos. Los tres sentados a la misma mesa sin saber qué decir para comenzar una conversación. Los dos jóvenes se miraban de vez en cuando, como quien estudia a su enemigo, y Elly le lanzaba unas miradas cargadas de desdén.

Toda aquella escena Cal la disfrutaba desde su posición privilegiada en la barra. Le gustaba Michael, pero estaba bastante disgustado con su forma de actuar, había dejado atrás a Sarah sin pensarlo dos veces y no se había molestado en mantener el más mínimo contacto. Ahora el chico parecía descubrir en Noah un rival, y eso estaba bien, serviría para espabilarlo y que se diera cuenta de que Sarah no era una chica a la que dejar escapar.

En cuanto terminó el trabajo Sarah se sentó junto a ellos. Había visto que no se dirigían la palabra ni intentaban ser corteses o amables. Sabía que Michael era muy reservado, pero Elly mantenía esa actitud desagradable hacia Michael como castigo, y Noah... bueno, ahora se daba cuenta de que quizá no era buena idea que ambos estuvieran en el mismo lugar juntos tanto tiempo, porque los dedos de Noah estaban demasiado apretados y en sus dulces ojos azules el enfado era más que palpable.

—Noah y Elly han venido a pasar unos días —comenzó Sarah intentando que el ambiente fuera un poco más cordial tomando asiento junto a ellos.

—Sí, hemos venido a ver a nuestra amiga. Siempre estamos en contacto ¿sabes? El teléfono es un gran invento —el comentario mordaz de Elly no pasó desapercibido a Michael, que fingió no entender su doble significado. Eran sus amigos y la defendían, estaba claro.

—Hablamos como cotorras, Elly —bromeó Sarah—. ¿Hasta cuándo vas a quedarte? —añadió, con la duda haciendo temblar su voz.

Michael tomó todo el control de que era capaz para contestar.

—El fin de semana —contestó con brevedad.

—Vaya. —Sarah se mostró decepcionada, pero al momento la sonrisa regresó a su rostro—. Aprovecharemos el tiempo. ¿Salimos esta noche?

La propuesta pareció gustar a Noah, que aceptó al momento y comenzó a bromear con las chicas sobre la última vez que habían estado juntos y cómo se habían peleado las dos por bailar con él.

Michael escuchaba, en el fondo de las palabras de Noah había algo más, lo podía sentir, y una determinación surgió de su interior. Aquel chico no iba a quitarle a Sarah. Junto a ella había encontrado su lugar, ella era su estrella y su recuerdo le había guiado en las oscuras noches. No iba a perderla.



El sábado no estaba yendo como él había esperado, pero no podía quejarse. Los comentarios mordaces de los amigos de Sarah se sucedieron en la comida a la que fue invitado y ella pareció ignorarlos, o quizá era que estaba de acuerdo y no se atrevía a decirselo por sí misma. Por la tarde se separaron, Michael se fue a su habitación para darse una ducha y vestirse para salir a bailar. Se sentía sorprendido de haber aceptado algo así, pero bueno, él sabía bailar, lo había hecho más veces, y pensaba aprovechar cualquier momento para estar solo a su lado.

Pensó durante minutos qué debía ponerse. Un traje no sería adecuado y no había llevado ninguno, pero tampoco tenía demasiada ropa allí. Al final eligió unos pantalones vaqueros que tenían bastante buen aspecto y una camisa oscura. Al mirarse en el espejo se dio cuenta de que lucía mucho más pálido que Noah. También era más delgado y su cabello no era de ese llamativo color rubio. Por un momento deseó haber heredado los cabellos de su madre, parecerse más a ella, como Daniel. Su piel pálida contrastaba con sus ojos grises y su cabello oscuro, Adele siempre le decía que su mirada parecía triste y fría. Sonrió al espejo ensayando y se sintió francamente ridículo.

Sarah parecía cambiada junto a sus amigos, mucho más segura, y compartía con ellos las risas y la diversión. Quizá él debería de hacer el esfuerzo por ser más sociable, más amable, más divertido. Todas esas cosas que gustaban a las mujeres.

Cuando entraron en aquel pub descubrió dónde pasaban las noches del sábado los jóvenes de la isla. El local estaba lleno y el ruido de voces era silenciado por la música a gran volumen. En el centro había una zona de baile que ocupaban sin orden, divertidos mientras bebían, charlando a gritos. Era la primera vez que estaba, pero este lugar era parecido a otros que sí había conocido cuando estudiaba en la universidad. Pidieron cervezas y Noah encontró una mesa para ellos lo suficientemente apartada del gentío. Michael no dejaba de mirarlo. Había algo en él que no le gustaba. Quizá era la familiaridad con que pasaba su brazo sobre los hombros de Sarah o las sonrisas que esta le dedicaba, la intimidad que había entre ellos era notoria. Elly también estaba dentro de su círculo, podía verlo con claridad. Sin embargo él... ¿dónde quedaba su lugar?

Cuando Noah se levantó y tendió una mano a Sarah para invitarla a bailar, él apretó los dientes y vio cómo ambos salían entre risas y bromas. Hizo desaparecer la mitad de su cerveza en un intento de pasar el nudo que se había formado en su garganta, pero fue inútil.

—Viaje de fin de semana. Un poco breve, ¿no?

La pregunta directa de Elly le hizo dejar de observarlos.

—Mañana regreso a Boston, sí —contestó, tratando de olvidar lo que sucedía en la pista de baile y prestar toda su atención a Elly—. ¿Y vosotros?

—No lo sé, parece que Noah lo está pasando bien aquí, y Sarah nos necesita —comentó despreocupada, mientras estudiaba el rostro de Michael.

—¿Ha estado mal? —se aventuró a preguntar.

—¿No lo sabes? —la pregunta cargada de ironía y animadversión de Elly y sus ojos acusadores le dejaron claro que aquella mujer no le tenía mucho aprecio—. ¿A qué estás jugando, Michael?

—No juego a nada, Elly.

—¿Entonces? ¿Cuáles son tus planes? ¿Piensas ir y venir cuando te dé la gana sin una llamada siquiera?

Michael dejó salir el aire lentamente, pensando su respuesta, tenía claro que no era ante esa mujer con quien debía explicar sus razones y lo sucedido en su familia, ella no lo entendería. Solo Sarah podría escucharle.

—A veces las cosas no salen como queremos. He tenido que irme, pero he decidido volver. No sé todavía cómo voy a conseguir que esto funcione, pero estoy decidido a intentarlo.

La sencillez de sus palabras hizo que Elly sonriera al ver la inseguridad en esos ojos grises que tan fríos le habían parecido cuando se habían conocido.

—Sarah siempre está sonriendo ¿sabes? Pero debajo de esas sonrisas a veces hay una gran tristeza —bajó la voz pensativa y Michael se inclinó para escucharla—. Estos días estaba tan triste que hemos estado muy preocupados, nunca la había visto así. Si Noah no te ha partido la cara nada más conocerte no es porque no le faltaran ganas, pero ella nos ha hecho prometer que te daríamos una oportunidad.

Como si diera por terminada la confidencia, volvió a recostarse sobre el banco y tomar su cerveza.

—¿No bailas?

En ese momento Michael se percató de que la música había cambiado. El ritmo ahora era lento y las parejas habían comenzado a moverse pausadamente. Vio cómo Noah bailaba abrazado a Sarah, que parecía cómoda en sus grandes brazos y una punzada de dolor hizo que su estómago se encogiera. Miró a Elly y ella le sonrió mientras señalaba la pista con un gesto de su cabeza como si le animara.

—Gracias. —Fue la respuesta que Michael dio a esa oportunidad que tenía.

Caminó entre la gente hasta llegar a Sarah y Noah y tocó el hombro de este. Él le miró desafiante, pero Sarah se soltó y ofreció su mano a Michael.

No vio nada más, porque en el momento en que ella estuvo entre sus brazos se olvidó del mundo. Se deslizaba con suavidad por la pista llevándola con él, una de sus manos acarició su menuda cintura y ella le miró sonriente. Era fácil perderse en esos ojos oscuros. Por fin estaban los dos solos aunque estuvieran rodeados de gente. Sarah recostó su mejilla en su pecho y él descubrió que su corazón parecía latir más calmado. La música se terminó y ella tardó un momento en levantar de nuevo su rostro. Solo fue un instante, pero Michael habría jurado que en sus ojos estaban todas las estrellas de la noche. Se inclinó y posó sus labios en los de ella dejando que una suave ola de bienestar le recorriera por la espalda. Una de sus manos subió hasta las mejillas de ella que ahora lucían sonrojadas y la acarició sin separarse más que lo necesario para poder respirar.

Un poco nerviosa, Sarah desvió la vista y se encontró con los ojos alegres de su amiga que la miraban desde el otro lado del local. Noah también los miraba, pero no parecía tan feliz.

Volvió su mirada a Michael de nuevo y al ver sus ojos grises se dio cuenta de que esa luz que parecía emanar hacía unos segundos de ellos había desaparecido. Había vuelto el chico serio y algo melancólico que todos conocían. Pero ella sabía que allí escondido había otro, uno que sabía reír y que tenía un gran corazón, un hombre que se escondía bajo esa coraza para evitar ser herido.

—Nosotros nos vamos. —Elly se levantó de la mesa cuando ellos regresaron y tiró de la manga de Noah, que se mostraba mucho más reticente a moverse.

—¿Os vais? —se sorprendió Sarah.

—Sí, tengo dolor de cabeza y creo que me vendrá bien dormir —se excusó, en una clara mentira que no escapó a ninguno de los cuatro—. Vamos Noah, no me gusta ir sola por la noche.

Al joven no le quedó más remedio que levantarse, aunque dejó bien claro su desacuerdo lanzando algunas miradas malhumoradas a Michael.

—¿Llevarás a Sarah a casa?

—Sí, yo acompañaré a Sarah. Podéis marcharos tranquilos —contestó Michael manteniendo su mirada con firmeza.

Sarah se apresuró a darles unos besos de despedida y él vio cómo Noah se detenía más tiempo de lo necesario. Por primera vez en su vida sentía celos, y no estaba preparado para ello, pero al lado de ella comenzaba a pensar que su corazón y su cerebro iban por separado y no podía hacer nada para ponerlos de acuerdo.

En cuanto se quedaron a solas Michael fue a por otras dos cervezas y se sentó junto a ella, agradeciendo que por fin podía estar más cerca y no soportar la mirada

inquisitiva de Noah.

—Quiero que te quedes.

La petición de Sarah lo dejó sorprendido. Tan cerca como estaban, miró sus ojos negros buscando las respuestas a preguntas que no se atrevía a hacer en voz alta.

—No quiero que te marches otra vez —añadió ella, decidida y valiente—. Si tú quieres, claro —añadió.

—Claro que quiero —se apresuró a contestar, admirando la sonrisa que se formaba en los labios de Sarah—. Pero Sarah, tenemos que hablar algunas cosas.

Ella dejó escapar el aire y se separó de él. El encanto del momento estaba roto.

—Escúchame, por favor—le rogó Michael—. Mañana volveré a marcharme, Sarah. No puedo quedarme aquí ahora. Y no quiero hacerte daño.

—No soy una niña —se quejó.

—Lo sé. Ninguno de los dos somos niños —sonrió un poco amargo y la miró—. Sarah, no puedo hacer otra cosa —admitió Michael con pesar.

—Está bien. Entonces vete. Buenas noches. —La despedida de ella le dolió más que si le hubiera dado otro puñetazo y Michael se acercó de nuevo con una súplica en sus ojos.

—Lo siento —dijo, peleando por hacer lo correcto y marcharse, aunque lo que más deseaba era quedarse junto a ella.

—Yo también lo siento —repitió Sarah.

Él vio los ojos tristes de ella, los que hacía tan solo unos minutos brillaban llenos de vida. Cerró los suyos un instante y la besó de nuevo lanzándose al vacío.

Besarla era como surfear una gran ola, sentir el sol sobre su piel y dejarse llevar mientras su cuerpo respondía. Hasta caer, pero solo para levantarse de nuevo, y volver a encontrar cualquier pedazo de su piel y saborearlo.

—Tengo que hablar contigo —anunció Michael mientras se sentaba en una de las mesas del restaurante que ahora estaba vacío.

—Ajá. —Cal puso sobre la mesa unos platos con el desayuno y una jarra de café.

—Es complicado —añadió, sirviendo las dos tazas.

—No lo es. Es bastante sencillo —Cal se enfrentó a él sin dejar el tono serio de la conversación y tomó asiento a su lado—. ¿Vas a quedarte Michael?

—No puedo —contestó sin mentir.

—Vaya, no puedes. Entonces ¿Cuál es tu plan? ¿Para qué has venido exactamente?

—Supongo que echaba de menos esto. —El pensamiento se le escapó de los labios, había pasado esa noche haciéndose esas preguntas y muchas más, sin encontrar una respuesta.

—¿Y ya está? —insistió Cal, que en aquel momento comenzaba a sentir unas ganas terribles de dar un puñetazo a Michael.

—También echaba de menos a Sarah —aceptó el joven, antes de armarse de seguridad para añadir—: No sé cómo, pero voy a conseguir quedarme aquí.

—Hace un momento decías que debías irte. —Cal trataba de calmarse, aunque lo que necesitaba era saber si aquel muchacho iba a tomar una decisión de una vez, si iba a demostrar que gobernaba su propia vida.

—Debo hacerlo. Pero voy a volver, Cal —explicó con renovada fuerza—, voy a volver y voy a estar con ella.

Sarah apareció en aquel preciso momento caminando a pequeños pero rápidos pasos vestida con un pantalón corto y una camiseta en la que se leía un mensaje animando a olvidar los lunes. Michael no pudo evitar sonreír por lo acertado de esas palabras, pero no le duró demasiado porque justo en ese momento Noah apareció a su lado a grandes zancadas con esa seguridad arrolladora que demostraba en cada paso.

—Buenos días —saludó a Cal con un beso en la mejilla y como si fuera lo más normal del mundo le dio un beso en los labios a Michael—. ¿A qué hora te vas?

Una vez más, la fortaleza de la joven lo dejó desarmado. No pedía nada. Le dejaba libre y además le despedía con una sonrisa.

Habían hablado durante lo que le parecieron horas la noche anterior. Había sujetado sus pequeñas manos mientras agachaba la cabeza incapaz de sostener su mirada cuando hablaba de su familia. En aquel ruidoso bar le había contado sobre la muerte de su padre, de cómo se había visto obligado a aceptar su puesto en la empresa y en los duros días tratando de adaptarse, luchando por una familia en la que parecía que él ya no tenía un lugar. Ella le había escuchado en silencio y cuando él por fin levantó la vista se encontró con su mirada serena en sus ojos apenados. Solo le había besado, un beso dulce y lento que le calmó el corazón haciendo que el dolor fuera un poco menos afilado y él volviera a sentir que en sus brazos estaba su verdadero hogar.

Habían paseado hasta su casa y la había abrazado contra su cuerpo, porque aunque era verano las noches en Desert Island siempre parecían ser de principios de primavera. No podía prometer nada salvo que volvería, que haría todo lo posible para regresar, no soportaba la idea de estar lejos más tiempo. Le había confesado su amor en el silencio de esas calles vacías y Sarah había sonreído como respuesta.

Se despidieron en la puerta de su casa, enredó sus dedos en el cabello corto de ella dejando besos en su cuello antes de susurrarle en el oído su promesa de volver. Sarah, abrazada a él, no había dicho nada, lo que era perfecto porque él quería que cuando ella por fin le dijera que le quería no tuvieran que volver a separarse.

Esperó a que ella entrara y regresó al hotel, caminando un poco menos apesadumbrado, llenándose los pulmones de ese olor a mar y libertad.

No había vuelto a estar a solas con Sarah. Elly se empeñó en visitar el mercadillo dominical y Noah y él tuvieron que acompañarlas. Entre ellos seguía existiendo una patente animadversión que ninguno se preocupaba de ocultar. Noah tomaba de la mano a Sarah, la acariciaba y bromeaba con ella conociendo bien su lugar privilegiado como amigo y confidente, y dejando claro a Michael que no iba a ceder con facilidad.

Cuando las dos chicas se enzarzaron en una discusión por algo tan absurdo como una camisa, él y Noah aprovecharon para seguir caminando.

—Sé que no te gusto —había comenzado Michael, sin temor a enfrentarse a él.

—Llevas razón, no me gustas —aceptó Noah, manteniendo la distancia justa para no rozarse.

—Entiendo que solo quieres ayudar a Sarah, protegerla, pero no es necesario.

—Eso tengo que decidirlo yo —espetó deteniéndose frente a él—. Creo que estos días has estado muy ocupado, tanto que se te ha olvidado algo tan sencillo como usar el teléfono.

—Sí, he estado ocupado —repuso Michael, sin querer contarle ni un detalle de su vida familiar.

—Has creído que puedes llegar y meterte en su cama, dejarla esperando hasta que decidas volver a pasar un buen rato. —Noah dio un paso y ambos quedaron muy cerca, sus ojos azules ahora no parecían los de un joven alegre, eran dos afilados témpanos que le miraban amenazantes, pero Michael no dio un paso atrás—. Te diré algo: Sarah no está sola. Así que coge tu coche y regresa por donde has venido. No eres bienvenido aquí.

—Es ella quien tiene que decidirlo —contestó desafiante Michael.

—Ella es demasiado buena para darse cuenta de que se ha topado con un gilipollas egoísta que solo busca una aventura. —Las palabras fueron dichas entre dientes, mientras Noah tensaba la mandíbula en un gesto nada amigable.

—Sarah no es una aventura para mí —replicó, apretando los labios para no subir la voz y llamar la atención a las chicas.

—No sé qué planes tienes, pero piensa bien, o puede que te encuentres con un problema demasiado grande para ti.

La amenaza de Noah no le amilanó, echó un vistazo hacia la dirección de Sarah y vio cómo ella los miraba preocupada.

—Aunque no es asunto tuyo —añadió en el mismo tono bajo—, mi intención es regresar junto a ella.

—Ten cuidado.

Michael hubiera querido echarse a reír con aquella advertencia, pero no lo hizo, porque estaba seguro de que aquel joven no iba a echarse atrás y era muy capaz de romperle la cara a golpes. Fue Sarah quien cortó toda posibilidad de aclarar sus posiciones cuando llegó y les lanzó una mirada nada amistosa a los dos, arrastrándolos de vuelta al hotel para comer junto a Elly, que llevaba en la mano feliz y orgullosa una camisa nueva de color celeste que aseguró contrastaría con su piel haciendo que los hombres cayeran rendidos a sus pies.

Después de pasar la noche solo en su apartamento recordando cada beso y cada sonrisa que había compartido con Sarah, Michael se levantó con la clara voluntad de conseguir acordar con su hermano las condiciones para poder abandonar la empresa. Sabía que no iba a ser fácil pero estaba firmemente convencido de lo que quería. Hacía unos meses había tomado la decisión de dejar aquella vida atrás y no había cambiado de opinión, aunque la muerte de su padre había sido un duro revés. Ahora le ataba el deber, el compromiso con su hermano pequeño y su madre. Tendría que encontrar el modo de vivir su propia vida sin abandonar a su familia.

Daniel entró en el despacho de Michael como cada mañana para ultimar la agenda del día. No habían estado en contacto durante el fin de semana y estaba inquieto, aunque comprendía que Michael no quisiera seguir durmiendo en la casa familiar. No quería interponerse entre su madre y su hermano, comprendía los sentimientos de ella pero pensaba que su deber era mantenerse lo más neutral posible para conseguir que la familia continuase unida ahora que su padre había desaparecido.

—¿Cómo ha ido tu fin de semana? —comenzó, educado pero con un interés sincero.

—Bien. He estado en la isla.

Daniel tomó asiento con calma, esta vez en lugar de ocupar el sillón junto a la mesa del despacho, se acomodó en el sofá de piel que ocupaba una de las paredes.

—Vaya, no sabía que tenías pensado ir —comentó quitando una arruga imaginaria de sus pantalones.

—Fue una decisión repentina —explicó Michael, encogiéndose levemente de hombros.

—¿Y cómo te ha ido? —preguntó con cautela.

Michael se levantó y dio un par de pasos hasta el ventanal de su despacho.

—Bien. Ha sido un buen viaje —resumió, trazando mentalmente su plan para que aquella conversación fuera la que en realidad necesitaba tener con Daniel.

—Me alegro.

Sentado en el sofá, Daniel esperó a que su hermano mayor quisiera añadir algo más. Examinó su postura, menos rígida ahora de lo que solía ser. También llevaba el cabello un poco más largo, pero su aspecto seguía siendo cuidado y pulcro.

—Quiero marcharme definitivamente —dijo, revelando de una vez por todas sus deseos.

—¿Marcharte? —Daniel no levantó la voz. Estaba preparado para esta conversación desde que había escuchado el testamento de su padre—. No puedes hacerlo.

—No voy a quedarme aquí, Daniel.

—Michael, si te marchas ahora nos hundiremos. Lo sabes. Han sido unos meses muy duros para nosotros. La muerte de papá es un gran golpe para la empresa. Si te marchas ahora no podremos sostenernos en pie.

—Lo sé. Por eso tenemos que llegar a un acuerdo, Daniel. Sois mi familia, no quiero haceros daño.

—Un poco tarde para pensarlo ¿no crees? —contestó agriamente su hermano, y Michael se giró hacia él dolido aunque sabiendo que merecía esas palabras.

—Nunca quise este puesto, Daniel, yo no lo pedí —explicó, tratando de no discutir con su hermano.

—¿Y crees que yo sí? Pero es lo que nos ha tocado en esta vida, Michael. Es lo que somos. Esta es la empresa de la familia Warren, la que te ha mantenido durante toda tu acomodada vida —Daniel hizo aquel resumen de su vida de la misma forma que lo hubiera hecho su padre, lo sabía bien.

—Tendremos que encontrar la forma de que solucionarlo porque yo no quiero continuar aquí. Así que esto es lo que hay. Lo tomas o lo dejas. Si quieres mañana mismo tendrás la totalidad de las acciones. El dinero no me importa. Tú decides. —añadió, sin apartar los ojos de su hermano.

Daniel se mantuvo firme. Sabía que tendría que llegar a un acuerdo con Michael o sería imposible retenerlo. Ni siquiera su padre había podido.

—¿Estás decidido a marcharte? —insistió, era un oponente duro en los negocios y esto no iba a ser diferente.

—Lo estoy —aseguró su hermano mayor.

—Entonces de acuerdo. Planteemos un cambio de dirección. Asumiré el control de la empresa y pasarás a supervisar los proyectos. Eres arquitecto, podrás hacerlo —planteó aquel cambio que llevaba pensando desde que ambos habían tomado el puesto que su padre dejara destinado para cada uno de ellos.

—Me parece bien —aceptó Michael.

—Tendrás que continuar viniendo a la oficina —Daniel trató de conseguir unos mínimos ventajosos para el negocio, ya que la relación familiar no parecía tener posibilidades de reconstruirse, al menos en un tiempo cercano.

—Puedo supervisar los proyectos desde cualquier ordenador conectado a la red. Lo sabes —repuso con seguridad.

—No quiero un hermano fantasma. Necesito que estés aquí físicamente. Es la única forma de dar confianza —insistió Daniel—. Si estás dispuesto a ello, claro.

—¿Qué necesitas? —Michael se dispuso a negociar, pensando que su hermano se merecía que él no volviera a dejarlo en la estacada.

—Necesito que vengas al menos varios días cada semana —presionó Daniel, dándose cuenta de que esta era la única oportunidad que tenía de llegar a un acuerdo con su hermano—. Es tu obligación, Michael. Somos tu familia. Podrás elegir proyectos diferentes, tendrás la oportunidad de hacer algo distinto, tal como siempre has querido. Pero necesito que muestres tu apoyo a la empresa y a la familia.

—Me pides mucho, Daniel.

—Lo mismo que yo te daré. Siempre te he apoyado, lo sabes —el joven sostuvo la mirada de su hermano mayor antes de continuar—. Te necesito, Michael.

Michael lo pensó durante unos momentos. Era una decisión difícil, pero sabía que su hermano era sincero. También era la única familia que tenía.

—De acuerdo —aceptó.

—¿Te comprometes a venir cada semana, Michael? —repitió como si necesitara que quedara claro ese punto entre los dos.

—Sí. De acuerdo, Daniel. Ya te lo he dicho.

—Una cosa más. Quiero que asistas de vez en cuando a las cenas o comidas de negocios. Quiero tenerte a mi lado.

Michael se mostró más molesto por esa nueva petición.

—Está bien —terminó por ceder.

Daniel asintió satisfecho. En esos momentos el apoyo de su hermano era importante para él, no solo para el negocio.

—Hay algo más —añadió Michael.

Los siguientes minutos, su hermano pequeño escuchó su discurso sobre un pequeño hotel en un pueblo, al lado de la costa; al parecer era donde él había estado trabajando y alojándose esos meses, ahora el dueño, por uno de esos azares del destino, quería venderlo y dedicarse a la pesca.

—Así que quieres comprar un pequeño hotel en un pueblo, reformarlo, y ocuparte de la dirección.

—Eso mismo. ¿Qué te parece?

Daniel pensó que si le decía lo que realmente pensaba su hermano se ofendería, así que esperó un poco para volver a hablar.

—Puede ser interesante.

—Sé que te parece una locura, Daniel, pero creo que puede funcionar. Reformaré el lugar, tiene muchas posibilidades, y contrataré personal suficiente. No me va a llevar demasiado.

—Llevas razón. Me parece una locura —repuso con calma—. Pero es tu decisión.

—Sí. Lo es. —Rotundo de nuevo, Michael pensó que era mejor no contar todavía nada sobre Sarah o su hermano pensaría que solo hacía eso por una mujer.

—Te gustará. ¿Recuerdas las historias que nos contaba el abuelo? —Michael se dio cuenta de que su hermano ni siquiera sabía que su abuelo Jack había vivido en ese pueblo y no imaginaba que su padre también nacido allí.

—Sí, las recuerdo.

—Es un lugar perfecto, Daniel —le aseguró, aunque sabía que iba a ser difícil que él viera nada bueno allí.

—Si tú lo dices...

Daniel tenía miedo de que si Michael llegaba a encontrarse cómodo en aquel lugar el suficiente tiempo terminase por dejar definitivamente Boston para establecerse en el pueblo, pero no podía obligarle a quedarse en la ciudad, ni siquiera su padre lo había conseguido. Había visto el cambio en la mirada de su hermano cuando le había

hablado de su proyecto. Sus ojos parecían cobrar vida contando las bondades de la isla, el futuro que podía tener el hotel. Nunca le había escuchado hablar de un proyecto con tanta ilusión y vehemencia. Durante un pequeño instante sintió envidia al comprobar que había encontrado su camino en la vida, había encontrado su lugar en el mundo, y era lejos de todo ese pesado pasado familiar, tanto que su apellido no significaba nada y podía ser libre.

—Abriré mi propio negocio al tiempo que me encargo de ayudarte con la empresa. Ese es el trato, Daniel —afirmó con decisión.

—Me parece justo —Daniel extendió su mano para cerrar el compromiso—. ¿Trato hecho entonces?

—Trato hecho.

Estrecharon sus manos cerrando así el contrato entre ellos, solo de palabra, pero más firme que si lo hubieron firmado frente a mil abogados.

Frente a frente, los hermanos ahora por fin se entendían y sabían que se ayudarían en todo lo necesario. Como compañeros de batalla, uno al lado del otro. Aunque estuvieran separado por más de quinientos kilómetros. Michael observó algo diferente en la mirada cristalina de su hermano, algo parecido a la nostalgia, pero la sonrisa de Daniel borró cualquier rastro. ¿Qué pensaba de verdad Daniel? ¿Tal vez le hubiera gustado abandonar todo como a él?

En un impulso, tiró con fuerza de la mano de su hermano y lo trajo a sus brazos. Podía contar con los dedos de una mano las veces que habían tenido tanto contacto físico, sin embargo se sentía bien. Daniel era su familia, y le quería aunque ahora su vida se encontrara en otro lugar.

El lunes fue un día lleno de tristeza pero también de esperanza. Después de pasar el fin de semana junto a Michael, Sarah comenzaba la semana sin saber qué sucedería en su vida de ahora en adelante.

Aunque eran las vacaciones de verano de la universidad por suerte se encontraba ocupada ayudando en el hotel a Cal y no se aburría, los escasos turistas que ocupaban el hotel iban y venían en el estío y ella se pasaba todo el día subiendo y bajando la escalera que llevaba a las habitaciones para mantenerlas a punto y sirviendo las mesas. En muchas ocasiones se encontró mirando la puerta de la buhardilla donde había estado alojado Michael.

Noah y Elly trataban de ayudarla, hacían planes cuando no estaba trabajando y por las noches se dedicaban a ver películas y comer hasta no poder moverse llenos de hamburguesas, tacos o pizza.

No había querido hablar más sobre Michael con Cal; si antes se mostraba comprensivo, los últimos comentarios no eran nada amigables y ella no quería ser motivo de discusión entre ellos. Sabía que Cal tenía razón con sus dudas, ya se había ido una vez y ella no podía sentarse a esperar a que la vida de Michael estuviera en orden y decidiera incluirla en ella definitivamente. Sí, sabía todo eso y su parte racional le decía que era mejor no guardar demasiadas esperanzas, pero también confiaba en su corazón, siempre se había dejado guiar por él y ahora sentía que debía tener fe en Michael.

Sentada en el sofá al lado de Elly miraba uno de esos concursos absurdos pero divertidos y esperaba que Noah saliera de la cocina con la pizza que había preparado para ellas. Su teléfono móvil sonó y Elly fue más rápida en cogerlo, haciendo un gesto divertido al ver la identificación de la llamada.

Era Michael.

—¿Estabas durmiendo? —preguntó cuando ella por fin contestó la llamada.

—No, estaba viendo la televisión con Elly, aún no hemos cenado.

—¿Y Noah? —añadió, con la pequeña esperanza de que él se hubiera marchado dejando a las dos amigas solas.

En ese momento Noah regresó al salón con una gran pizza cargada de bacon, queso y cebolla picada.

—Acaba de llegar con la pizza —dijo Sarah, mirando con hambre la porción que su amigo la ofrecía.

—¿Quieres que te deje cenar? ¿Hablamos más tarde? —ofreció, con la rabia subiendo por su garganta al saber que ese otro chico estaba a su lado y compartía con ella la noche. Seguía sin entender bien esos sentimientos tan nuevos para él, trataba de no pensar en ella cuando estaba trabajando, pero cuando llegaba la noche no podía evitar que su cabeza diera vueltas y más vueltas, pensando todo tipo de cosas, viendo cómo Noah bailaba con Sarah y la abrazaba, cómo ella le sonreía. Todo aquello no le hacía dormir bien, pero al menos servía para que su decisión de seguir adelante con su plan de cambiar su vida se mantuviera mucho más firme.

—No te preocupes, no es una cena formal. ¿Qué tal ha ido tu día? —dijo, comiendo la pizza que todavía estaba demasiado caliente.

—Bien, trabajando —contestó, acomodándose en su sofá, en la soledad de su apartamento, con los pies sobre la mesa de centro y una cerveza a su lado, mirando los restos de un poco de comida china que había comprado en la calle—. He llegado a un acuerdo con mi hermano —anunció, pasando los canales del televisor buscando el concurso que ella estaba viendo.

—¿Un acuerdo? —repitió Sarah, ante la atenta mirada de su amiga que parecía no perderse detalle de la conversación.

—Sí. Hoy le he comunicado que no quiero seguir aquí en Boston —soltó la noticia decidido. Sarah tenía que saber que iba en serio, era su única oportunidad, sobre todo si Noah decidía hacer algún movimiento con ella mientras él no estaba allí.

—Vaya —exclamó Sarah. Aunque Michael le había asegurado que no quería seguir viviendo en la ciudad ella nunca le había creído capaz de dar el paso con tanta rapidez.

—Tendré que venir todas las semanas. No va a ser fácil —continuó él, detallando el acuerdo al que había llegado con Daniel.

A Sarah aquellas palabras le sonaron extrañas. El Michael que ella conocía era un sencillo camarero, servía cafés y limpiaba el suelo, su otra vida era para ella un completo secreto.

—He pensado que pasaré aquí el principio de semana. Regresaré el jueves, cuando llegues el viernes de la universidad nos encontraremos.

—Sí. Parece buen plan —aceptó ella, sin atreverse a opinar nada más, pero con una sonrisa que hizo que Elly comenzase a hacer muecas y burlas.

—¿Vas a seguir durmiendo en el campus de lunes a viernes, verdad? —preguntó, tenía muy claro que la principal finalidad de todos esos planes era estar todo el tiempo posible con ella.

—No lo había pensado. Quiero decir, sí, es lo que llevo haciendo estos tres años —contestó, sin saber muy bien a dónde quería llegar Michael, todavía quedaba tiempo para que el curso comenzase.

—Me parece bien. Pasaremos los fines de semana juntos. Al menos por ahora —resumió Michael, esperando que ella no tuviera nada que objetar. Había pensado que lo más difícil era convencer a Daniel de su propuesta, y lo había conseguido, así que ahora solo quedaba que Sarah también se mostrara de acuerdo.

Ella no dijo nada más y Michael no tenía otra cosa que añadir, así que el silencio se extendió a través de la línea.

—Esto va a ser un poco extraño, ¿verdad? —terminó por soltar, junto con un suspiro que dejaba ver su cansancio.

—Sí —afirmó Sarah, hablando repentinamente muy bajo, tratando de ignorar las bromas de Elly y mirando extrañada el gesto hosco de Noah, que parecía prestar demasiada atención a su pizza.

—Quiero intentarlo, Sarah. ¿Estás de acuerdo? —preguntó, bajando también la voz, como si ambos estuvieran guardando un gran secreto, y así era para él, porque aún no le había confesado a nadie sus verdaderos sentimientos por Sarah. Ella se había convertido en quien guiaba su vida, sus ojos eran su buscada Estrella Polar que le indicaba el rumbo a seguir para llegar a su hogar.

—Estoy de acuerdo —aceptó, mordiéndose los labios para no reírse cuando Elly fingía darse besos con uno de los cojines.

—Bien. ¿No te molesta que te llame, verdad? —continuó todavía nervioso Michael.

—Gracias por llamar —contestó Sarah, y él imaginó la sonrisa que en esos momentos ella tendría en su rostro.

Michael suspiró pensando en que pronto podría contarle sus planes de comprar el viejo hotel de Cal. Quería hacerlo cara a cara para poder ver su expresión, porque también tenía otros planes para ellos. En solo esos meses se había dado cuenta de que Sarah era la mujer junto a la que quería pasar el resto de su vida... si ella le dejaba.

—Buenas noches, entonces.

—Buenas noches —contestó Sarah, conteniendo dentro de su corazón todo lo que en ese momento sentía.

—Sarah... —Michael cerró los ojos un segundo antes de dejar salir las palabras que habían crecido sin darse cuenta en sus labios, en un último segundo consiguió retenerlas y en su lugar dijo—, descansa. Hasta mañana.

—Hasta mañana, Michael.

Un momento después la llamada se cortaba y ella se quedaba sentada en su sofá con el teléfono entre las manos y las mariposas de su estómago intentando revolotear libres por toda la habitación. Elly la golpeaba con el cojín riendo mientras Noah seguía con cara de pocos amigos enfrascado en su silencio.

Sin poder aguantar más allí sentado, Noah se levantó y fue a la cocina, dejando a las dos chicas confusas por su comportamiento. Sarah le siguió, preocupada por su amigo sinceramente, y le encontró en la cocina apoyado en la encimera con la cabeza agachada.

—Noah —llamó, poniendo su mano sobre el brazo de él—. ¿Estás bien?

Él dejó salir el aire despacio antes de contestar.

—Sí, tranquila, ahora vuelvo.

—¿Quieres contarme qué te pasa? —insistió, presionando sus dedos ligeramente.

—No es nada, Sarah, de verdad. Ahora vuelvo.

Elly estaba en la puerta mirándolos a ambos. Desde que había llegado Michael a la vida de Sarah había visto cómo su amigo peleaba con sus propios sentimientos.

—Noah... —la voz de Sarah suave le hizo cerrar los ojos.

Él se dio la vuelta, intentado poner en orden sus pensamientos antes de hablar.

—Es inútil que siga fingiendo que no siento nada, Sarah. No puedo más.

—¿Qué quieres decir?

—Que te quiero, Sarah, que aún te quiero —lo soltó sin poder guardar el secreto más tiempo, subiendo lo suficiente la voz para que Elly también lo escuchara—.

Sé que dijimos que solo seríamos amigos, pero Sarah, no puedo mandar en lo que siento. Y yo te quiero.

Sarah, sin soltar su brazo, le miraba preocupada en silencio.

—Siempre he guardado la esperanza de que tú y yo... de que un día...

—Pero Noah, no te he mentado. Solo podemos ser amigos. Lo intentamos y no funcionó.

—No funcionó para ti, Sarah, pero yo te quería. Fuiste tú quien decidiste que seríamos amigos. Y yo... quiero más.

El silencio de Sarah se hizo incómodo y Noah sacudió la cabeza.

—Lo siento. No he debido decir nada. Pero Sarah, piénsalo. ¿Qué te da él? Yo estaría a tu lado. Siempre, Sarah. Estaría a tu lado. Lo sabes bien. Te cuidaría y acompañaría cada día.

—Noah, de verdad lo siento. Yo... —Sarah le miró con los ojos cargados de lágrimas. Él era su amigo, su confidente, y ahora se daba cuenta de cuánto daño le había estado haciendo este tiempo, sin darse cuenta de que él seguía sintiendo algo por ella.

Él la miró, sus ojos azules se tornaron tristes, había sido un tonto al guardar silencio todo ese tiempo.

—Voy a salir a dar un paseo. No te preocupes.

Se soltó de la mano de ella y salió de la cocina. Elly se apartó para dejarle pasar, sabiendo que era mejor que en esos momentos estuviera solo, y le vio salir caminando como si hubiera perdido esa vitalidad con la que siempre se movía, con los hombros bajos y las manos en los bolsillos.

\*\*\*

Michael se encontró deseando cada día con más fuerza que llegara el jueves. Trabajaba todo lo que podía para no defraudar a su hermano, se sentía en deuda con él tanto como con su madre, aunque prefería no pensar en su ya fallecido padre. Su relación no había sido buena, cierto, pero era su padre. No podía permitirse la culpabilidad en esos momentos o no sería capaz de encontrar el valor para continuar con la vida tal y como la había planeado. Se sentía destrozado cada vez que su madre le negaba un saludo o evitaba que él le diera un sencillo beso en la mejilla, pero compensaba ese dolor con la esperanza de ver a Sarah y pasar unos días con ella.

Aunque al principio iba a ser difícil estaba seguro de que en poco tiempo ambos estarían acostumbrados.

Respiró hondo terminando de vestirse para ir a comer a casa de su madre donde su hermano le había invitado y volvió a echar otra mirada al espejo. Todo estaba en su sitio. El pelo ordenado, su piel afeitada perfectamente y la corbata immaculada con un nudo ejecutado con destreza.

Se dirigió a la casa familiar en su coche y aparcó como siempre hacía en la entrada. Por un momento recordó aquella noche en que lo había dejado allí aparcado, la noche en que había cambiado su vida para siempre.

—Llegas pronto. Mamá todavía se está arreglando —le saludó su hermano en cuanto le vio aparecer.

—No había tráfico —explicó despreocupado, aunque en su interior estaba tan nervioso como todas las últimas veces en que comía en casa de su madre.

—Solo es una comida, tranquilo —dijo Daniel, al percatarse de su forma de jugar con el nudo de su corbata. Sabía que estaba siendo muy duro para su hermano aceptar la nueva situación, y aunque él trataba de interceder frente a ella, Elizabeth se mostraba inflexible como nunca lo había sido.

Michael le siguió por la casa hasta el comedor principal donde ya se encontraban dispuestos los cubiertos. Estaba decorado con un sencillo ramo de camelias rosas y se dio cuenta de que la cristalería era nueva. Justo iba a preguntar a su hermano cuando su madre, Elizabeth, entró en el salón vestida con un discreto traje de chaqueta en color azul oscuro y una camisa del mismo tono pálido de las flores, con sus cabellos dorados recogidos. No iba de luto, pero sí mantenía una vestimenta respetuosa y apropiada, y Michael pensó que su madre siempre había sobresalido por ser una de esas mujeres que sabían mantenerse perfectas fuera cual fuera la ocasión.

—Buenos días —les saludó tomando asiento en una de las sillas, dejando libre la cabecera.

Michael se armó de valor para otra comida dentro de aquel clima de frío ártico que había entre ellos dos. Tomó asiento presidiendo la mesa, lugar que ocupaba por derecho de nacimiento desde que su padre había fallecido, y su hermano se sentó a su derecha, frente a su madre. Inmediatamente el personal de servicio trajo la bebida y sirvió una ensalada ligera mientras ellos permanecían en silencio.

Cuando se quedaron a solas fue su hermano pequeño quien se decidió a comenzar.

—Ha sido una buena semana ¿verdad Michael?

—Sí, ha ido bien. Creo que en breve conseguirás cerrar el proyecto para la cadena de hoteles en California —comentó, estaba de verdad orgulloso de que su hermano hubiera cerrado tan buen trato, sabía que muchos ponían en duda su valía, pero Daniel era, pese a su edad, un gran abogado y negociador.

—Eso espero. Sería bueno para nosotros. Remodelar sus edificios nos daría un buen respaldo, no solo económico, sino de imagen. Terminaría con las dudas que hay ahora mismo sobre nuestra empresa —expuso mientras comían. Esa era la principal preocupación de todos en la empresa, y para ello trabajaban duramente. Tenían que conseguir demostrar que eran un valor firme y seguro como siempre habían sido.

—¿Qué dudas? —intervino su madre. Estaba acostumbrada a participar en las conversaciones ahora que ya no las dirigía el Señor Warren, y sus hijos no se sentían incomodados por ello ni por explicarle los detalles que ella pidiera.

—Nuestra solvencia. Tenemos que demostrar que podemos continuar con el negocio aunque ya no esté nuestro padre —explicó Michael, aunque ella no se molestó en dirigirle una mirada.

—No te preocupes, mamá, todo está bajo control —añadió su hijo menor.

—No me preocupo. Sé que tú, Daniel, te estás encargando de todo —repuso con una mirada dulce y orgullosa hacia su hijo menor.

Michael apuró su copa y él mismo se sirvió un poco más. Era una novedad que durante las comidas familiares se sirviera vino, su padre no solía permitirlo y él no estaba seguro de si agradecer este cambio, porque estaba acostumbrándose a beber demasiado en aquellos encuentros.

—Michael ha sido quien ha conseguido este contrato, mamá —explicó Daniel.

Su madre ignoró el comentario tal como venía haciendo y continuó con la ensalada.

—Estaban buscando un cambio y él ha sabido cómo llegar a ellos. Será un buen negocio —añadió el joven, en un intento más de ayudar a su hermano mayor.

Daniel la miró un poco cansado, no soportaba aquella situación, había intentado varias veces hablar con ella pasados los primeros días de duelo pero no había dado resultado. Sabía que si quería que funcionara el trato con su hermano, tenía que conseguir que su madre lo aceptara de nuevo o aquella situación terminaría por estallar en sus narices y él se iría definitivamente.

Quizá fue el vino, o quizá fue que vio el cansancio en los ojos azules como los de su madre de Daniel, la cuestión es que Michael no se contuvo esa vez.

—Déjalo, Daniel. Mamá no quiero escuchar hablar de mí.

El silencio se hizo sobre la mesa, Elizabeth lo fulminó con la mirada como si deseara hacerle desaparecer en aquel justo instante, pero lo único que sucedió fue que retiraron los platos y sirvieron la carne guisada.

—Michael...—Daniel le rogó con la mirada para que se disculpara.

—No, no voy a disculparme. Estoy harto de esta situación. No soy bienvenido en esta mesa ni en esta casa. Creo que ha quedado suficientemente claro. Lo mejor es que me marche—dijo, levantándose de la silla. Dejó la servilleta sobre la mesa y dirigiendo una última mirada a su madre se dispuso a marcharse.

—Siéntate.

La voz de Elizabeth sonó suave pero fuerte. Daniel casi contuvo la respiración un segundo y miró a su hermano suplicante, pero Michael estaba tan sorprendido como él.

—Siéntate, Michael—repitió su madre.

El joven regresó a su lugar, cabizbajo, y se quedó frente a su plato sin ser capaz de comer nada.

—No sé qué esperas de mí. Sé que me odias y crees que soy el culpable de que haya muerto —comenzó a hablar, sin levantar la vista del plato, ante el silencio de su hermano y de ella—. He pensado mucho en ello. Sé que no es mi culpa.

—¿Eso crees? —preguntó Elizabeth, en sus ojos azules había una mezcla de cansancio e ira que sus hijos nunca habían visto.

—No es mi culpa —insistió Michael.

—Te fuiste, Michael. Te marchaste. Le dejaste solo sin tener el valor de llamar para dar una explicación. ¿Sabes la vergüenza que supuso? Al principio trató de ocultarlo, pero fue inútil. Después de todo tú nunca te habías molestado en ocultar lo que sentías. Todos podían verlo. El primogénito de la familia Warren parecía un condenado. Al fin el pobre escapó, buscando la felicidad que su padre no era capaz de darle —Elizabeth habló imitando el tono que debían usar las cotillas de la ciudad.

—No es mi culpa —repitió una vez más Michael, con el dolor campando por su pecho al escuchar a su madre.

—Lo es. Él te amaba, Michael. Nunca lo ocultó. Y tú le pagaste con el desprecio hacia él y hacia todos nosotros.

Sin tener nada más que decir, Elizabeth se levantó para abandonar ella misma la mesa, incapaz de continuar en la misma habitación que Michael.

—Disculpadme. Podéis terminar la comida —dijo, y con la misma mirada fría cargada de ira añadió, sin apartar su vista de su hijo mayor—. Mañana nos veremos en la cena del Club de Golf. Serás mi acompañante, Michael, como te corresponde por ser el primogénito.

Sus dos hijos se mantuvieron en silencio mientras ella abandonaba la estancia con la misma calma de que hacía gala siempre.

Michael se encontró con los ojos de su hermano. Daniel estaba serio, no había dicho nada. Él sabía que pensaba igual aunque no lo dijera, aunque su mente, más analítica y fría, supiera que no era verdad.

—Lo siento —comenzó—. Mañana no puedo ir a esa cena, Daniel. Acordamos que los fines de semana serían míos.

Daniel le miró incrédulo mientras tomaba un poco de agua intentando pasar el mal trago.

—Es mamá, no son negocios —le miró duramente, sus ojos azules recordaban a la mirada enfadada que acababa de ver en Elizabeth—. Somos tu familia, Michael. Lo quieras o no, somos tu familia. No he dicho nada durante todo este tiempo, aunque no entiendo tus motivaciones. Quizá quieres saber qué pasó mientras tú no estabas.

Michael vio los nudillos de su hermano apretarse y pensó que rompería la copa, pero Daniel siempre sabía controlarse, y continuó hablando con aquella calma que le caracterizaba.

—Mañana estarás a su lado, lucirás una perfecta sonrisa y uno de esos trajes que tanto odias, charlarás animado y bailarás con ella. Llegaremos juntos y abandonaremos la fiesta juntos. Como debe hacer una familia unida.

Daniel se levantó de la mesa sin dar oportunidad a su hermano a objetar nada contra los planes que acababa de exponer. Sin añadir nada más, salió del salón y Michael se quedó allí solo, sintiendo que su corazón era tan pesado como una piedra, peleando por el amor que sentía por su familia, el que se había empeñado en enterrar en el fondo. Sabía que no eran solo obligaciones, era su madre, era su hermano, y su vida no estaría completa sin ellos.



Sarah contestó el teléfono con una sonrisa cuando vio que la llamada era de Michael, llevaba toda la semana esperando que llegase el viernes para volverle a ver, pero en solo unos segundos desapareció de su rostro, dejando paso a una expresión triste y cansada. Noah la miraba mientras comía su hamburguesa y dio una patada a Elly bajo la mesa para llamar su atención.

Había esperado la llegada del fin de semana con ansiedad e ilusión, y ahora todo cambiaba. Al otro lado del teléfono escuchaba a Michael hablar algo sobre su familia, una cena, su madre, y una fiesta a la que no podía faltar. Sarah asentía en silencio, hasta que al final la conversación terminó.

—No va a venir —anunció Noah, como si supiera exactamente qué habían hablado.

La expresión de Sarah era tan triste que le hizo estar más enfadado.

—¿Y qué es esta vez? ¿Qué excusa ha puesto? —la interrogó enfadado.

—Una fiesta. Algo de su familia y una fiesta.

—Vaya, si que sabe divertirse. ¿No te ha invitado? Eso sería lo normal ¿no? Si te quiere tanto como dice eso sería lo normal —continuó, dejando que la rabia hablara por él.

—Noah, déjalo —intentó mediar Elly al ver la abatida mirada de Sarah.

—Sí, mejor no digo nada más. —Su amigo se levantó de la mesa enfadado, dejando la cena sin terminar—. No quiero escucharos hablar ni una palabra de ese tío ¿habéis entendido?

Sarah y Elly le miraron algo confusas.

—Ni una palabra. Nos vamos a tomar algo, a divertirnos. ¿Es viernes, no?

Elly estuvo de acuerdo con su idea y Sarah se dejó arrastrar, aunque no tenía ganas ni ánimos para salir de su casa. Sus amigos tenían razón, lo sabía. Michael había fallado otra vez. Quería repetirse que sus razones eran de peso, ahora que él le había contado su situación familiar sabía lo difícil que era para él abandonar Boston. Pero su corazón no entendía nada de eso. Se sentía engañada y triste porque él no estaba a su lado.

En aquel bar del pueblo donde se congregaban los jóvenes y no tan jóvenes para tomar unas cervezas los fines de semana, la música sonaba alta y eso era bueno, porque no tenían que hablar si no querían.

No se había vestido de ninguna forma especial, pero eso no era importante. Allí ella podía ir en vaqueros y zapatillas sin que nadie pensara que era extraño que una mujer no llevase vestido. Allí podía ser ella misma. Ese sábado, Michael estaría rodeado de mujeres con vestidos hermosos, una fiesta, eso había dicho. Ahora sabía bien qué sociedad era la que él frecuentaba, y mirando a su alrededor las mesas de madera algo sucias, a sus vecinos que vestían ropas desgastadas y cómodas, se dio cuenta de la distancia que los separaba.

«Es una fiesta con su familia, en el club de golf», se repitió dando un sorbo a su cerveza.

—No ha cambiado nada por aquí —observó Noah mirando a los jóvenes que llenaban el local.

—Es lo bueno de los pueblos, a veces parece que el tiempo esté detenido. Cuando vengo de la universidad siempre estoy segura de lo que voy a encontrarme. — Sarah comenzó a parlotear, agradeciendo poder dejar de pensar y disfrutar de aquella noche—. Pero es perfecto ¿verdad? Aunque a veces me gustaría que algo fuera diferente, no sé, aunque solo fuera que la carta de Cal ha incluido un plato vegetariano. Eso sí sería toda una sorpresa ¿verdad? ¿Puedes imaginarlo? Pero no, llevo varios años viniendo los fines de semana y te aseguro que todos los sábados son iguales y todos los domingos terminan de la misma forma —continuó sin dejar de hablar mientras Elly y Noah la observaban—, salvo cuando hay partido, claro, ese día es especial.

—Sarah —dijo en suave voz baja Noah.

Ella calló un momento y los miró.

—Vamos a pasarlo bien y olvidarnos de todo ¿de acuerdo?

Sarah le miró con ese brillo en los ojos que él no había olvidado, aunque ahora se daba cuenta de que la realidad era mucho mejor que su recuerdo. Es más, se sentía francamente estúpido por haber intentado no pensar en ella o no recordar el poco tiempo que habían pasado juntos. Cuando la sonrisa de ella creció en sus labios tuvo que esforzarse por no besarla allí mismo.

Noah retiró la cerveza vacía de su mano y tomó los dedos entre los suyos.

—Vamos a bailar. —Sin dejar que ella se negara, la arrastró hacia el grupo de gente que se divertía y bailaba. Pero los ojos de Sarah estaban tristes, por primera vez en su vida se sentía una pueblerina. Por primera vez en su vida quería ser una mujer diferente.

Como si supiera con exactitud lo que pasaba por su cabeza, él la envolvió en sus brazos y la movió por la pista, su rabia pronto dejó paso al amor que sentía por ella, y entonces hizo lo que llevaba días deseando hacer. Se detuvo un momento, y cuando ella levantó su cara para mirarlo interrogante, la besó.

Sarah no se apartó de su lado, dejó que los labios de él acariciaran los suyos, que su mano se afirmara en su espalda sujetándola, dejó que aquel beso sucediera.

Cuando Noah se separó de ella los ojos azules del joven estaban inundados de tristeza.

—Lo siento —se disculpó.

Cerró los ojos un momento, necesitaba tragar aquella tristeza que le oprimía el alma, y al abrirlos encontró el cariño en los de su amiga, que no se había separado de él.

Volvió a abrazarla y ambos siguieron bailando hasta que la música terminó.

Desde su lugar en la barra, Elly había presenciado lo sucedido, pero cuando ellos volvieron a su lado no dijo nada.

Al regresar a la casa, Noah ocupó su lugar en el sofá del pequeño salón y encendió el televisor tratando de no pensar. Cansado de dar vueltas y más vueltas en el sofá reviviendo una y otra vez aquel beso y cómo se había sentido ella en sus brazos mientras bailaban, se levantó y corrió unos kilómetros aprovechando que amanecía muy temprano en la isla.

Aspiró con fuerza el aire puro de la mañana, sus pulmones lo agradecieron y mandaron todo ese oxígeno extra por sus músculos haciendo que se sintiera vivo y lleno de energía. Corría entre los altos abetos sobre el suelo lleno de humedad dejando sus huellas marcadas en uno de los caminos que rodeaban el pueblo alejándose de la costa. El verde brillaba con algún rayo de sol que se colaba por el espeso bosque y él daba pasos seguros, escuchando su respiración mezclarse con los sonidos de los animales que sin duda también despertaban. Conocía perfectamente los caminos por haberlos recorrido durante esos años cuando venía a visitar a Sarah en verano, pero esa mañana era diferente. Había decidido dejar de mentir a Sarah y también dejar de engañarse a sí mismo. Todavía estaba enamorado de ella, esa era la razón por la que seguía rechazando a otras compañeras y amigas, sin dar ninguna oportunidad a que se acercaran a él.

Cuando conoció a Sarah lo primero que vio fue su sonrisa. Allí por donde pasaba todos parecían contagiarse de su entusiasmo. Lo supo nada más verla: era una víctima. Había conocido a muchos chicos así en la casa de acogida donde él había estado, niños que llegaban con golpes en la cara, niñas que lloraban por la noche. De todos ellos, unos cuantos se convertían en los perfectos optimistas, luchadores dentro de un mundo que les había destrozado cuando todavía no estaban preparados para dar los primeros pasos solos. El paso por aquel orfanato le había marcado de una forma diferente a los demás. Él no era un niño abandonado, tampoco era una víctima de la violencia doméstica. Sus padres simplemente se habían esfumado cuando tenía tres años. No tenía recuerdos de ellos, así que para él su vida comenzaba

allí, en aquella casa de acogida. A los siete años una joven pareja se fijó en él, cuando todos pensaban que nadie le adoptaría. Era realmente raro a aquella edad, pero la mujer dijo que se había enamorado de esos ojos puros.

Su vida había sido perfecta desde entonces. Unos padres entregados, dinero suficiente para estudiar y vivir con comodidad, abrazos de buenas noches y desayunos familiares los fines de semana.

Era un joven popular en el instituto, no le habían faltado amigos ni novias.

Sin embargo nunca había intimado demasiado con nadie, no hasta que conoció a Sarah y a Elly. Ahora sabía bien por qué. Aunque su vida había sido feliz, aunque no tenía ninguna queja de sus padres, él nunca sería igual a los otros chicos.

Había cargado con ese sentimiento de ser un extraño durante todos esos años. Había luchado a su manera para que nadie se diera cuenta.

Todos se camuflaban de alguna forma para poder sobrevivir en el mundo. Sarah con su sonrisa, Elly con su personalidad arrolladora que mantenía a una distancia prudente a la mayoría de las personas, y él bajo su disfraz de joven triunfador y feliz.

Cuando Sarah aceptó una invitación para cenar juntos se sintió afortunado. Pensó que con ella podría ser él mismo, podría por fin dejar caer la máscara. Se encontró con que era imposible.

Noah se convirtió en el perfecto amigo para ella, la cuidó, la mimó, la llenó de besos y pequeños regalos. Ella, la más frágil de los tres, guardaba un terrible secreto, uno que había dejado marcado su menudo cuerpo para siempre.

Hubiera querido tener frente a frente al desgraciado que se había atrevido a marcarla de aquella forma, pero sabía que nada podría cambiar el pasado.

Fue Sarah quien decidió que el verano sería la mejor forma para separarse, ella la que dijo que necesitaban un tiempo porque aquello había ido demasiado deprisa y eran muy jóvenes para comprometerse.

Él aceptó su decisión, pero no había dejado de amarla. Ahora ella había elegido amar a aquel otro hombre y él quería luchar y decirle que se equivocaba, que la haría infeliz. Porque nunca la entendería, nunca sabría qué se sentía al ser abandonado por las personas que son más importantes en tu vida.

Con la cabeza más despejada pensó que lo mejor era preparar el desayuno y confiar en que ese fin de semana tuviera otra oportunidad.

—Buenos días —saludó, el olor a bacon llenaba la cocina y vio sorprendida a su amigo cocinando, vestido todavía con su ropa de deporte.

—Buenos —contestó, sin querer mirar a Sarah directamente—. No soy un experto en desayunos pero espero que sea comestible.

—Seguro que sí —añadió su amiga, poniendo el agua en la cafetera—. ¿Has salido a correr?

—Me he despertado temprano y me apetecía salir un poco. He visto que el hotel estaba cerrado —comentó mientras servía en un plato unos huevos recién salidos de la sartén.

—Casi no tenemos clientes —contestó Sarah, que también había observado que los fines de semana parecía que su jefe y amigo prefería ir de pesca a trabajar.

—Sarah yo... —se quedó frente a ella pensando cómo comenzar aquella conversación antes de que Elly hiciera su aparición en la cocina—, lo de ayer, bueno, no voy a disculparme.

Ella le miró en silencio sin decir nada.

—Tampoco voy a seguir fingiendo que no siento nada. Te quiero.

—Noah, espera —intentó detener su declaración, odiando ver cómo su amigo le abría su corazón cuando ella no podía ofrecerle nada.

—Tranquila. No te pido nada —añadió, sin apartar su mirada de ella—. Pero quiero que sepas que estoy aquí. No voy a desaparecer ni nada va a cambiar. Estoy aquí.

Sarah le miró y la gratitud y el cariño aparecieron en sus ojos negros, haciendo que Noah se sintiera abatido por no encontrar otro sentimiento, pero también agradecido.

—Vamos a desayunar. Yo no pienso esperar a Elly o se quedará todo frío.

Salió de la cocina fingiendo una seguridad que no sentía en aquel momento pero que era la única forma de poder seguir adelante.

—¡Elly! El desayuno está. ¡Levanta tu culo y ven!

Sarah sonrió mientras servía el café recién hecho. Esos eran sus amigos, su única familia en el mundo.

Michael ajustó el nudo de su corbata antes de tocar el timbre de la entrada principal. Había aparcado el coche junto a la puerta y ahora esperaba paciente. Desde que había muerto su padre su madre había despedido a la mayoría del servicio, decía que era suficiente una cocinera y alguien que le ayudara en la casa. El resultado era que ahora no tenían quién atendiera la puerta.

Cuando por fin su hermano abrió, sonrió al ver sus bucles rubios en orden y su traje oscuro que realzaba el aspecto juvenil.

—Llegas pronto —dijo Daniel al recibirle.

—No he querido arriesgarme. ¿Estáis listos?

En ese momento su madre apareció con un elegante vestido de tono pastel. Michael apoyaba su decisión de no vestir de luto, sabía que además su padre nunca había estado de acuerdo en que las mujeres se encerraran y se cubrieran de negro, era de las pocas costumbres sociales que le parecían inútiles y absurdas. Ahora que era adulto, Michael se preguntaba si su padre había comprendido que el luto era una muestra de respeto y dolor, tal vez el señor Warren no había querido nunca a otro ser humano lo suficiente para entenderlo.

Entró en la casa y sonrió antes de ofrecerle su brazo.

—Estás muy hermosa —dijo, mostrándose todo lo educado y formal que podía, aunque lo decía de corazón.

Elizabeth no se molestó en contestarle ni tomó su brazo. Caminó hacia el coche esperando que Daniel le abriera la puerta y Michael sacudió la cabeza pensando que iba a ser una noche larga y desagradable. Parecía que seguía empeñada en castigarle y él no podía escapar de allí.

Condujo pensativo hasta el club de golf, con la música al suficiente volumen para sentirse acompañado en el silencio del auto y cuando llegó salió para abrir la puerta de su madre. Esta vez ella sí aceptó su mano, aunque no le sonrió.

Daniel caminó a su lado y él dio las llaves al aparcacoches para disponerse a entrar.

Hacia muchos meses que no frecuentaba el club, pero el lugar no cambiado. Comprobó cómo algunos conocidos sonreían amables al verlos y se dispuso a saludar y socializar como se esperaba de él.

Sin alejarse de su madre y su hermano, Michael bailó aquella danza social conocida, moviéndose entre apretones de manos, besos en el aire cerca de las mejillas, pequeños golpes en el hombro y palabras vacías y vacuas que le decían cuánto se alegraban de volver a tenerlos allí. En contra de lo que pensaban, no fue difícil para él.

Conversó con los hombres que conocía, viejos amigos de la familia que no dudaron en acercarse, apoyó a su hermano y dirigió dulces comentarios a las mujeres que conversaban con su madre.

Fue, en definitiva, el perfecto acompañante.

Un golpe discreto de su hermano Daniel le hizo mirar hacia la derecha y descubrió a Adele. Tan bonita como recordaba, envuelta en un sencillo vestido color marfil que realzaba su piel dorada, le dirigió una amable sonrisa en cuanto le vio. Michael pensó que lo mejor era mostrar valentía y respeto y ser él quien se dirigiera a ella, aunque fuera a riesgo de recibir una fría bienvenida por parte de su padre, que con seguridad estaría bastante cerca. Así que bajo la discreta mirada de su hermano y de su madre, encaminó sus pasos hacia ella.

—Estás preciosa —saludó sin atreverse a darle dos besos en las mejillas.

—Tú también. Me alegro de verte —ella fue la que deshizo el último metro que los separaba para que él pudiera saludarla de la forma correcta.

—Tu padre seguro que no pensará lo mismo —bromeó, y agradeció que un camarero se acercó ofreciéndoles una bandeja con copas de vino. Tomó una para ella y otra para sí mismo y bebió un poco para darse más ánimos.

—Me dijeron que habías vuelto. Siento mucho la muerte de tu padre —comentó despreocupada, mirando a su alrededor por si el suyo se encontraba demasiado cerca.

—Gracias, Adele —contestó con sinceridad, y no rechazó la suave mano de ella cuando sujetó sus dedos con discreción. El contacto conocido en otros tiempos le reconfortó y pensó que eran esos pequeños recuerdos lo que no quería dejar enterrados.

—¿Cómo estás? ¿Qué tal te va con esa chica?

Michael se sintió extraño hablando de Sarah. En ese club de golf, tan lejos de la isla que se había convertido en su refugio, parecía que su mundo era otro. Trató de imaginar a Sarah entre esa gente y no pudo, ni siquiera fue capaz de imaginarla conociendo a su madre y a su hermano Daniel.

—¿Sigues con ella, verdad? —añadió Adele al ver su expresión contrariada.

—Sí, algo así —acertó a contestar.

—Estás haciendo lo correcto, Michael —la mano de Adele subió hasta acariciar su mejilla y él no se apartó—. Estoy orgullosa de ti.

Adele se acercó y dejó un cariñoso beso en su mejilla.

—Será mejor que vuelvas junto a tu madre —se despidió, con el temor de que aquella escena terminara en un altercado si su padre le encontraba hablando con ella, y Michael, obediente, hizo lo que ella le pedía regresando al lado de Elizabeth, que había estado observando discretamente desde su lugar.

—Es una mujer increíble —dijo cuando él estuvo de nuevo junto a su familia.

—Sí, lo es —aceptó Michael, acompañando cortés a su madre al comedor que acababan de abrir para comenzar la cena.

Elizabeth había observado a su hijo, no se le había escapado el caminar algo cansado, el esfuerzo que hacía al conversar y mantenerse siempre en su correcto lugar. Esperanzada, esperaba que entre Adele y él las cosas pudieran solucionarse. A sus ojos la joven Wakefield era la pareja perfecta para su hijo mayor: serena y educada, inteligente y discreta. También era fuerte, como había demostrado esos meses al mantenerse firme pese a los cotilleos y rumores que habían corrido con la súbita desaparición de Michael.

No hubo ningún otro momento en que él pudiera volver a encontrarse con su exnovia, cuando comenzó el baile y él se dispuso a ser el acompañante de su madre, la joven abandonó el lugar excusándose por un dolor de cabeza, y Elizabeth tuvo que contentarse con mantener la fe en que pronto habría otra oportunidad para ambos. Bailó con su hijo, dejando que él la guiara por la superficie de madera, disfrutó de la brisa de la noche, la música, el ruido apagado de las risas y las conversaciones.

Al mirar a Michael a los ojos su corazón se detuvo un segundo. Esos ojos grises eran la viva imagen de los de su padre. Mantenían la misma tristeza que ella recordaba en su marido Paul cuando era joven, esa tristeza que había dejado el lugar a una fuerte determinación y fuerza, una frialdad que le alejaba del mundo. Solo ella había conocido al verdadero Paul Warren, sus miedos y sus debilidades. Ella había sido la compañera que él necesitaba, siempre atenta, siempre a su lado, siempre esperando a que regresase a casa para escucharle y apoyarle. Su marido había sido un hombre inteligente y brillante, dotado para los negocios. Pero había dejado su vida atrás y no podía perdonárselo. Pocas veces había hablado de su familia o de su infancia, pero entre lo poco que sabía de él, Elizabeth conocía que su abuelo y su padre habían cuidado de él cuando le abandonó su madre, aunque su padre siempre lo negó, manteniendo la esperanza de que regresase junto a ellos. Ese era el gran secreto, uno que ella había prometido guardar.

Elizabeth amaba a sus hijos con toda su alma, aunque la furia por el comportamiento de Michael todavía se mantenía viva. Miraba a su hijo y esperaba que él encontrase también una mujer que le acompañara, una que fuera capaz de aligerar la carga que llevaba en su corazón.

Esa noche Michael descubrió en los ojos azules de su madre una mirada distinta y soñó que ella le perdonaba. Cuando terminada la velada los volvió a llevar a la

que había sido su cada durante tantos años, se atrevió a depositar un ligero beso en la frente de su madre y ella por primera vez desde su regreso no se apartó y le invitó a tomar un café antes de regresar a su apartamento.

Qué distinta era esa casa ahora. Ambos hermanos tomaron una taza de café en el pequeño salón donde su padre solía leer el periódico los domingos, hablaron de deporte y de banalidades sentados en los sofás que rodeaban una pequeña mesa de madera donde su madre dejó un pequeño plato con un puñado de pastas de té, su pequeña debilidad.

Todavía era muy pronto para que la confianza regresase y compartieran confidencias, pero Elizabeth vio orgullosa cómo los dos, tan diferentes, encontraban el camino a seguir juntos, ayudándose y apoyándose. Tal y como ella sabía que debía ser.

Unas horas más tarde, en la soledad de su apartamento, Michael encendió el televisor de su dormitorio para no sentir aquel silencio que le rodeaba y se descalzó sin preocuparse de dónde quedaban sus zapatos. El cansancio le caía de golpe y solo pensaba en meterse en la cama después de una ducha.

Pero tenía otra cosa más importante que hacer, algo que no había dejado de pensar ni un momento entre las conversaciones con toda aquella gente que se había cruzado con él.

Quería llamar a Sarah y volver a escuchar su voz.

Pulsó la pantalla táctil de su teléfono para buscar el perfil de ella y vio la foto de la estrella con que identificaba su número.

—Buenas noches. ¿Te he despertado? —preguntó, esperando escuchar la voz de ella al otro lado.

—Sí —contestó, levantándose de la cama lo más sigilosamente posible para no despertar a Elly.

—Lo siento —se disculpó, y bajó el volumen del televisor para poder escucharla.

—No te preocupes.

—¿Qué haces? —escuchaba ruidos que no conseguía entender y por un momento la idea de que Noah estuviera con ella le hizo sentir cómo su estómago se retorció.

—Estaba cogiendo una chaqueta para salir —continuó ella, hablando en susurros.

—¿A la calle? ¿A estas horas?

—Sí, no quiero despertar ni a Elly ni a Noah —le explicó, mientras se cerraba la chaqueta y se apoyaba en la puerta de la casa.

—Te llamaré mañana, Sarah, vuelve dentro. —Michael suspiró, pensando que había sido una mala idea hablar con ella.

—No, de verdad. Dime, ¿qué tal estás?

—Bien —contestó, pasando los dedos por el nudo de la corbata para deshacerse de ella—. Quería hablar contigo.

Sarah sonrió al escucharle, no podía negar que su corazón había dado un vuelco cuando había visto su llamada. Era una sorpresa inesperada.

—Estarás cansado —aventuró, deseando que él le contara cómo había pasado esa noche, si había pensado tanto en ella como ella en él.

—Sí, pero ¿sabes? Me gusta hablar contigo antes de ir a dormir —confesó.

—¿Cómo ha ido la fiesta? —Sarah trataba de fingir que no estaba nerviosa, y olvidar que había estado enfadada y triste cuando supo que él no iría a verla ese fin de semana.

—Tranquila, no ha sido nada especial. He acompañado a mi familia —le explicó, pensando si debía hablarle de su encuentro con Adele o resultaría una equivocación.

—Espero que te hayas divertido. —Sarah metió su mano libre dentro del bolsillo de la chaqueta y miró el cielo que estaba medio cubierto de nubes.

—No exactamente, pero no hay ido mal —continuó quitándose la camisa y se dejó caer sobre la almohada—. ¿Te gustaría acompañarme la próxima vez?

Había dado vueltas a esa idea durante el camino de regreso a su casa. Si pretendía continuar con su relación con Sarah, en el algún momento debía presentársela a su madre, y entonces ella también estaría invitada a esas fiestas.

Sus planes de futuro se basaban en la completa separación de sus dos vidas, pero ese fin de semana se había dado cuenta de que era imposible. Porque no podía dejar a Sarah sola cuando sus deberes con su familia fueran ineludibles y sabía que habría más fiestas y más cenas. ¿Cuánto tiempo tardaría ella en cansarse de vivir apartada de esa parte de él? O peor aún ¿cuánto tiempo tardaría Noah o cualquier otro en aparecer y ofrecerle una vida a su lado a tiempo completo?

Era difícil, lo sabía. No podía mantener dos vidas.

—¿Yo? No sabría qué hacer allí, Michael —contestó, aunque lo que de verdad sentía era su corazón latir cargado de ilusión. Él quería que ella estuviera a su lado, no se avergonzaba ni la mantenía oculta.

—Estarías preciosa con uno de esos vestidos de noche, y yo bailaré contigo. Hoy he pensado en ti y en mí bailando juntos —su tono de voz se hizo bajo mientras la hacía partícipe de sus sueños más secretos.

La aparición de Noah le había hecho ver las cosas de forma diferente. Él se había empeñado en esconderse y ella para su sorpresa se había fijado en él. Pero eso no iba a ser siempre así, no si él no le ofrecía algo mejor.

A todas las mujeres les gustaban las joyas, los restaurantes caros y las flores. Eso decía su padre siempre. Quizá estaba equivocado y ese era el camino a seguir.

—Te acompañaré a una de esas fiestas, pero iré en vaqueros —bromeó Sarah, aunque la imagen de ellos dos juntos vestidos elegantes y bailando entre la gente era abrumadora.

—En vaqueros estarás perfecta —añadió él, y su sonrisa se escapó entre las palabras. No se había equivocado, Sarah no era como esas chicas, ella era un soplo de aire fresco en su vida, una mujer diferente. No, a su estrella no le hacían falta las joyas ni los vestidos caros, ella brillaba por su sonrisa—. Vamos a dormir, no quiero que te resfríes por mí culpa.

—Sí, es muy tarde —acalló un bostezo con su mano y entró de nuevo en la casa.

—Buenas noches. Descansa —se despidió, y al cortar la llamada cerró los ojos un momento manteniendo el teléfono en su mano.

El sueño llegó de forma súbita y Michael soñó con el mar en una noche tranquila, bajo un cielo oscuro repleto de estrellas.

\*\*\*\*

Sarah regresó a la cama comprobando que el teléfono estaba en modo silencioso. Por suerte Elly no se había despertado. Siempre le sorprendía su capacidad para dormir. Compartían habitación en la residencia de estudiantes y no recordaba una sola noche en que su amiga hubiera tenido insomnio, ya fuera en época de exámenes o recién comenzado el semestre, Elly dormía como un tronco. Sus trenzas oscuras caían sobre la almohada y Sarah como siempre se sorprendió de lo diferentes que ambas eran.

Entonces recordó el beso de Noah. ¿Debía de decirle algo a Michael?

Se despertó sin haber descansado demasiado y escuchó ruido en la cocina. Supuso que era Noah haciendo el desayuno, era un buen momento para hablar con él a solas, tenía que explicarle que lo que había entre ellos era algo del pasado. Su amistad siempre había estado por encima de lo que sentían, ambos se habían prometido que nada cambiaría si no salía bien aquella noche en que ella había aceptado su primera cita.

Lo encontró batiendo huevos con el ceño fruncido, la cafetera y ya estaba preparada y ella sacó las tazas del mueble.

—¿Has dormido bien?

—Sí, muy bien —espetó, mientras echaba la mezcla de nuevos en la sartén y la removía—. ¿Y tú? ¿Te dormiste pronto después de la llamada?

Sarah dejó salir el aire de golpe y cogió tres cucharas pequeñas para el azúcar.

—Siento haberte despertado —se disculpó.

—No te preocupes, no lo hiciste.

—Era Michael —comentó, mientras veía como se ponía rígida la espalda de su amigo al escuchar el nombre.

—Así que te llamó. ¿Para contarte lo bien que lo había pasado?

Noah había contestado dejándose llevar por su enfado. Los celos eran un mal consejero, lo sabía, pero no podía callar. No cuando sabía que Sarah sufría por culpa de él. ¿Y qué le ofrecía a cambio? Nada, así de simple.

—Noah, creo que tenemos que hablar.

—¿Te llamó anoche? —Elly apareció en la puerta de la cocina recién levantada.

—Sí, la llamó anoche —Sarah miró cómo Noah contestaba blandiendo el tenedor en la mano con cara de pocos amigos.

—Vaya, qué considerado. Se va de fiesta y te llama para contarte qué tal le ha ido.

—No fue así —interrumpió Sarah comenzando a enfadarse—. Los dos le juzgáis sin saber nada de él.

—No sabemos nada de él... —canturreó Elly—. Vamos a ver, te dice que te ama, se larga durante días sin dar señales de vida, regresa para darte un par de besos y vuelve a largarse dejándote plantada para asistir a una fiesta. ¿Esperaba que estuvieras en casa esperándole?

—Elly, no es así —insistió Sarah, sin levantar la voz.

Elly había crecido en un hogar muy diferente al típico americano aunque mucho más habitual de lo que debía ser, y sabía bien lo que una mujer sufría cuando se enamoraba de un hombre que se dedicaba a ir y venir, cuando el amor te cegaba tanto que echabas a perder tu vida por alguien que no era capaz de comprometerse.

—Así que una llamada y todo arreglado —la voz de Elly subió un par de octavas y a Sarah le recordó a su madre. Por un momento vislumbró a su amiga convertida en una gran mujer rodeada de niños celebrando la Navidad después de rezar para bendecir la mesa.

—No sabes todo, Elly, no sabes nada de su vida —trató de defenderle.

—Te equivocas. Lo sé —contestó con rotundidad su amiga buscando el apoyo en Noah que asistía en silencio a la discusión—. Es una gran tipo. Cuando estáis juntos te habla de sus sentimientos, usa palabras dulces y cariñosas —se detuvo un momento antes de continuar añadiendo mucho más combustible a la discusión—. Seguro que es increíble en la cama.

—¡Elly! —el grito de Noah no la detuvo, y tampoco la cara de Sarah, enfadada como nunca.

—Creía que eráis mis amigos —la queja fue acompañada de mohín y Noah se acercó a su lado para abrazarla, pero ella rechazó sus brazos con un gesto de enfado—. Vosotros sois mis amigos, más que eso, sois mi familia.

Elly cerró los ojos un momento tratando de calmarse.

—Lo siento, Sarah —musitó—. Llevas razón. Eres como una hermana para mí. Por eso me preocupó.

Sarah los miró con los ojos bañados en lágrimas que trataba de contener.

—No tenéis ni idea. Todos estos años —comenzó, sin poder retener más la rabia y las emociones que había guardado dentro tanto tiempo—, he soportado que me miren con pena, que hablen a mis espaldas como si yo no escuchara.

—Sarah, cariño —trató de interrumpirla su amiga.

—Es la verdad. Nadie me ha mirado como él. Ni siquiera tú, Noah —continuó elevando cada vez más su voz.

—Sabes que eso no es cierto, yo te quiero —se apresuró a asegurar el joven, negando con la cabeza.

—No, Noah, no es así. Dime que no cambió nada cuando te lo conté.

Él la miró confuso, la quería, estaba seguro de ello, y no le importaba su pasado o lo que le hubiera sucedido.

—Nunca me ha importado. He tratado de ayudarte.

—De eso se trata —le interrumpió—, tratas de ayudarme, como si yo fuera uno de esos casos que estudiamos. Me tratas como a una víctima. Veía cómo me mirabas, Noah, no eras capaz de soportar verme.

—Sarah, yo... de verdad, te quiero, lo sabes —insistió Noah.

—Él me ve a mí. ¿Podéis entenderlo? Me ve a mí.

Sarah se giró, dándole la espalda. Nunca había hablado así a nadie, se empeñaba en enterrar su pasado en el fondo y olvidar. Había decidido que miraría adelante, sí, eso había decidido cuando salió del hospital. Así que día tras día se había esforzado, había luchado, y había sonreído al mundo. Ella era Sarah Mary Dole y tenía una vida por delante.

Arrepentida por lo que acababa de suceder, Elly vio cómo Sarah entraba en su cuarto y cerraba la puerta tras de sí. Noah buscó su mano y le dio un apretón.

—Tranquila, no es culpa tuya.

—Sí lo es, Noah, no he debido decir esas cosas.

—Alguien tenía que decirlo, Elly. Tú y yo sabemos que la va a hacer infeliz, que va a desaparecer una y otra vez, hasta que un día decida no regresar. —Noah sentía impotencia por no poder ayudar a su amiga, hubiera querido ahorrarle todos esos problemas, todo ese dolor, pero sabía que era imposible.

—¿Y si nos equivocamos?

—¿Crees que va a dejar todo por ella? —la sonrisa que Noah intentó solo fue una triste mueca, y Elly le imitó.

Sarah estuvo encerrada durante casi una hora en su cuarto. Sabía que ellos lo hacían pensando en lo mejor para ella, pero no conocían a Michael como ella, no lo hacían. Ella sabía que él iba a volver, que regresaría y lucharía por lo que sea que hubiera entre los dos.

Que el viaje fuera de unas horas era bueno. Ese tiempo conduciendo permitía que Michael se calmara y reflexionase. También le permitía descansar de todas aquellas preocupaciones, que con cada kilómetro recorrido se enterraban un poco más profundo. Tendría unos días de calma, sabía que el lunes los problemas estarían ahí de nuevo esperando, no desaparecerían, pero disfrutaba de esas horas de libertad.

Hacia dos semanas que no viajaba a Desert Island. Dos semanas largas y pesadas. Al menos por las noches podía llamar a Sarah y compartir con ella unos minutos, aunque las conversaciones a veces parecían incómodas. Ni un solo día había dejado de pensar en ella. Ni una sola noche había dejado de recordar ese beso cuando la música los rodeaba y él se había atrevido a perderse en su mirada.

El trabajo solía tenerle demasiado ocupado para poder pensar mucho, pero de vez en cuando sentía cómo los celos se aferraban a su garganta cuando recordaba que Noah todavía estaba allí. Ella no hablaba de sus amigos y Michael comenzaba a preguntarse si la frialdad y falta de emotividad en sus conversaciones no se debía a que la relación entre ella y Noah estaba tomando un camino distinto.

Como cada vez en el pasado, cuando atravesó el puente camino de Desert Island, se sintió otro.

Nunca estaría suficientemente agradecido a su abuelo Jack por haber sembrado en él la necesidad de buscar algo más allá de esa ciudad, de las ataduras y de esa vida llena de obligaciones y estrictas reglas.

Aparcó su coche en la entrada trasera del pequeño hotel para no molestar a los clientes y llamó sin hacer mucho ruido; aunque no era demasiado tarde la noche había entrado.

Como era de esperar fue Cal quien abrió, con actitud un poco malhumorada. Le saludó con un ligero golpe en la espalda y Michael entró buscando a Sarah entre la poca gente que llenaba el restaurante a esas horas.

—No está aquí —anunció Cal cuando vio que él parecía confundido al no encontrarla—. Creo que han ido al bar de Jim.

Michael se sintió un poco decepcionado al no encontrarla allí, pero cuando supo que se había marchado con sus amigos la inquietud tomó de forma apremiante su corazón.

—No se han ido hace mucho —añadió el viejo dueño del hotel.

—Gracias, Cal. Creo que iré a buscarla. —Michael entró y subió de dos en dos los escalones para dejar la bolsa de viaje tirada en el suelo de su habitación y regresar igual de rápido por donde había venido. No cogió el coche para ir al bar, conocía de sobra el camino y no eran más de quince minutos caminando. Además quería aprovechar ese pequeño paseo para calmarse un poco.

El gentío llenaba el local como todos los fines de semana y Michael lo agradeció, nadie se fijaría demasiado en él. Pidió una cerveza en la barra y desde allí buscó entre la gente hasta encontrar a Sarah. Estaba sentada en una de las mesas con sus amigos. Noah les contaba algo que hacía que las chicas rieran divertidas. Decidió quedarse observando, estaba cansado después del viaje, la cerveza fría le hacía bien refrescando su garganta y ayudando a que se relajara un poco.

La música cambió y vio cómo Noah se levantaba ofreciendo su mano a Sarah, ella no le rechazó. Caminó a su lado, tan pequeña en comparación con aquel joven rubio de anchas espaldas, y comenzó a bailar con él.

Michael sintió cómo le latían las sienes al verlos juntos. Bailaban demasiado cerca, él la atraía contra su pecho y ella parecía relajada en sus brazos. Debían de haber compartido muchos bailes a tenor de la complicidad de sus movimientos, y los celos arrasaron el cuerpo de Michael haciendo que sus ojos grises lucieran fríos como el hielo.

Como si fuera capaz de percibirle, ella giró su rostro hacia el lugar donde él se encontraba y entonces le descubrió.

El rostro de Sarah pasó de la sorpresa a la confusión en un segundo. Noah la miró interrogante cuando ella no continuó con los movimientos al ritmo lento de la música y siguió la mirada de ella hasta Michael.

Al sentirse descubierto, decidió que lo mejor era invitarla a bailar. En solo un segundo sabía si ella había decidido continuar su relación con Noah o si por el contrario tenía una oportunidad.

—¿Puedo? —ofreció su mano a Sarah y ella la tomó con una sonrisa dubitativa. Noah se apartó dejándole lugar y echándole una mirada cargada de recelo y desprecio.

Rodeó con sus brazos a Sarah con firmeza pero con suavidad y vio cómo Elly recibía a un Noah malhumorado en la mesa.

—Estás preciosa —dijo, mirando el cabello negro de ella pero manteniendo aún la distancia suficiente—. Me gusta bailar contigo.

Sarah le miró y se recostó un poco más sobre su pecho manteniendo el ritmo de la música.

—Dijiste que vendrías mañana.

—Tenía ganas de verte —dijo, como única explicación—. ¿Y tú? —quiso saber, un poco inquieto al comprobar que la canción terminaba y quizá ella se alejara ahora otra vez.

Ella no respondió, en su lugar se dirigió a la mesa con sus amigos y él la siguió. Aunque la conversación fue cordial, Michael podía ver con claridad la rabia en los ojos de Noah, las miradas que le retaban, pero no dijo nada, se mantuvo impasible atento a Sarah y sin hablar demasiado, como era su costumbre.

Un par de cervezas más tarde, los cuatro abandonaban el lugar camino de la casa de Sarah. Michael hizo lo posible por retrasarse para caminar un poco alejados de la pareja de amigos de ella y poder al menos tener unos minutos de intimidad. Se atrevió a pasar su brazo sobre el hombro de Sarah y de esa forma caminaron.

Pero el pueblo era pequeño y la distancia no era suficiente para poder hablar, para poder explicarle cuánto la había echado de menos y cómo esa costumbre de hablar por las noches hacía que durmiera mucho más tranquilo.

Cuando llegaron a la casa vio cómo ella se acercaba a la puerta. Todavía recordaba cuando la joven le había invitado a entrar, aunque parecía que hubiera pasado una eternidad desde esos días. No quería despedirse de esa forma, así que antes de que Sarah desapareciera cerrando tras de sí, tiró con de su mano con firmeza y la atrajo hacia él para besarla. No fue un beso tan cuidadoso como había pensado, necesitaba sentirla cerca de él, saber que todavía no había perdido su oportunidad con ella.

Sarah no se alejó, dejó que él la besara, recordó la calidez de su cuerpo y de sus manos, sus caricias, esa mirada que parecía cargada de sueños cuando él había despertado a su lado, y se aferró a sus brazos hasta que ambos necesitaron separarse para respirar.

—¿Te veré mañana? —preguntó, subiendo su mano para acariciar la mejilla apartando un mechón de pelo tras su oreja.

—Sí, siempre que Cal decida abrir —contestó ella en un susurro.

—Hasta mañana entonces —añadió, dejando otro suave beso en los labios de ella antes de darse la vuelta y caminar hasta el hotel.

Ahora el camino no le parecía tan amargo, disfrutaba de la brisa del mar que refrescaba en la noche, del olor de los abetos y de la tranquilidad de saber que en unas horas volvería a verla.

—Está en la cocina—dijo Cal, todavía malhumorado, y Michael pensó que tarde o temprano debía hablar con él para saber qué sucedía.

Con una sonrisa curvando sus labios Michael fue en su busca y pasó la siguiente hora ayudando a la joven a preparar platos. Sarah no podía ocultar la satisfacción por verle.

En cuanto terminó el turno de los desayunos y ella se encontró libre, Michael la atrapó en un rincón de la cocina para besarla.

—Buenos días —susurró Sarah sin soltarse de su cuerpo.

—Buenos —afirmó mientras la rodeaba con sus brazos buscando su mirada.

—Elly ha perdido su apuesta —dijo divertida, recordando la apuesta que Elly y Noah habían hecho sobre que no volvería a verle hasta que fuera Navidad.

—Cuéntame —le pidió, sin dejar de pasar los dedos por su espalda, era reconfortante sentirla tan cerca.

—No te tienen mucha estima, Michael, ninguno de los dos creía que fueras a regresar hasta Navidad —le contó recostada en la calidez de su pecho.

Michael no dijo nada, estaba seguro de que si pudieran habrían convencido a Sarah para que se fuera con ellos y no le diera ni una oportunidad más, y él no habría podido quejarse, porque el sacrificio que le pedía era muy grande. No había muchas mujeres dispuestas a esperar a cambio de nada, y él poco podía ofrecer salvo a sí mismo.

Sarah se dio cuenta de cuánto había cambiado Michael desde que se habían conocido. Ya no era un hombre callado y taciturno, ahora se mostraba resuelto y decidido. Sus ojos grises habían recobrado la vida y sonreía a menudo. Eso era bueno, pero también sentía miedo, porque quizá llegaría un momento en que se diera cuenta de que ella ya no era necesaria en su vida, sobre todo si ahora se encontraba bien viviendo lejos de allí.

Al ver la extraña expresión que comenzaba a aparecer en los ojos de Sarah, hizo lo único que se le ocurrió para evitar que ella saliera corriendo: la besó de nuevo.

Con calma, tomando su tiempo para que ella sintiera lo mismo que él, para poder hacerla entender con sus labios y sin palabras que su corazón había comenzado a latir al ritmo de sus sonrisas.

—Necesito hablar contigo.

Sin soltarla, la instó a subir tras él a su buhardilla aprovechando que en esos momentos nadie los podía ver.

—¿Y tus amigos?

Sarah echó un vistazo a su alrededor, la cama ya estaba hecha y todo parecía en orden. No le extrañaba, todo aquello cuadraba a la perfección con la personalidad que él tenía.

—¿Qué querías decirme?

—Bueno, quería disculparme, Sarah.

Se sentó en la cama y ella lo hizo en el sofá frente a él, fingiendo una tranquilidad que estaba lejos de sentir.

—¿Disculparte?

—Sí —afirmó, y se levantó caminando por el pequeño cuarto pensando bien sus palabras—. Cuando hablábamos estos días, parecías distante, fría. Sé que esta situación no es justa para ti, Sarah, pero necesito saber si todavía estás de acuerdo con nuestros planes.

Se detuvo junto a la mesa donde sus dibujos estaban en un perfecto montón bajo una caja de lápices.

—¿Puedo pedirte algo?

El repentino cambio en el tono de voz de él hizo que Sarah frunciera el ceño.

—¿Puedo dibujarte?

Ella le miró sorprendida. Había visto los dibujos de él, a su parecer eran pequeñas obras de arte, pero aquella petición la intimidaba.

—No tienes que hacer nada, solo quédate ahí.

Antes de que ella respondiera afirmativamente, Michael se sentó en la mesa y sacó un lápiz de su caja, rebuscó entre los papeles hasta encontrar uno sin usar y la miró. Su expresión había cambiado. Sus ojos grises observaban ahora atentos y Sarah sintió que se ruborizaba.

Ninguno de los dos dijo nada. En el silencio del cuarto se podía escuchar perfectamente el rasgar del lápiz sobre el papel dejando sus trazos negros, a veces con rapidez, otras solo suaves caricias.

Sarah sentía sus manos húmedas, sus mejillas sonrojadas y su corazón latiendo demasiado deprisa. La visión de Michael era inesperada.

Frente a ella el joven parecía totalmente cambiado. El cabello caía un poco descuidado sobre su frente y él lo retiraba en un gesto nervioso, sin soltar en ningún momento su lápiz, mordía su labio inferior estrechando los ojos al mirarla, regresando de nuevo a su hoja, como si no estuviera del todo satisfecho con su trabajo.

Sus movimientos eran hábiles, rápidos, los dedos apesaban con fuerza y se movían llenando de vida aquella hoja que hacía tan solo unos minutos lucía desierta.

Era hermoso. Tanto que Sarah sintió al mirarle que todas sus dudas, sus miedos desaparecían con cada trazo que le observaba dar. Allí estaba el verdadero Michael, el que se ocultaba del mundo, uno que solo ella podía ver.

Cuando terminó levantó la cabeza con expresión satisfecha y entonces se dio cuenta de lo extraño que había sido, quizá ella pensase que era un loco o un idiota, o ambas cosas. Pero no había podido resistirse a pedirselo, no cuando el sol de la mañana bañaba sus cabellos oscuros llenándolos de vida, no cuando tenía por fin de nuevo sus ojos negros y su sonrisa tan cerca.

Tomó aire antes de soltar el lápiz y entonces se percató de que ella quizá querría ver su pequeña obra. Avergonzado, no supo qué hacer.

Ella se levantó del sofá y se acercó a su lado mirando curiosa, con esa sonrisa cargada de ilusiones que le subyugaba.

Miró el dibujo y luego a él, y entonces se inclinó despacio para besarle.

Sarah había llegado a su vida por casualidad, y sin pretenderlo se había convertido en la razón de su esperanza.

Esa noche durmieron abrazados en su buhardilla, ella escuchando el latido de su corazón, sintiéndose por primera vez a salvo junto a alguien, él pensando en cómo podría conseguir que Sarah aceptase ser la mujer de su vida.

Al despertar por la mañana no la encontró a su lado, miró el reloj y se dio cuenta de que era la hora del desayuno. Era domingo y en unas horas debía regresar a aquella parte de su vida que tanto odiaba. Después de darse una ducha se vistió con algo cómodo y bajó al pequeño salón comedor encontrándolo ya vacío. Cal estaba tranquilamente sentado en una mesa echando un vistazo al periódico y a Michael se le antojó una visión de otro tiempo, porque después de todo ¿quién seguía leyendo los periódicos de papel?

—Buenos días —saludó tomando asiento a su lado.

—Buenos días. Sarah ha ido a su casa —comentó sin apartar los ojos de su periódico.

—Bien, voy a desayunar algo.

—Ya sabes dónde está todo —escueto como siempre, Cal no pareció prestarle demasiada atención, pero Michael le conocía lo suficiente para saber que algo andaba

mal allí.

Se preparó un café y partió un trozo de bizcocho de mantequilla y lo acompañó de un zumo de naranja. Cuando regresó a la mesa, el hombre seguía allí y no había cambiado de página.

—¿Has pensado tus planes?

Michael dio vueltas a la cucharilla para disolver el azúcar en el café antes de contestar.

—Sí, vendré los fines de semana —le comunicó con calma.

—¿Crees que será suficiente?

—Deberá serlo —contestó Michael, con muchas más seguridad de la que en realidad sentía.

—¿Y Sarah?

Ahí estaba la pregunta. Siempre había sabido que Cal era mucho más que un amigo, era el padre y hermano mayor que ella no tenía y estaba dispuesto a cuidarla, era evidente.

—Terminará la universidad este año casi con total seguridad y entonces estaremos juntos —anunció, dando un bocado al bizcocho.

Cal frunció el ceño mirándole con atención, la joven no le había contado que tuviera planes de vivir con Michael.

—Será difícil al principio, pero creo que es lo mejor —continuó.

—¿Estás completamente seguro de tu decisión? —insistió el viejo, porque lo importante era si él estaba dispuesto a trabajar de verdad por cambiar su vida.

Michael se tomó su tiempo antes de contestar.

—Lo estoy —afirmó rotundo.

—¿Tu familia está al tanto de tus planes?

—Sí. El acuerdo es pasar allí varios días a la semana. Seguiré ocupándome de mi trabajo y tendré que asistir a alguna reunión. Creo que con el tiempo podré pasar cada vez más días aquí, pero la situación ahora es complicada —resumió, informándole de esa forma de que ahora ya no eran un secreto sus planes, ya no andaba escondiéndose de su familia.

—Sí, lo supongo. ¿Y Sarah está de acuerdo también?

Michael pensó bien su respuesta, la verdad es que no había hablado con ella demasiado acerca de sus planes de futuro. La verdad es que le había faltado el valor suficiente.

—Voy a invitar a Sarah a ir a la playa de acampada —dijo, cambiando de conversación a un tema que le hacía sentir mucho más cómodo.

—Espero que lo consigas. Sabes que en el garaje hay todo el equipo necesario —le ofreció Cal. No sabía cuántas veces había propuesto él a la joven que le acompañase a pescar o solo a pasear por la costa en verano, recibiendo siempre una negativa rotunda.

—Voy a contarle mi plan de comprar este hotel. ¿Sigue en pie tu oferta?

—Sigue en pie —la leve sonrisa que ahora curvaba los labios de Cal dejaba bastante claro que estaba contento con que él continuara adelante con su decisión.

Ambos se quedaron en silencio mirándose. Cal apreció el cambio en Michael. El hombre que se escondía había salido a la luz y se mostraba seguro y sereno. Mucho había cambiado en tan poco tiempo, aunque casi le hubiera costado perder a su familia.

En ese momento Sarah entró en el hotel y los miró con un gesto de extrañeza.

—Buenos días —saludó, pensando que aquellos hombres andaban tramando algo a sus espaldas.

—Buenos días, Sarah. —Cal vio como ella daba un beso en los labios a Michael y decidió que era buen momento para ayudarle un poco.

—Tenemos que hablar, Sarah —comenzó Cal. Llevaba días pensando cómo anunciaría a Sarah su intención de cerrar el hotel. Ahora que Michael había aceptado comprarlo, todo parecía mucho más fácil.

—¿Qué pasa? —preguntó ella mirando a los dos.

—Voy a vender el hotel —soltó de golpe.

—¿Vas a venderlo? —Sarah lo miró, alarmada y sorprendida.

—Sí. Ya es hora de que deje el negocio, Sarah. Estás a punto de terminar la universidad y vas a tener que buscar un trabajo de verdad. Y soy demasiado viejo para ocuparme de esto y o solo —le explicó, aunque no le dijo que además había otra razón, había pensado que aquello sería una buena forma de comenzar la vida juntos para ellos, merecían esa oportunidad.

—Puedes buscar otro camarero, Cal.

—También soy demasiado viejo para eso, Sarah. Ha llegado la hora de descansar y salir de pesca —afirmó, dejando claro que era una decisión en firme.

—Así que de eso estabais hablando.

—Sí, estoy de acuerdo con Cal, Sarah. Creo que es hora de que descanse.

Sarah le miró estupefacta. Ambos estaban de acuerdo y eso era algo que no le gustaba en absoluto.

—Quiero salir de acampada el próximo fin de semana. Cal me ha ofrecido su equipo, y si tú quieres, podríamos pasar la noche fuera —la invitación de Michael eludía premeditadamente su intención de ir a la playa y el viejo se dio cuenta de lo atrevido de esa jugada.

—¿De acampada? —se extrañó Sarah, y pensó que tendría que tener más cuidado en dejarlos a solas en adelante.

Cal miró a los jóvenes. Siempre había deseado que Sarah encontrara un hombre que la cuidara y la amara, uno que fuera inteligente y pudiera soportar el carácter a veces explosivo de la joven, pero que también tuviera la suficiente paciencia para ayudarla a superar sus miedos, esos que ella negaba tener. Michael parecía encajar a la perfección. Ambos se complementaban. Ahora tenían un futuro juntos, lo podía ver, y se sentía tranquilo de comprobar que podía descansar y dejar de preocuparse de Sarah, porque ahora sería Michael quien la cuidaría cada día.

Muchos dirían que era un viejo romántico, pero a él poco le importaba. Había cuidado durante años de Sarah, había asistido a su madurez, a la lucha encarnizada con la vida. Sabía que muchos otros no habrían sabido cómo luchar, cómo sobreponerse a las duras experiencias que ella había vivido, y por eso estaba orgulloso de ella.

El joven Warren también había cambiado, y se mostraba decidido y firme al elegir su futuro. Lejos quedaban los recuerdos de otro Warren, uno que decidió marcharse y buscar suerte en la gran ciudad, uno que rompió con su pasado y sus raíces, las mismas que ahora habían curado el corazón de su hijo.

El destino era algo extraño, sí. El pasado muchas veces regresaba de la forma más imprevista a morderte el culo.

Por eso él no había perdido el rastro de Lora Dole en todos estos años. La madre de Sarah había desaparecido del pueblo y viajado al sur, donde se había establecido sin problemas. Después de dos matrimonios rotos, había vuelto a encontrar otro hombre. Era poco probable que decidiera regresar a Desert Island, mucho menos que intentara ponerse en contacto con su hija, pero Cal estaba preparado para ello. Si un día decidía hacer su aparición, él estaría al lado de Sarah. Saber que cuando él no tuviera fuerzas Michael estaría para ocupar su lugar, le hacía descansar tranquilo por las noches.

Había contado al joven algunos detalles de la vida de la pequeña Sarah, detalles que seguramente ella había borrado o guardado en lo profundo de su corazón, como cuando su padre abandonó a Lora o cómo su casa se convirtió en una especie de pensión para tipos no demasiado deseables que encontraban una cama caliente con la



joven mujer. Lora no había sido una mala madre, solo una mujer joven que buscaba alguien que la cuidara y la sacara de allí. Pero con el paso del tiempo su hija se convirtió en un equipaje demasiado pesado. Los hombres no querían a una mujer con hijos, y ella se hacía mayor. Por si fuera poco, la joven Sarah se convirtió en una adolescente bonita, tanto que aquel indeseable de Carter había puesto sus ojos en ella. Michael escuchó todo aquello con una creciente rabia en su interior. Pero era importante que supiera, si quería vivir con Sarah, era indispensable que Cal le contara. Él se ocuparía de vigilar a Lora Dole de ahora en adelante, disponía de suficiente dinero para poder seguir la pista a aquella mujer y estar prevenido.

Nadie volvería a hacer daño a Sarah, y Cal supo que era el momento de que aquel hombre cuidara de la mujer que había ocupado el lugar de la hija que nunca tuvo en su corazón.

\*\*\*

Noah hubiera querido que fuera de otra forma, pero era inevitable, al menos por ahora no podía estar allí viendo cómo Sarah se lanzaba a lo que él pensaba era una relación que la destrozaría. Así que habló con Elly y ambos decidieron que lo mejor era irse, al menos por ahora. No iban a terminar con su amistad, los tres seguirían juntos en cuanto comenzase el curso, pero necesitaba alejarse.

Tal vez ella llevaba razón, él no había sido capaz de mirarla sin pensar en que era una víctima. Tal vez había perdido su oportunidad de conocer a la verdadera Sarah.

Ahora era tarde.

Así que cuando ella regresó esa mañana después de pasar la noche con Michael, él estaba esperando en la cocina sentado frente a un café solo y con el equipaje preparado.

Los ojos de Sarah se llenaron de lágrimas y él la abrazó, era tan pequeña en sus brazos que hubiera querido llevársela y protegerla, cuidarla como ella merecía. Pero no era suya esa decisión, sino de ella, y Sarah había decidido quién era el dueño de su corazón.

Tomando toda la fuerza de voluntad que encontró, se aferró a los recuerdos felices con ella, esos en que había amanecido en sus brazos y él soñaba que llegaría el día en que no se separarían, y se enfrentó a su mirada.

—Tengo que irme. Lo entiendes ¿verdad?

—Sí, lo entiendo, pero no quiero que te vayas —contestó con un hilo de voz.

—Sabes que puedes llamarme, y que si me necesitas vendré. Soy tu amigo y eso no va a cambiar —acarició su mejilla con cariño esperando que ella se contagiara de su sonrisa—. Necesito alejarme un poco, Sarah.

—Lo siento, Noah. Nunca he querido hacerte daño.

—No es tu culpa. Es mía. Tenía que haber sido más sincero contigo, pero pensé que tarde o temprano te enamorarías de mí, te darías cuenta de que lo nuestro tenía futuro —se encogió de hombros con aire un poco abatido—. Me he equivocado.

—Tú eres especial para mí, Noah, siempre lo vas a ser. Eres —se detuvo buscando las palabras que consiguieran expresar todo lo que sentía—, eres más que un amigo.

—Pero no me amas —repuso Noah sin alejarse ni un centímetro de ella.

—No, no de esa forma —añadió Sarah, con la tristeza de ver cómo los ojos azules de Noah lucían apagados y él se esforzaba en mantenerse firme y entero.

—Hablaremos, no voy a desaparecer. Prométeme algo, ¿quieres?

Sarah atendió mientras su amigo la soltaba lentamente y ambos quedaban solo unidos por sus manos entrelazadas.

—No dejes que te haga daño, Sarah, y si necesitas... Bueno, si necesitas que alguien venga a partirle la cara, avísame. Quiero ser el primero en hacerlo —la sonrisa traviesa que curvó los labios de Noah no ocultaba el enfado y la dura verdad que había en sus palabras.

—Te lo prometo. Pero no hará falta. Él no va a hacerme daño, Noah —aseguró Sarah.

—Más le vale —añadió su amigo soltándola para terminar su taza de café.

—¿Y Elly? —preguntó Sarah al escuchar ruido en el dormitorio.

—Se viene, dice que es mejor que estés sola este fin de semana con él. No queremos ser un obstáculo para ti.

—No sois un obstáculo, Noah. Esta es vuestra casa —insistió Sarah, molesta al escuchar esas palabras.

—Llevamos aquí varias semanas, es momento de regresar a casa y que nuestras madres nos cuiden y alimenten para tener suficiente reserva de grasa para el curso —bromeó, levantándose para dejar la taza en el lavavajillas y dar un beso fugaz a su amiga en la mejilla.

—Nos veremos pronto.

—Sí, nos veremos pronto —afirmó guiñándole el ojo en aquel gesto tan seductor que Sarah sabía que un día volvería loca a alguna mujer.

No fue fácil despedirse. Los tres sabían que la vida estaba cambiando a pasos agigantados para ellos, pronto terminarían la universidad, sus caminos tomarían sendas diferentes. ¿Sería lo suficientemente fuerte su amistad? Noah decidió que él iba a luchar por ello, iba a luchar por no alejarse de la vida de aquellas dos mujeres que le habían acompañado, ocupando un lugar importante en su corazón.

—¿Cómo ha ido tu fin de semana?

Daniel tomaba un café junto a su hermano siguiendo con su reciente costumbre de reunirse en su despacho cada mañana para planificar su día y mantenerse al tanto de sus agendas.

—Bien. He cerrado el trato para la compra del hotel —le anunció satisfecho.

—¿Sigues adelante con tu plan? —Daniel daba vueltas a su café observando a su hermano, que hoy parecía mucho más descansado.

—Sí. Está decidido —le aseguró ofreciéndole unas galletas que su secretaria se había ocupado de comprar para acompañar los cafés—. ¿Puedes redactar los contratos?

—Lo haré, déjalo en mis manos. —Daniel tomó una de las galletas mientras aceptada la propuesta de Michael.

—Gracias, es importante para mí. Me encargaré de reformarlo y poner al día todas las licencias —continuó explicando a su hermano sus planes y entonces decidió dar un paso más y hablar de Sarah—. El próximo fin de semana quiero ir de acampada.

—¿De acampada? —preguntó Daniel sorprendido.

—Sí. Con Sarah —lo soltó de repente, esperando ver la reacción de Daniel, que no fue muy distinta de lo que había supuesto.

—Así que hay una Sarah —Daniel sonrió y tomó un poco de su café.

—Sí. Hay una Sarah. Trabajaba en el hotel —añadió.

—¿Y está al tanto de tus planes para comprarlo? —miraba a su hermano estudiando su expresión y ahora entendía el cambio que se había producido en él, y aunque sabía que la existencia de una mujer lo complicaba todo, creía que si ella era la culpable de que Michael se hubiera convertido en un hombre con un propósito y eso era bueno.

—Mi intención es contárselo este fin de semana.

—Cuando estéis de acampada —añadió Daniel, manteniendo un tono estudiadamente neutro.

—Exacto —dijo Michael. Su hermano y él no habían tenido demasiada confianza en los últimos tiempos y ahora no tenía ni idea de cómo hacerle participe de sus sentimientos.

—¿Estás enamorado?

La pregunta directa de Daniel no le tomó por sorpresa.

—Sí. Lo estoy —afirmó Michael, y en un gesto nervioso se recolocó el nudo de la corbata—. Ella... bueno... ¿sabes cuando el abuelo nos decía que un día encontraríamos una mujer que nos acompañaría el resto de nuestra vida? Una mujer que nos haría sentirnos con ganas de levantarnos y luchar cada mañana. Estoy seguro de que es ella, Daniel.

Su hermano pequeño dejó salir el aire despacio y terminó su taza de café. Era la primera vez que escuchaba hablar a Michael de algo cercano al amor.

—De alguna forma sabía que había algo más. Ahora lo entiendo todo —dijo, con un gesto condescendiente de la cabeza.

—Ella no tiene la culpa de que yo me haya ido, Daniel, ni siquiera sabía nada de mi vida —explicó Michael poniéndose repentinamente a la defensiva.

Daniel se tomó unos segundos para pensar su siguiente movimiento, estaba claro que aquella mujer era lo suficientemente importante como para que Michael decidiera cambiar de vida sin dudarle. Quizá si ella no hubiera existido habría habido una posibilidad de que todo regresase a una falsa normalidad, como la que fingían cuando su padre aún estaba con vivo, pero ahora era imposible.

—Dime una cosa: si ella no estuviera allí ¿estarías tan seguro de todo esto?

Michael sonrió y se tomó su tiempo para pensar antes de contestar.

—No lo sé. Pero lo que sí puedo decirte es que por primera vez sé lo que quiero hacer, Daniel, sé dónde quiero estar y con quién —aseguró con vehemencia.

—Me alegro, Michael, de verdad —aceptó Daniel, porque en el fondo era capaz de ver cuánto había cambiado, y añadió—: espero poder conocerla pronto.

Pese a todo lo que había sucedido, para Michael era importante conseguir la aprobación de su hermano y esperaba conseguir también que su madre le perdonase. Ahora que había encontrado su lugar en el mundo, esperaba poder compartir todo aquello con las personas más importantes de su vida.

\*\*\*\*

Michael nunca había ido de acampada. No imaginaba a su padre pasando una noche al aire libre, ni siquiera podía pensar en cómo podía haber crecido en Desert Island. Esperaba que lo que había aprendido buscando en internet fuera suficiente y que Sarah supiera algo más que él sobre sobrevivir al aire libre.

Por suerte, Cal estuvo durante más de una hora dándole una clase teórica y todo tipo de consejos sobre cómo montar la tienda y preparar un fuego, también sobre lo que no debía hacer, como acampar cerca de la playa o dejar la comida en el suelo donde terminaría atrayendo a los animales. Michael se esforzó en memorizar todo aquello. Quizá él no fuera un campista profesional, pero quería dar lo mejor a Sarah.

Estaba agradecido de que ella hubiera aceptado con facilidad aquella salida y sabía que Cal había tenido mucho que ver en eso. Había mirado planos y guías en internet antes de decidirse y al final había descubierto una pequeña cala cerca de un claro que recomendaban para acampar. Esperaba que nadie se les hubiera adelantado en aquella época del año en que el Parque Nacional de Acadia estaba lleno de visitantes, aunque se encontraron con varios coches en la carretera y él comenzó a pensar que tendría que compartir el fin de semana con una docena de estudiantes ruidosos. Casi dio un grito de triunfo cuando vio el claro despejado y Sarah asintió reconociendo que el lugar era perfecto. En un par de viajes al coche trajeron el resto de las cosas necesarias y Michael comenzó a montar la tienda después de comprobar que el suelo estaba despejado de piedras.

Caía la noche cuando terminaron. Michael sonreía satisfecho de haber conseguido levantar la tienda, el cielo despejado de nubes se oscurecía y Sarah colocaba los sacos de dormir.

—Vengo en unos minutos, Sarah. Llevo mi teléfono móvil si necesitas algo —avisó, comprobando que tenía cobertura. Cogió lo necesario para la cena que había pensado y se encaminó por el pequeño camino que había entre las rocas hasta una diminuta playa protegida de las miradas ajenas. Comenzó a colocar las rocas como le había aconsejado Cal, amontonando después entre ellas pequeñas ramas secas que había recogido en el camino. Encendió el fuego y esperó. Pronto las llamas aparecieron y Michael colocó un mantel sobre la arena, metió una botella de vino en el agua para que estuviese fría y colocó unos platos de colores que había encontrado en el garaje junto a dos vasos. Había traído un poco de carne para hacer en las brasas y una cajita con bombones de chocolate de postre. Ahora le parecía una cena demasiado pequeña y simple.

—Empezaba a preocuparme —la voz de Sarah le sorprendió.

—Quería que fuera una sorpresa —contestó, sintiéndose un poco avergonzado por aquella pobre cena.

—Lo es. —Ella caminó hasta llegar a su lado mirando todo lo que había preparado Michael.

—No es mucho —se disculpó—. Creo que esto de acampar no es lo mío.

—A mí me parece perfecto, y o he traído un poco de queso y salmón de Canadá.

Michael extendió una manta sobre la arena para poder sentarse junto a ella después de coger la botella de vino.

—Al menos la noche es despejada —dijo mientras buscaba el sacacorchos para poder abrir el vino—. ¿Sabes? En la ciudad no se ven tantas estrellas. —Se sentó junto a ella y le ofreció uno de los vasos con un poco de vino tinto.

—Por las acampadas —sonrió ella, haciendo chocar los vasos antes de probar el vino—. Es bueno.

Michael aprovechó para darle un beso en los labios y la atrajo contra su cuerpo. No tenía ni idea de cómo hablar con ella, de cómo explicar sus planes y sus sentimientos, así que simplemente comenzó a hablar.

—Mi abuelo era de aquí —dijo, y ella dejó escapar un pequeño sonido de sorpresa—, mi padre también vivió aquí, hasta que por lo visto un día decidió largarse y no volver nunca.

—¿Por eso viniste a este pueblo? —preguntó, sorprendida por la revelación.

—No, no lo sabía entonces —admitió Michael, pensando en lo curioso del destino y las casualidades.

—Siento lo que pasó, Michael, me hubiera gustado estar contigo —añadió Sarah, al recordar la muerte de su padre.

—No te hubiera gustado, créeme —pensó en voz alta, imaginando la escena si él se hubiera presentado con una desconocida en aquellos momentos.

—Pero hubiera estado contigo —insistió ella, y vio los ojos grises de Michael tornarse tristes en aquella noche tan oscura.

—Sarah, mi familia no es precisamente muy alegre. No te hubieran recibido bien.

Como si comprendiera que era mejor dejar que él le contara lo que pudiera, sin presionarle, ella se mantuvo en silencio.

Michael rebuscó en su interior las palabras. Nunca había hablado con nadie de su relación con su familia, pero de alguna forma sabía que si quería que ella fuera su compañera, tenía que confiar y contarle todo.

—Ni siquiera me dijo que me quería— comenzó, con voz apagada tratando de contener los sentimientos—. Solo habló de su empresa.

Sarah cogió su mano entrelazando sus dedos para acariciarle despacio.

—Después de todo es lo único que le importaba, ¿sabes?

—Seguro que tú le importabas, Michael —susurró ella tratando de calmar un poco el dolor que percibía en él, pero con miedo de hacer que se alejara y volviera a esconderse.

—No, Sarah, no me engaño en eso. Yo no le importaba lo más mínimo. Si hubiera tenido otro hijo que hubiera podido llevar la empresa junto a Daniel estoy seguro de que ni siquiera se habría molestado en llamarme antes de morir.

Se quedó en silencio y miró el horizonte que se perdía al final del mar antes de continuar.

—Voy a comprar el hotel de Cal —anunció, mirándola de frente.

Sarah no dijo nada, pero una preciosa sonrisa se extendió por su rostro y Michael supo que no se había equivocado al confiarle su corazón. Sin dejar de mirarla se acercó poco a poco hasta que sus labios estaban tan cerca que podía sentir su respiración.

—Te quiero —dijo, justo antes de besarla sujetando con suavidad su nuca entre sus dedos. El sonido de las olas rompiendo sobre las rocas parecía marcar el ritmo de sus corazones mientras se besaban y Michael no quería separarse, pero ella rompió el beso para mirarle.

—No hace falta que digas nada —susurró al ver cómo ella se mordía el labio nerviosa—. Está bien así, de verdad.

La abrazó con fuerza escuchando su respiración y continuó.

—No tengo ni idea de cómo va a salir esto, Sarah, pero quiero intentarlo. Siento que aquí está mi lugar, junto al mar, junto a ti, y por primera vez veo mi futuro.

—Michael yo... —comenzó ella, pero él cerró sus labios con otro beso, lento y calmado, saboreando cada instante de tenerla tan cerca. Entonces se dio cuenta de cuánto la necesitaba. Sus dedos fueron a los botones de su camisa para abrir su escote. Descubrió su piel a la luz de las estrellas y disfrutó de su suavidad cuando pasó las yemas de sus dedos por la línea que bajaba desde su cuello. Se besaban sin detenerse y él la descubría lentamente, hasta que la camisa azul de ella calló sobre la arena. Jugó con los finos tirantes de su sujetador y se atrevió a acariciar su espalda. Esta vez Sarah no se apartó, y él la miró atento mientras subía y bajaba su mano recorriendo su columna. Cada caricia era más atrevida, el cuerpo de ella se movía inquieto y se acercaba a él, y Michael tampoco tenía intención de alejarse. Se meció despacio, arrancando pequeños jadeos a Sarah, dejando escapar él mismo alguno, siguiendo el ritmo del mar que los rodeaba, lento e intenso, fundiendo sus cuerpos hasta que no pudo contenerse más y pasó su mano bajo el muslo de ella, elevando su pierna mientras aumentaba la velocidad de sus movimientos.

Tumbados sobre la manta, las sombras de la hoguera apagándose hacían que su reflejo temblara tanto como su respiración, hasta que Michael descansó sobre su pecho, con las piernas de ella aún enredadas en sus caderas.

Michael sintió como su piel se enfriaba con la brisa que llegaba del mar, dejó besos sobre sus mejillas, su cuello, divertido al sentir cómo Sarah temblaba y su piel se erizaba de nuevo.

Había pasado mucho tiempo del amanecer cuando Michael salió de la tienda de campaña donde habían ido a refugiarse en algún momento de la noche. No había dormido demasiado, pero se sentía descansado y feliz. Sobre todo feliz. Se estiró mirando la botella de vino vacía que habían dejado en la entrada y pensó que lo mejor era preparar un buen desayuno.

Sarah abrió los ojos con el aroma del café colándose dentro de la tienda. Oculta dentro del saco de dormir recordó la noche anterior. Él le había contado sus secretos y la había amado bajo aquel cielo lleno de estrellas y más tarde bajo el refugio de la tienda de campaña; habían comido salmón y bebido vino y Michael le había hablado de su familia. Escondía una gran tristeza en su corazón, pero había conseguido superar su pasado y su vida dentro de una familia que sentía que no le quería para encontrar su futuro, su lugar junto al mar, como él mismo había dicho. ¿Qué podía hacer ahora? La noche anterior no había encontrado el valor para decirle que le quería, ella nunca había pronunciado esas palabras, pero las sentía, sentía un gran amor por el hombre que en esos momentos estaba preparando el café en medio del bosque. Sarah se dio cuenta de que había llegado el momento de olvidar sus miedos, estrenaría ese bikini que traía escondido entre su ropa y dejaría que la vida siguiera su curso.

Salió de la tienda de campaña y vio a Michael vestido solo con sus pantalones y sus botas. Estaba un poco pálido, sus hombros eran firmes y grandes, ella siempre se sorprendía de que pese a ser tan alto pudieran caminar juntos sin ningún problema.

Michael la descubrió parada en el pequeño claro y se acercó a grandes zancadas y Sarah pensó que pronto parecería un chico más del pueblo.

—Buenos días —Michael la cogió en sus brazos y la besó—. ¿Un café, pequeña dormilona? Hoy seré tu camarero.

Sarah le devolvió el beso entre risas y cuando él la dejó de nuevo en el suelo fue a sentarse junto a unos troncos que parecían perfectos para desayunar.

—Espero que el servicio de este restaurante sea de gusto, señorita...

—Sarah Mary Dole. Señorita Sarah Mary Dole —dijo ella.

Michael le guiñó un ojo y pensó que pronto le gustaría que ella cambiase su apellido, Sarah Mary Warren sonaba perfecto.

Ella no quiso decir nada más, solo sabía que se sentía feliz y lo único que necesitaba era abrazarlo. Eso fue lo que justamente hizo, abrazarlo con todas sus fuerzas, y Michael correspondió de la misma forma.

Nunca en su vida había sentido de esa forma. Cada vez que pensaba en Sarah hacía la misma reflexión: nunca había besado así, nunca había tenido una relación que llenase tanto su corazón, nunca se había sentido libre. Junto a ella todo eran primeras veces.

Ese fin de semana en el bosque fue el comienzo de su nueva relación, una en la que no había secretos ni miedo, solo confianza y esperanza. Él por su parte regresó a Boston completamente seguro de que su decisión era correcta y debía empezar a pensar cómo iba a proponer a Sarah que viviera con él, quizá no ahora mismo, pero sí muy pronto.

El lunes en la oficina le pareció menos gris que otros, hasta su hermano se le antojó más amigable cuando entró con su perfecto traje azul oscuro y su corbata a rayas burdeos. Daniel siempre había vestido clásico y formal, decía que era la única forma de que su aspecto dulce heredado de su madre no interfiriera en su trabajo. Ahora él también vestía de esa forma, permitiéndose alguna licencia con las corbatas. De lunes a jueves era un perfecto hombre de negocios, los rumores sobre su empresa habían dejado de versar sobre su posible quiebra a tratar de la brillante dirección que los jóvenes Warren estaban llevando a cabo, sobreponiéndose a la muerte de su padre para dirigir aquella nueva etapa.

Cada noche de esa semana repasó en su memoria los besos con ligero sabor a mar que todavía sentía frescos en sus labios, y se dijo que bien valía ese esfuerzo el estar con ella y poder ofrecerle un futuro. Ahora Michael había comenzado a valorar su trabajo en la empresa familiar de otra forma, porque estando junto a Sarah todo cambiaba. Podría darle una buena vida, comprar una casa y establecerse en el pueblo, comenzar con su pequeño hotel sin las preocupaciones económicas que acompañaban cualquier comienzo. Todo eso se lo podía ofrecer gracias a su trabajo en la compañía, y a su pesar agradeció a su padre que le hubiera dado la oportunidad de ser un hombre de valía para ella.

Escuchó cómo un coche aparcaba en la entrada principal y salió dando gracias a que por fin hubiera llegado el técnico que debía revisar el sistema de seguridad frente a incendios del hotel. Atravesó el cerco de la todavía inexistente puerta de entrada y se quedó congelado sin bajar los escalones.

Su hermano Daniel bajaba de un automóvil y abría la puerta a su madre para que lo acompañara. La suave sonrisa en el rostro de él trataba de infundirle ánimos, pero en ese momento él solo podía ver allí a Elizabeth, su madre, y pensar que deseaba más que nada en el mundo que ella por fin le mirase a los ojos.

—Buenos días. Me han dicho que hay un hotel por aquí —Daniel extendió su mano para saludar a su hermano mayor.

—Buenos días. No me habías dicho que venías.

Elizabeth sujetaba su bolso verde oscuro para mantener ocupadas sus manos. Su hijo Michael iba vestido informal, con unos pantalones desgastados y una camiseta manchada de polvo y lo que parecían virutas de madera. Llevaba un cinturón con herramientas de trabajo y un casco.

—Buenos días, mamá —saludó, y esa vez no se acercó para depositar un beso en la mejilla de su madre, con miedo a que ella le rechazara de nuevo.

—Buenos días, Michael. Tu hermano me ha dicho que tenías algo que enseñarme.

Michael tomó aire y pensó que después de todo tarde o temprano ella iba a enterarse de todo, así que lo mejor era que su hermano la hubiera traído, aunque ya hablaría con él al respecto más tarde para recordarle que la comunicación entre ellos no debía circunscribirse solo a las cuestiones empresariales.

—Todavía estamos trabajando. Coged un casco y seguidme.

Cogió un par de cascos de obra que había junto a otros en los escalones que daban a la entrada, sopló para quitar el polvo y se los tendió, tratando de parecer mucho más seguro y confiado de lo que se sentía.

—Aunque ahora mismo no hay nadie trabajando, soy un poco pesado con las medidas de seguridad. Nunca se sabe qué puede pasar.

Daniel sonrió. Su hermano había heredado esa obsesión de su padre, que no permitía que ninguno de sus empleados se saltase ninguna normativa. Los accidentes de trabajo eran caros, decía, y además destrozaban familias.

Lo siguieron y entraron en el pequeño edificio. La estancia que sería la recepción no estaba terminada, las paredes de madera no estaban pintadas y se podían ver los tubos con los cables que las recorrían.

—Esto será la recepción, seguidme por aquí.

Michael comenzó a hablar sin detenerse. Estaba nervioso. El trabajo estaba yendo bien y sabía que pronto podría abrir, antes de las vacaciones de Navidad tal y como había planeado, si es que el mal tiempo lo permitía. Estaba siendo una remodelación fácil. Los cimientos estaban en buen estado y el tejado solo había necesitado una puesta a punto. Ahora quedaba que los técnicos aprobaran las instalaciones, en ese momento podría comenzar la parte de decoración y amueblado.

Les guió escaleras arriba para enseñarles las habitaciones. Solo había media docena. Quería que el lugar fuera un refugio para los viajeros que buscaban paz y tranquilidad y prefería que las habitaciones fueran espaciosas a tener más huéspedes. Mientras les informaba de todo eso, subieron los escalones hasta el piso superior, la buhardilla donde él se alojaba. Su madre paseó por la estancia, y Michael sintió un nudo en el estómago cuando Elizabeth se detuvo en la mesa donde había esparcidos como siempre varios de sus dibujos.

—Aquí viviré cuando el negocio esté abierto. Tengo suficiente intimidad y a la vez puedo vigilar el edificio.

Salieron de nuevo, bajaron las escaleras, y entonces les guió hasta la cocina donde había unas sillas y una mesa llena de catálogos y demás papeles.

—¿Queréis un café? —ofreció todavía nervioso. Había visto cómo su madre observaba con el semblante serio cada parte del hotel que le enseñaba y ahora esperaba que por fin dijera algo. Preparó tres tazas y los puso sobre la mesa haciendo un hueco, dejando los cascos en un rincón, agradeciendo que Elizabeth no se hubiera quejado con algo que seguro iba totalmente en contra de lo que ella creía necesario.

—Aún queda mucho trabajo por hacer. ¿Cuándo has pensado abrir al público? —preguntó Daniel aceptando la taza de café que su hermano había dejado frente a él.

—Antes de Navidad. Aunque nieva, es buena época para recibir turistas, siempre hay gente que está deseando escapar de las ciudades y las celebraciones familiares.

—Sí, es buena época. Tendrás que darte prisa si quieres que todo esté a punto. Son menos de tres meses.

—Lo sé. Hemos tenido algunos retrasos pero la obra ha sido más sencilla de lo que suponía —los siguientes minutos los hermanos se embarcaron en una conversación sobre temas de plazos legales y Daniel le recordó su oferta de ejercer como abogado sin ningún coste, propuesta que su hermano mayor aceptó pero asegurándole que habría una remuneración justa.

Mientras ellos hablaban, Elizabeth echaba un vistazo a los catálogos que tenía frente a sí. Nunca había sabido demasiado del trabajo de su marido. Paul Warren no había sido un hombre que compartiese sus problemas empresariales con su mujer. A grandes rasgos ella sabía cuáles eran sus proyectos, asistía a las inauguraciones para acompañarle y a los almuerzos o cenar pertinentes, organizaba reuniones y fiestas en su casa y se encargaba de ser una perfecta anfitriona. De esa forma debía ser una esposa, tal como ella había sido educada. Ahora, escuchando hablar a sus hijos, se sintió un poco inútil. No podía aportar nada, había quedado relegada al papel de madre y viuda y pronto dejarían de invitarla a las fiestas cuando ellos llevaran a sus propias esposas.

—¿Te gusta alguno? —la pregunta de Michael la sacó de sus pensamientos.

—Son todos muy bonitos. Seguro que haces un buen trabajo aquí.

Michael se quedó sin habla. Era la primera vez en mucho tiempo que su madre se dirigía a él y además había hecho un comentario positivo.

—Eso espero. Quiero conseguir que la gente esté deseando regresar cada fin de semana.

—Tal como haces tú —añadió ella, con un deje de tristeza en su voz.

Elizabeth había notado cómo su hijo mayor desaparecía de sus vidas los fines de semana, no acudía a las comidas familiares ni a las partidas de golf con su hermano. Era como si la tierra se lo tragara desde que el jueves salía de la oficina, como le había dicho en confianza la secretaria de Michael. Al final se había decidido a preguntar a Daniel, quien le contó los planes de su hijo mayor intentando resaltar todo lo bueno que podía haber. Elizabeth por supuesto no se dejaba engañar, su hijo había encontrado un lugar donde podía escapar de su familia y de su trabajo. No le dolió descubrirlo, ya había pasado por todo eso cuando Michael desapareció de sus vidas sin dejar una triste nota ni molestarse en llamar para tranquilizarla. Más tarde había sabido que se había puesto en contacto con su ex novia, Adele Wakefiel. Esa había sido otra humillación más a sumar en la lista. Su marido nunca quiso ir a buscarlo y Elizabeth había estado de acuerdo en ese punto. Si su hijo quería olvidar a su familia y no volver a verlos, ella no iría a suplicarle. Era su decisión.

Pero Michael había vuelto. La viuda de Warren se encontró con un extraño sentimiento hacia él. ¿Podía una madre odiar a su propio hijo? Estaba segura de que eso es lo que sentía. Creía que era el culpable de la enfermedad y la muerte de su marido, también de que la empresa hubiera empeorado en sus previsiones. Desde luego era quien había hecho que su vida fuera mucho más triste y miserable. Se había visto obligada a fingir delante de todos que su vida continuaba, cuando por dentro su hijo le había roto el corazón al marcharse.

¿Debía dar otra oportunidad a Michael? Su cabeza le decía que nunca volviera a permitir que un hijo tan egoísta le hiciera daño, pero su corazón le obligaba a preocuparse, así que cada noche en esas plegarias nocturnas que se había acostumbrado a lanzar a Dios, pedía porque encontrara la felicidad.

—No puedo negar que me gusta este lugar, mamá —dijo Michael, en un tono lo más conciliador posible.

—No se parece en nada a tu apartamento en la ciudad —observó su madre.

—No. En nada —Michael sonrió al decirlo.

El teléfono móvil de Daniel sonó y este se levantó para atender la llamada dejándolos a solas. Michael pensó que era un buen momento para intentar acercarse a posiciones con su madre, pero fue ella la que se adelantó para continuar hablando.

—No te negaré que me sorprende, Michael, pero creo que harás un buen trabajo aquí.

—Gracias. De verdad, mamá —él miró a los preciosos ojos azules de su madre mientras lo decía, y descubrió que algunas pequeñas arrugas más enmarcándolos—. No voy a dejar la empresa, Daniel y yo hemos acordado la forma en que yo podré continuar allí pero también comenzar aquí mi negocio —se apresuró a explicar para tranquilizarla.

—Pero con el tiempo terminarás trasladándote a este pueblo, Michael.

—No lo sé. No quiero pensar todavía en eso. Veremos cómo marcha todo. Sois mi familia, mamá, no quiero abandonaros. —Michael evitó añadir «otra vez» pero las palabras quedaron en el aire.

—Daniel me ha hablado de una mujer —dijo su madre, abordando otro de los temas que nunca había hablado con su hijo.

—Sarah. Su nombre es Sarah —contestó Michael, tomó un poco de su café y pensó que este era tan buen momento como cualquier otro para hablarle a su madre de ella—. La conocí en el pueblo. Está estudiando en la universidad pero este año acabará. Quiero pedirle que lleve conmigo el negocio.

—Así que vuestra relación es profesional —aventuró Elizabeth, aunque sabía por su hijo pequeño los verdaderos sentimientos que albergaba Michael hacia la joven.

—Aún no sé si querrá algo más, mamá. He pensado pedirle que venga a vivir conmigo. —Michael se encontró confesando a su madre sus planes sin haberlo pensado, en el fondo él seguía necesitando su aprobación y su cariño para sentir que podía seguir adelante con su vida.

—¿Vas a pedirle matrimonio? —preguntó ella, con la misma calma y tranquilidad con la que estaba hablando hasta ese momento.

—No, aún es pronto. Creo que se asustaría si hago algo así.

—Pero crees que estaría dispuesta a vivir con un hombre sin estar casada. —La exposición de los hechos que acababa de hacer Elizabeth sonó realmente fea. Michael no lo pensaba así, por supuesto. Él sabía que no había nada malo en que dos jóvenes vivieran juntos. Podían instalarse en la buhardilla y trabajar en el hotel, estarían juntos todo el día y no tendrían que separarse cada noche.

—Michael, si quieres a esa chica de verdad, no la rebajes. Lucha por ella para que cuando le hagas la pregunta su única respuesta posible sea «sí» —continuó Elizabeth, dando un consejo que su hijo no había pedido.

Él iba a objetar que los tiempos habían cambiado y ya no se consideraba mal que una joven viviera con su novio antes de contraer matrimonio, pero justo en ese momento apareció Sarah junto a Daniel en la cocina.

—No sabía que hoy tendríamos visita —de forma tan sencilla se presentó Sarah ofreciendo su mano para saludar a Elizabeth, con aquella sonrisa cautivadora que siempre tenía en su rostro. La madre de Michael se levantó para presentarse debidamente a la joven, echándole una mirada con toda la discreción que daba la costumbre, pero que no pasó desapercibida a sus hijos.

—Encantada de conocerte. Soy la madre de Michael.

—Un placer. ¿Van a quedarse a comer? —Michael la miró alarmado. No había planeado todavía el almuerzo pero se le antojaba que compartir la mesa con su madre y Sarah no iba a ser demasiado agradable, aunque precisamente ese día su madre hubiera vuelto a dirigirle la palabra.

—Sí, claro que nos quedaremos a comer. Seguro que hay algún buen lugar por aquí —contestó Daniel aceptando la idea, al notar la mirada seria que su hermano mayor le lanzaba se dijo que de verdad iba a disfrutar de aquello. Hacía unos días había decidido que era el momento de informar a su madre sobre los planes de Michael, deseando que ella por fin optase por cambiar su actitud hacia su hijo, ahora se daba cuenta de que había sido un acierto completo.

—No hay demasiado donde elegir —intentó disuadirlos.

—Comeremos algo sencillo, Michael, no te preocupes —le interrumpió su madre, sin dejarle oportunidad para replicar más—. ¿Vas a trabajar también en el hotel?

Elizabeth se dirigió a Sarah y bajo la incrédula mirada de Michael la tomó del brazo y se encaminaron juntas al exterior. Si de algo sabía la viuda de Warren era de relaciones sociales y trató con otras mujeres, y en ese momento desplegó todas sus artes para conocer a la mujer que su hijo había elegido, la que había conseguido que Michael se convirtiera en un hombre. Porque sabía que el proyecto del hotel no significaba nada si Michael no la hubiera encontrado. En eso se parecía a su padre, aunque sus hijos no lo pudieran entender. Paul J. Warren había luchado durante toda su vida con la intención de ofrecer a su mujer lo mejor que estuviera a su alcance. Lo había conseguido, sin duda, había levantado una gran empresa comenzando de cero, solo con su tesón y su esfuerzo.

Ahora veía cuánto se parecía Michael a él, aunque nunca lo reconocería. También, igual que su padre, había abandonado la seguridad del hogar familiar para buscar su propio futuro.

Media hora más tarde entraban en el mejor restaurante de la isla y Sarah tomaba asiento frente a la madre de Michael. Estaba un poco aturdida. Si hubiera sabido que ese día iba a conocer a su familia al menos se hubiera esmerado en tener mejor aspecto, pero no, se había presentado con una camisa y una chaqueta de lana, sobre unos viejos pantalones, vestimenta más que adecuada para ayudar a Michael en la obra y comer cualquier cosa improvisada en la cocina.

Miraba a la Señora Warren y se daba cuenta de cuán diferentes eran. Podías saber que estabas frente a una gran dama al minuto de hablar con ella. Su expresión, sus modales suaves y correctos, su cabello rubio perfectamente recogido en un discreto moño, su maquillaje que realzaba sus ojos azules sin ninguna estridencia. Era una mujer bella, pero no se parecía en nada a su hijo mayor.

La comida no fue fácil para Michael, Daniel y él terminaron hablando de sus negocios y dedicando alguna mirada curiosa a las dos mujeres que charlaban en tono amigable. Conocía lo suficiente a Sarah para saber que se sentía algo incómoda, pero su madre hizo todo lo posible por ser amable y cariñosa, incluso sonrió y contó anécdotas de su infancia.

Parecían una familia feliz.

Cuando terminaron los postres, abandonaron el restaurante algo más silenciosos para regresar al hotel. Entonces se detuvieron frente a la puerta.

—¿Qué nombre le pondrás? —preguntó Elizabeth.

—No lo he pensado. Nunca ha tenido nombre. Solo ponía Hotel —contestó Michael.

—Deberías buscar algo que lo hiciese especial. Algo que haga pensar en el azul del mar y esas grandes ventanas —siguió su madre, pensativa—. ¿Qué te parece, Sarah?

—Creo que tiene razón —afirmó la joven.

Daniel se rio al ver qué rápido las dos mujeres habían comenzado a hacer frente común contra Michael.

—Lo pensaré —aceptó.

—Debes hacerlo. Mañana me pondré en contacto con el catering que suelo contratar. Tendrás que decirme qué día quieres que sea la fiesta de inauguración.

Michael se quedó mudo. Su madre acababa de hacerle entender que aprobaba y respaldaba su proyecto.

—Te llamaré y hablaremos de las fechas, mamá —contestó, sin atreverse a llevarle la contraria ahora que había por fin conseguido que ella le volviera a incluir en su

vida.

—Será mejor que la próxima vez no tenga que enterarme por tu hermano ¿de acuerdo? —Elizabeth se acercó para que su hijo pudiera darle un beso en la mejilla y Michael sintió cómo se le llenaban los ojos de lágrimas. Había necesitado tanto a su madre, y ahora había regresado.

Daniel le tendió la mano pero él le estrechó en un abrazo diciendo un «gracias» en su oído que solo él escuchó. Estaba en deuda con él.

Tomando la mano de Sarah, vio como subían en el coche camino del aeropuerto. Michael no se había dado cuenta de cuánto necesitaba a su familia, pero ahora que estaban a su lado sentía por fin que todo estaba en orden. Ahora podría comenzar su nueva vida.

Michael comprobó que sus gemelos estaban bien puestos y sus zapatos brillaban. Miró también que su cabello estuviera convenientemente peinado y una vez más echó mano al bolsillo interior de su chaqueta. Estaba nervioso. La fiesta de inauguración no parecía el momento apropiado para lo que tenía pensado hacer, era tan típico que igual Sarah se reía en su cara. Pero ya no había marcha atrás. Cuando le confió a su hermano su plan, Daniel lo había mirado con una gran sonrisa de triunfo. Era curiosa la forma en que ambos habían pasado en solo unos pocos meses a estar mucho más unidos que nunca desde su infancia. Sin la presencia de su padre, Daniel parecía más relajado, tanto en los negocios como en el trato personal, y Michael era completamente otro desde que decidió repartir su tiempo entre vivir en aquella casa pequeña cerca del mar y su apartamento de Boston. Solía pasar en la ciudad los lunes y martes, cerraba algunos negocios, revisaba que todo estuviera en orden, se dejaba ver en la oficina. Todo para seguir con el trato que había cerrado con su hermano al comienzo de aquel otoño.

Había trabajado en el hotel cada minuto que tenía libre, esta vez había hecho mucho más que contratar a los trabajadores, había ayudado en todo lo que podía, transportado materiales, limpiado y más tarde decorando cada estancia. Por las noches casi no le quedaban fuerzas para pensar, pero aquí estaba. Sabía que también había sido duro para Sarah, que veía que los fines de semana él estaba tan ocupado que apenas pasaban tiempo libre para hacer esas cosas que las parejas suelen hacer, como ir al cine a la ciudad o salir a pasear o a tomar unas cervezas en el muelle. Ella había estado a su lado siempre que sus estudios se lo permitían. Aunque Michael era el dueño, en el fondo ambos compartían el proyecto en común y soñaban con los primeros huéspedes que llenarían el hotel.

Michael se miró de nuevo en el espejo que ella se había empeñado en colocar en su buhardilla, un gran espejo de pie frente al armario de madera oscura que también había insistido en comprar.

Cada noche que Michael pasaba en Desert Island dormía solo. No había podido quitarse de la cabeza aquella conversación con su madre y desde ese día había decidido luchar con todas sus fuerzas para que un día Sarah aceptara ser su esposa. Era duro despedirse de ella, aunque se lo había explicado siempre que ella le invitaba a quedarse. No quería que nadie pudiera nunca decir una palabra en su contra. Sarah se merecía mucho más, había luchado desde niña para ser una mujer independiente, libre, y ahora él no quería que todo eso se perdiese por habladorías. Su madre tenía razón, era un lugar pequeño y si él pretendía tener un futuro allí, lo mejor era mantener siempre un comportamiento correcto.

Esa última noche había acompañado él mismo a Sarah a su casa y más tarde, tumbado en la soledad de su cama, había estado pensando en ella hasta el amanecer.

Era curioso cómo un espacio podía cambiar tanto dependiendo de las personas que lo llenaban o habitaban. La habitación ahora parecía más grande y menos cálida. La cama parecía desoladora. El baño estaba silencioso.

Se encontró mirando el suelo; la huella que había dejado la vieja cómoda seguía bien visible. No había sido capaz de borrar las marcas sobre la madera, era inútil ocultarlas, tampoco había sido capaz de ocultar todo lo que llevaba dentro, aunque se empeñase en vivir como si todo fuera normal. Él mismo estaba lleno de arañazos dejados por viejos recuerdos, días amargos pasados en silencio, horas esforzándose en seguir un camino que no era el suyo. Al igual que el suelo del cuarto, siempre estaría dañado.

Michael miró de nuevo su imagen en aquel espejo. Esto era todo lo que era y esperaba que fuera suficiente para Sarah.

Alguien golpeó en la puerta y Michael salió de sus pensamientos de golpe. Abrió para encontrarse a su madre. Sin esperar ninguna invitación, Elizabeth entró en su cuarto y esperó a que él cerrase la puerta de nuevo.

—¿Está todo bien, mamá?

—Sí. Todo está en orden. Los empleados del catering ya están en sus puestos, la comida lista y la bebida convenientemente fría. También está preparada la música que sonará, aunque sigo sin estar de acuerdo en tu elección, no creo que sea lo más apropiado para una inauguración.

Michael sonrió al recordar la discusión que habían mantenido hacía un par de semanas cuando se negó a que su madre amenizara la noche con música clásica. No pensaba que aquello fuera en absoluto con la idea que quería proyectar, pero Elizabeth defendió vehementemente su propuesta hasta que al final se vio obligada a dar su brazo a torcer. Nunca había apreciado el jazz, creía que era una música artificial que casi nadie entendía.

—En breve comenzará a llegar gente —anunció Elizabeth mirando su pequeño reloj de oro con diminutas incrustaciones de piedras preciosas, regalo de su veinticinco aniversario de bodas.

—Estoy listo —Michael le ofreció su brazo para salir juntos de la buhardilla.

—¿Tienes todo? —preguntó su madre elevando de forma casi imperceptible una ceja.

—Vaya, Daniel sabe guardar bien un secreto —dijo con fastidio su hijo.

—No le culpes. Estaba tan sonriente en la cena que tuvo que confesarlo —le contó su madre, colocándole el nudo de la corbata aunque estuviera ya perfecto—. Está casi tan nervioso como tú por saber la contestación de esa joven.

—¿Y qué piensas tú, mamá?

Elizabeth Warren se tomó su tiempo antes de contestar. No era una pregunta vana y vacía, su hijo necesitaba su aprobación y ella lo sabía. Las heridas del pasado se habían cerrado, aunque quedaban cicatrices entre ellos que tal vez nunca desaparecerían, pero era su hijo, y la viva imagen del hombre que una vez había robado su corazón.

—¿La quieres, Michael? —preguntó mirándole a los ojos.

—Sí —afirmó sin dudar.

—Deseo de corazón que todo salga bien. Creo que hacía mucho tiempo que no te veía tan feliz. Te has convertido en un hombre. Todos los padres deseamos ver a nuestros hijos felices, Michael, es algo que algún día entenderás, porque también estoy segura de que un día formarás una familia.

Michael sonrió al escuchar a su madre. Sí, él también había comenzado a pensar en un día formar su propia familia.

—Él hubiera estado orgulloso de ti, Michael. Estoy segura de ello —añadió.

Se quedaron en silencio un segundo y él pensó que había tantas cosas que nunca habían hablado... No quería que su madre sufriera, no quería que los recuerdos volviesen a doler.

—Vamos, hay una fiesta y he escuchado rumores que tal vez hoy haya una gran noticia. No me lo quiero perder —dijo con tono despreocupado Elizabeth, mientras le llevaba a la puerta—. ¿Llevas el anillo?

Él asintió con una sonrisa y ambos bajaron al restaurante donde como ella había dicho, todo se encontraba dispuesto. Su hermano andaba peleando para poder poner en marcha el equipo de música y las primeras personas comenzaron a llegar. No había muchos invitados, además de Cal y Sarah había invitado a las personas de mayor relevancia en la comunidad: a la florista, encantada con los encargos que Elizabeth había realizado para la decoración de las habitaciones, y también al encargado de mantenimiento del hotel, todo un grupo de personas que iban a tener que compartir el futuro del negocio de Michael, en definitiva.

Justo estaba tomando una copa de vino charlando animado con su hermano y el jefe de policía del pueblo cuando la vio.

Noah entró en el hotel con paso firme y una expresión de orgullo que no dejaba sospecha de lo que sentía. Se había vestido de traje para la ocasión, aunque había desistido de llevar corbata. Pero nadie le miraba a él, eso era seguro, porque las jóvenes que iban de su brazo deslumbraban con su sonrisa a todos los presentes. Claro que Michael solo tenía ojos para Sarah.

Fue Elizabeth quien se acercó a ella y cariñosamente le dio dos besos en las mejillas, llevándola junto a sus hijos y alejándola de Elly y Noah de forma cariñosa pero



firme. No sabía por qué no le gustaba ver a aquel joven junto a la que consideraba y a la prometida de su hijo.

—Buenas noches. —Michael saludó de forma mecánica, no encontraba las palabras necesarias. Miraba a la preciosa joven con su rostro enmarcado por el cabello negro corto, sus ojos chispeantes, vivos, sus labios de un rojo tan valiente como ella misma. Llevaba un discreto vestido negro sin mangas, con un pequeño escote sobre el que brillaba un corazón de oro que Michael recordó al momento. Entonces miró a su madre.

—Está preciosa ¿verdad? —preguntó ella, sonriendo a su hijo.

—Lo está —se acercó para besar la mejilla de Elizabeth con los ojos empañados—. Gracias, mamá.

Elizabeth se retiró discretamente con su hijo menor y allí se quedaron Michael y Sarah uno frente al otro, indecisos y sin saber qué decir.

—¿Salimos fuera? Hace un poco de calor aquí —Michael le ofreció su brazo y ambos salieron por la puerta trasera del hotel, alejándose de la gente que había llenado el pequeño restaurante.

—Hace una noche preciosa, pero un poco fría —dijo, cuando el aire helado del mes de diciembre golpeó en su rostro. Entonces se quitó la chaqueta y la pasó sobre los brazos de Sarah, abrazándola un instante.

—Sí, una noche preciosa. Y es tu noche, Michael. Has hecho un trabajo estupendo —dijo ella, apoyando su espalda sobre su pecho.

—Lo hemos hecho juntos. —Michael la giró con suavidad y quedaron frente a frente. Unos pequeños pendientes de oro relucían entre su cabello oscuro, y él se acercó para besar justo ese lugar en el cuello, descubriendo el delicioso aroma de su perfume.

—Estás preciosa esta noche.

—Tu madre me ha dejado las joyas —comentó ella, con un hilo de voz, algo temblorosa al sentir el cálido aliento de Michael sobre su piel contrastar con el frío.

—Tu sonrisa luce mucho más hermosa que cualquiera de ellas —dijo, y Sarah sintió que el color inundaba sus mejillas—. He estado pensando, Sarah.

—¿Pensando? Tienes que estar tranquilo, Michael, todo va a ir bien. Tu familia parece encantada con este proyecto.

—No hablo de trabajo, Sarah. Hablo de ti y de mí.

Sarah agachó sus ojos un momento. Sabía que tarde o temprano él querría mantener aquella conversación, pero tenía miedo. Las últimas semanas cada vez era más difícil separarse, era obvio que ambos querían vivir juntos, que el tiempo siempre les parecía poco. Compartir la reconstrucción de ese edificio los había unido como nunca hubiera pensado.

—No me escondas tus ojos —bromeó, haciendo que ella levantara de nuevo la barbilla.

Tomo aire despacio, la miró tratando de calmar sus nervios, y jugueteó con la cajita que llevaba en su bolsillo.

El momento había llegado.

—La cuestión, Sarah, es que quiero pasar más tiempo contigo—soltó sin más preámbulos.

—Yo también, Michael, lo sabes. Este año además terminaré la universidad.

—Lo sé. Estoy deseando, más que poder verte más días, pasar las noches contigo.

Ambos se miraban, se sentían a salvo en aquella helada noche, uno junto al otro. Michael se acercó hasta posar su frente sobre la de ella, tomó sus manos y las sujetó entre las suyas, dejando en ellas la caja que llevaba guardada.

—¿Quieres casarte conmigo? —Las palabras susurradas golpearon los labios de ella, que de repente se sentía dentro de esa burbuja de calma que Michael siempre le daba.

Sarah se perdió en sus ojos grises que esa noche parecían repletos de sueños, cerró las manos apretando fuerte la caja sabiendo su contenido. No había pensado que Michael le pediría matrimonio, no ahora. Tal vez dentro de unos años, cuando vivieran juntos y él hubiera conseguido encontrar el equilibrio necesario con su familia, cuando el negocio del hotel funcionara, o cuando ambos fueran demasiado mayores para encontrar a otra pareja. En el fondo ella no pensaba ser suficiente para Michael, y creía que en cualquier momento él desaparecería de nuevo al recordar a alguna de esas chicas perfectas que seguro él conocía en sus días en Boston.

Abrió los ojos que sin darse cuenta había cerrado y al reencontrarse con la mirada de Michael sintió que era el momento de dejar el miedo atrás.

—Sí —musitó, justo un momento antes de que sus labios se juntasen en un beso.

Cuando se separaron, el rompió a reír y la levantó en un abrazo girando con ella. Entonces la dejó de nuevo en el suelo y quitándole la pequeña cajita la abrió para mostrarle un sencillo anillo con un diamante de talla princesa.

Sarah extendió su mano que temblaba ligeramente y él le puso el anillo antes de volver a besarla.

En ese momento, un discreto cartel se encendió en el jardín: Hotel La Estrella Polar.

Sarah sonrió, acababa de conocer el secreto mejor guardado de esos meses. Entonces, por primera vez, dejó que su corazón hablase.

—Te amo, Michael.

Ambos se miraron antes de darse su primer beso como prometidos. Michael sentía que por fin todo estaba en su lugar, su vida comenzaba, había encontrado su Ítaca y por fin podía descansar.

Miró el cielo buscando la estrella que guiaba a los marineros y luego a ella.

—Tú eres mi estrella —dijo, tan emocionado que le costaba no entrar en el hotel y gritar a todos que ella había dicho «sí».

No hizo falta que entraran. Su madre y su hermano no habían podido evitar ser espectadores de aquel momento desde la ventana del hotel y salieron en cuanto Michael los descubrió tras las cortinas.

Daniel se fundió en un abrazo con su hermano. Estaba feliz, orgulloso, y sabía que ahora tenían una oportunidad de ser una verdadera familia.

Elizabeth dio un abrazo a Sarah, no uno convencional y cortés. Estaba más emocionada de lo que quería mostrar, aquella joven le había devuelto a su hijo, y no solo eso, había traído la paz a la familia Warren.

No hacía ni un año que Michael había llegado a esa isla perdida en el norte del país, pero sentía que ese había sido el tiempo más feliz de su vida, junto a ella, en ese hotel que ahora era suyo. Su pasado siempre estaría en su cabeza, como Cal había dicho. Había cicatrices que no quedaban marcadas en la piel, pero ahora tenía un futuro al que mirar de frente.